

LA ESCRITURA DE LOS VIAJES
DEL DIARIO CARTOGRÁFICO A LA LITERATURA

VIAJEROS

SERIE SEXTANTE

1

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES
Y CIENCIAS SOCIALES

Carolina Depetris

LA ESCRITURA DE LOS VIAJES
DEL DIARIO CARTOGRÁFICO
A LA LITERATURA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Mérida, 2007

Primera edición: 2007

D. R. © 2007, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

Ex Sanatorio Rendón Peniche

Calle 43 s. n., col. Industrial

Mérida, Yucatán, C. P. 97150

Tels. 01 (999) 9 22 84 47 y 48

Fax: 01 (999) 9 22 84 46

Correo electrónico: cephcis@humanidades.unam.mx

ISBN 978-970-32-4938-1

Impreso y hecho en México

Índice

La escritura de los viajes	7
I. La construcción verbal de una geografía: diarios de expedición a la Pampa y Patagonia argentinas (1745-1826)	11
1. La observación testimonial	15
2. Gramática de la visión	23
II. Primeros índices literarios: el diario de Luis de la Cruz (1806)	35
1. El acontecimiento del viaje	37
2. De la visión imparcial a la percepción emotiva	42
3. El diálogo y la inestable verdad	45
III. La escritura del viaje verosímil: confrontación entre Luis de la Cruz y la comisión consular de Buenos Aires.	53
1. El error y lo opinable	55
2. El viaje ilustrado y la verosimilitud discursiva	61
IV. La literatura como viaje: <i>Una excursión a los indios ranqueles</i> , de Lucio Victorio Mansilla (1870)	71
1. La visión primitiva y la realidad soñada	75
2. La verdad poética y el viaje literario	88
Bibliografía	
1. Documentos	97
2. Bibliografía general	99

La escritura de los viajes

Prisionero en Génova, Marco Polo dictó sus memorias a Rusticello porque “sería gran desgracia no quedaran por escrito todas las grandes maravillas que vio o recibió por verdaderas” durante su travesía por Oriente. Vespucci, por su parte, declara en su primera carta a Lorenzo di Pier Francesco de Medici que le escribe “porque creo que Vuestra Magnificencia tendrá gusto de conocer todo lo sucedido en el viaje, y de las cosas más maravillosas que se me han ofrecido”. Jehan de Mandeville deja registro de sus imaginadas andanzas por “Turquía, la Pequeña y Gran Armenia, Tartaria, Persia, Siria, Arabia, el Alto y Bajo Egipto, Libia, gran parte de Etiopía, Caldea, Amazonia, India la Mayor, así como la Menor y la Mediana, las islas que rodean la India” para describir “hechos notables, dignos de inmortal memoria”. Muchos viajeros, fueran santos, comerciantes, peregrinos, guerreros, científicos o curiosos, han dejado testimonio escrito de sus aventuras y han construido así, en diferentes tiempos y geografías, un fondo de memoria de lo que han visto en el mundo “con sus propios ojos”, como dice Polo. Observar es el complemento necesario del viaje y su escritura, y estas tres actividades lo son del conocimiento: viajar y observar para conocer otras realidades, escribir para transmitir lo conocido. Este deseo ulterior de conocimiento ha estado sujeto a una demanda de mimesis que siempre, aún desde la leyenda, ha tenido una fuerte pretensión de realidad, entendida ésta como verdad: por eso Mandeville solicita que “los señores, caballeros y demás nobles personas que han viajado por Ultramar comprueben si digo la verdad o no”, y Polo afirma que presentará “las cosas vistas como vistas y las cosas oídas como oídas, de suerte que nuestro libro sea sincero y verdadero sin mentira alguna, y para que sus palabras no puedan ser tachadas de fábulas”. Sin embargo, en el siglo xvi, gracias en enorme medida a las propuestas epistémicas de Francis Bacon, la veracidad de un testimonio de viaje, la certeza

del conocimiento que conlleva, no queda suficientemente acreditada con aseveraciones retóricas o con la apoyatura en una tradición de memoria. El viajero pasa de mero observador a ser “testigo de vista” cuya verdad se sustenta, a partir de este momento, en un cada vez más regulado ejercicio de observación y también de experimentación.

Los cuatro ensayos que componen este volumen analizan el vínculo que existe entre viajar, observar, escribir y conocer tomando como escenario la Pampa y Patagonia argentinas en los siglos XVIII y XIX. Subyace en este ejercicio llegar a comprender cómo se organiza el conocimiento geográfico en esos años y cómo se representa, por medio de la palabra, el escenario recorrido. Veremos que estos testimonios responden a un objetivo político concreto del reformismo borbónico, derivado a su vez de la derrota española en la Guerra de los Siete Años, momento en que caen los principios papales como único criterio jurídico para la legitimación del imperio hispánico y Patagonia pasa a ser considerada por las coronas francesa e inglesa como *res nullius*, susceptible de exploración, invasión y explotación. Este problema político, en los trabajos aquí presentados, trasciende hacia otros surgidos en los ámbitos del saber y del discurso. Cronológicamente estudiaré las lentas variaciones de los modos de ver y de escribir lo observado en una serie de diarios apuntados por diferentes viajeros por la pampa-patagónica durante los siglos XVIII y principios del XIX. A este análisis sumaré, en el último ensayo, una lectura de *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio V. Mansilla, con objeto de demostrar cómo, a finales del siglo XIX, se abandona en la escritura de los viajes un imperativo de orden mimético por uno poético. Los diarios de expedición por la pampa-patagónica, veremos, eluden *objetivamente* todo vínculo entre el viajero y lo viajado. No obstante, a medida que la gramática del género abandona la Ilustración y se interna en el Romanticismo, estos escritos comienzan a derivar hacia la novelaría: lo subjetivo invade el testimonio objetivo, la veracidad de la evidencia es desplazada por una simulación de esa verdad, el viaje real se traslada a un discurso verosímil, y la realidad observada es reificada en un real poético. De esta manera, el viaje real de función cognitiva se convierte en un viaje literario que simula ser real para invertir los órdenes epistémicos y retóricos del diario ilustrado. Un estudio de estos testimonios recogidos por Pedro de Ángelis en *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata* me permitirá proponer una definición

del género y, desde este punto inicial, explicar cómo, en la geografía literaria argentina de los siglos XVIII y XIX, y a través del diario escrito por Luis de la Cruz en 1806 y del texto de Lucio V. Mansilla de 1870, estos escritos devienen literatura.

Por último, debo mencionar que los tres primeros estudios han sido publicados, en su primera versión, en la revista de la Asociación Canadiense de Estudios Hispánicos, *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, y en las revistas *Latinoamérica* y *Península*, ambas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

I

La construcción verbal de una geografía: diarios de expedición a la Pampa y Patagonia argentinas (1745-1826)

En 1520 Hernando de Magallanes llega a las costas de Patagonia buscando un paso marítimo entre los océanos Atlántico y Pacífico. Los primeros documentos que dan noticia de esta expedición son los anotados por dos supervivientes del viaje, Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del mundo*, y Ginés de Mafra, *Libro que trata del descubrimiento del Estrecho de Magallanes*. Desde esta fecha primera, la Corona española realiza algunos esfuerzos por penetrar en la Patagonia, empresas recogidas en su mayoría en testimonios escritos e iconográficos. Sin embargo, no es hasta 1740, momento en que Inglaterra comienza a afianzar su preponderancia comercial en la América española, que los monarcas ibéricos deciden ocupar políticamente la pampa-patagónica para defenderla de posibles invasiones extranjeras y también de los continuos ataques de los indígenas rebeldes o aún no sometidos. Con mayor o menor intensidad, éste fue el motor de una serie de expediciones a las regiones del centro y sur de lo que hoy es Argentina que, como consecuencia de todo un programa modernizador acometido por los monarcas borbones, comienzan a ser más constantes hacia mediados del siglo XVIII.¹ Cada uno de estos viajes,

organizados primero por los gobernadores de Buenos Aires y después por los virreyes del Río de la Plata por orden de la Corona, requerían de un testimonio escrito en forma de diario (con su mapa correspondiente) que diera exacta cuenta del relevamiento topográfico del terreno explorado.² De estos testimonios ha realizado una valiosa compilación, entre 1835 y 1837, Pedro de Ángelis en *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*.

Entre estos documentos existe un informe que dirige el virrey del Río de la Plata, D. Juan José de Vértiz, al ministro de Carlos III, D. José de Gálvez. Este informe, fechado el 22 de febrero de 1783, promueve el abandono de los establecimientos patagónicos fundados por el mismo Vértiz y por orden de Gálvez en 1779. *El Informe del Virrey Vértiz, para que se abandonen los establecimientos de la costa patagónica* constituye, para este trabajo, un documento de suma importancia porque allí están concentradas las claves de funcionamiento de los diarios de expedición. Adelanto brevemente estas claves. Primero, las expediciones tienen por objeto el “conocimiento de aquel paraje, calidad de su terreno, aguas, temperamento, leñas, maderas y puerto” (1837: 123).³ Este primer objetivo define el esquema general de lo que se consigna en un diario: registra los rumbos, distancias, y los accidentes topográficos que el terreno presenta, poniendo especial cuidado en reconocer la calidad de la tierra y de los pastos, y la existencia de aguadas y de leña, todas condiciones

necesarias para establecer rutas de comercio y fortines o poblaciones. Segundo, las expediciones están a cargo de “sujetos imparciales” que examinan aquellos terrenos, y son “inteligentes en las entradas de los puertos, fondeaderos y demás circunstancias” (1837: 122). Tercero, estos viajeros ofrecen “noticia e informe” de sus observaciones a través de diarios y mapas, donde “dan conocimiento” del terreno y “dictaminan” acerca de lo comisionado (1837: 122). Así, a través de las noticias recibidas, el virrey se representa la realidad de un entorno ausente: en la Patagonia, los puertos son inseguros y de difícil entrada, la tierra es árida y de difícil cultivo, el suelo desértico, la seguridad incierta por las “muchas naciones de indios infieles” (1837: 124). Juan José de Vértiz, por último, dictamina el abandono de los establecimientos patagónicos porque no suponen un gasto rentable a la Corona.

Como vemos, los diarios participan en un proceso cognitivo y representativo de observación y transmisión de lo observado: a través de ellos se aprehende un objeto (en este caso, una geografía) con el propósito de informar sobre él, de *darle forma* y conseguir que pueda ser conocido o reconocido; vale decir, el diario pretende dar noticia a través de la representación de lo explorado con el fin de establecer concepto cierto de un territorio hasta entonces desconocido.

Por su función, estos documentos están directamente emparentados con las *Relaciones histórico-geográficas de Indias* que tienen, en opinión de Elena Altuna, su antecedente inmediato en la petición de los Reyes Católicos a Colón de que hiciese “entera relación” de lo observado en sus viajes. Las *Relaciones* respondían a una serie de cuestionarios contestados supuestamente por gobernadores, corregidores o alcaldes, quienes remitían la información recabada a virreyes y audiencias para que, a su vez, éstos la enviaran al Consejo de Indias y al rey.⁴ Estos cuestionarios fueron modificándose a lo largo de los siglos de acuerdo a los cambios que se producían en la política colonial. Un dato interesante es que el cuestionario de 1577, realizado durante el reinado de Felipe II, dedicaba el 50% del total de las preguntas a asuntos geográficos, revelando la preocupación metropolitana por conocer y definir la topografía de los nuevos territorios del imperio. Los cuestionarios del siglo XVIII dan im-

portancia a los temas administrativos, económicos y de gobierno, interés en estrecha consonancia con el programa reformista de los monarcas borbones (ver Altuna 2002: 15 y ss.), y atienden también el problema de la definición de las fronteras del imperio. En efecto, el territorio de la colonia presentaba por esos años dos puntos muy vulnerables: su límite meridional en lo que hoy es la Patagonia argentina y chilena, y su límite septentrional, es decir, las Californias y lo que, desde 1776, se denominó Provincias Internas, compuestas por los actuales estados del norte de México y algunos de sur de Estados Unidos.

Las *Relaciones histórico-geográficas* participaron de manera crucial en la tarea de recabar, sistematizar y procesar el cúmulo de información recibida sobre una enorme porción de tierra que durante siglos formó parte del territorio imperial hispano sin ser enteramente conocida. Como señala Altuna, el buen dominio de las cosas de Indias dependía del “conocimiento absoluto de las posesiones por parte del soberano” (2002: 15)⁵ y, como demuestran las *Ordenanzas e Instrucciones* que comenzaron a circular por la Península y el Nuevo Mundo a partir de 1573, este proceso cognitivo respondía a modelos muy precisos de observación, ordenación y expresión de las realidades recorridas, modelos que siguieron vigentes incluso después del desmembramiento del imperio español. En este primer ensayo pretendo explicar con detalle cómo funcionan los diarios de expedición del siglo XVIII en este proceso cognitivo dirigido a una construcción territorial. Para ello, como primera medida, voy a analizar cuáles son las cláusulas epistemológicas que regulan la aprehensión o captación del entorno que es objeto de conocimiento en estos testimonios para luego estudiar cómo se da forma discursiva a lo aprehendido y cómo se lo expresa.

Además del informe mencionado de Juan José de Vértiz, acudiré para el análisis a algunos documentos y diarios recopilados por Pedro de Ángelis en la colección citada, en particular el *Examen crítico del diario de D. Luis de la Cruz, por una comisión del consulado de Buenos-Aires, y con la defensa del autor* (1806), y los diarios de expedición a la Pampa y Patagonia en el marco de tiempo que va desde la expedición de los jesuitas José

¹ Las exploraciones a la Pampa y Patagonia continuaron hasta comienzos del siglo XX con algunas variaciones en sus objetivos. Con el incremento del comercio ganadero entre Chile y Buenos Aires, los viajes por esta región estarán concentrados en encontrar rutas comerciales más directas y en acertar con zonas adecuadas para la instalación de

Cardiel y Joseph de Quiroga desde Buenos Aires al Estrecho de Magallanes en 1745, hasta el viaje al sur de Buenos Aires para establecer una nueva línea de frontera realizado por Juan Manuel de Rosas entre 1825 y 1826.

1. La observación testimonial

Es habitual, por la cercanía señalada que mantienen con las *Relaciones*, encontrar los diarios anteceditos de una serie de instrucciones. En ellas, así como también en los informes extendidos a las autoridades por los viajeros y en los de las comisiones que dictaminan acerca de la validez de los testimonios presentados, aparece de manera regular la palabra “noticia” como vocable que señala la función cognitiva de los diarios y mapas: “de los terrenos que se reconozcan se levantará un croquis, con noticias muy exactas, demarcando los rumbos, arroyos, lagunas permanentes [...] y cuanto conduzca a formar una idea exacta de todo lo que comprende el terreno” (Rosas 1837: 4). La asimilación de la noticia al conocimiento deriva de la utilización del vocable *notitia* en los escritos escolásticos. Entre tantas palabras posibles para puntualizar la finalidad (por ejemplo, “testimonio,” “documento,” “representación”), el uso de la palabra “noticia” indica que su función no es meramente informativa o anecdótica sino, y sobre todo, gnoseológica. Así, en tanto conocimiento, los diarios establecen una relación necesaria entre un sujeto cognoscente y un objeto por conocer que se vinculan mediante la “observación”. Dentro de esta relación, es la referencia en el informe de Vértiz a un “sujeto imparcial” lo que podría definir el paradigma científico al que deben ajustarse estos testimonios.⁶ Esta “imparcialidad” parece sugerir dos condiciones en la relación cognitiva que los diarios proponen: primero, que el sujeto debe concordar con el objeto para aportar un conocimiento verdadero; y se-

poblaciones y fortines. Se trataba de ganar terreno a las tribus pehuenches, huilliches, manzaneras, puelches, huarpes, ranqueles, salineras, serranas y pampas para mejor defender el ganado de los malones y no tener que negociar con los caciques el comercio de la sal. Conquistar el límite norte de la Patagonia (bajar la línea de frontera desde aproximadamente el meridiano 35 hasta el río Negro) responde a este imperativo. Replegar a los indios más al sur del río Negro significará para la Argentina del XIX ganar la pampa húmeda y el monopolio del comercio ganadero.

gundo, que la observación está sometida a un fuerte realismo científico que demanda, para dar noticia “muy exacta”, un posicionamiento exterior y neutral del sujeto en relación con el objeto. Veamos con detalle, entonces, si la episteme de los diarios de expedición promueve el primado del objeto dentro de la relación cognitiva y, de ser así, cuál es el paradigma científico dentro del cual esta relación aparece como “normal”, como posible.

Desde los primeros testimonios de Antonio Pigafetta y Ginés de Mafra opera en los diarios de viaje una cláusula epistemológica fundamental: la referencia en el escrito de “lo que se vio por vista de ojos” (Mafra 1920: 183).⁷ Dice Pigafetta en la dedicatoria de su relación: “sabía que navegando en el Océano se observan cosas admirables, determiné de cerciorarme por mis propios ojos de la verdad de todo lo que se contaba, a fin de poder hacer a los demás la relación de mi viaje” (1986: 35). Este mismo precepto aparece dos siglos más tarde, de forma casi idéntica, en la polémica suscitada entre D. Luis de la Cruz y la comisión del consulado en torno a la validez epistemológica de su diario:

[...] ¿cómo podrá dudarse de esta verdad [la existencia de los ríos Neuquén, Cobuleubú y Chadileubú] cuando [...] mis ojos vieron su curso, y muchas partes de sus formaciones, y toda mi comitiva de indios y españoles son testigos oculares de estos objetos? (Cruz 1837: 9).

El *Diario de una expedición a Salinas*, anotado por Pablo Zizur en 1786 es paradigmático de la primordial funcionalidad epistemológica de la visión en la aprehensión del entorno: la veracidad de su testimonio se sustenta en verbos como “divisar”, “contemplar”, “ver”, “observar”, o en expresiones tales como “aparece a la vista”, “no se ha visto”, “en lo que alcanza la vista”, “se ha presentado a la vista”, etc. En la noticia que comportan estos escritos, la “visión del entorno” es una regla epistémica tan potente que nunca llega a cuestionarse siquiera la fiabilidad de la propia

² Advierte Manuel Lucena Giraldo en su ensayo que la Corona española tuvo siempre una política de secreto en relación a estos escritos, política que impidió el reconocimiento internacional de las posesiones españolas y de los conocimientos científicos adquiridos en sus viajes. No es curiosamente hasta la crisis del Antiguo Régimen con la caída de Fernando VII y las independencias de las colonias españolas en América a partir de 1810 que la publicación de los escritos relacionados con las expediciones ultramarinas “se convierte en una cuestión de prestigio nacional” (1999: 127). Pero más allá de esta política de restricción

visión. Hasta tal punto es así, que cuando la vista del entorno pelagra por una serie de “ruidos” visuales como vientos, lluvias o niebla, se interrumpe la marcha: “apenas fue bien claro, cuando se cubrió el horizonte de una niebla tan tupida que ya conjeturé sería imposible caminar” (Cruz 1835a: 185). De este modo, lo que no se ha constatado a través de la observación no queda registrado en el itinerario y, consecuentemente, no existe. Todas las noticias que el viaje descubre, incluso las noticias que ofrecen diarios previos, deben ser verificadas a través de la percepción ocular directa de lo que se aprehende. *Ver por vista de ojos* se revela en estos documentos como un principio epistemológico incuestionable para obtener información confiable del mundo físico.

Sin embargo, no se trata simplemente de ver para conocer, sino de hacerlo “con toda aquella precisión que un espejo presenta a nuestra vista” (Cruz 1837: 4). La observación aparece, entonces, muy sujeta a una epistemología de la mirada. Volvamos a la condición de imparcialidad que los diarios parecen demandar del sujeto cognoscente.

Metódicamente, la imparcialidad refiere “objetividad” (distancia del sujeto respecto del objeto) en la aprehensión visual de una geografía. La cuestión a plantear aquí es si esta aprehensión neutral es posible y, si lo es, dentro de qué paradigma científico. La confrontación entre Luis de la Cruz y la comisión consular de Buenos Aires que de Ángelis recoge en *Examen crítico* versa sobre esta cuestión.⁸ Ambos acuden, en sus argumentos, a la importancia fundamental que el testigo de vista tiene en la conformación de un conocimiento, pero discrepan en lo que se entiende por “observación científica”. Para la comisión, la veracidad de la observación demanda una adecuada utilización técnico-instrumental y la aplicación de modelos matemáticos por parte del sujeto; para Cruz, en cambio, supone una ubicación sensible del sujeto frente al objeto. La disputa entre estos dos modos de comprender el conocimiento enfrenta al realismo y al idealismo científico: el conocimiento de una realidad evidente demanda, para la comisión, una distancia objetiva del viajero respecto de lo viajado (un *no estar* del mundo observado en quien lo observa y una no proyección del sujeto en el objeto), y para el segundo, una actividad representante, mediatizada, creativa que descubre el mundo observado *en* el sujeto. La polémica se resuelve, finalmente, en detrimento del diario de Cruz: para la

de la difusión de las noticias sobre el Nuevo Mundo, en la España Ilustrada existía “una

comisión éste no sirve porque “conduce a la confusión” y no se puede tener de él “aquella confianza” que merecen los diarios exactos (*Cruz* 1837: 3).

Es evidente que los viajeros diaristas, en el contexto de esta propuesta altamente dogmática de la ciencia moderna que impone su deontología empírica en los diarios del siglo XVIII y principios del XIX, no llegan a cuestionar la necesaria co-existencia, co-presencia e incluso cooperación entre sujeto y objeto dentro del proceso de conocimiento tal como lo concebirá la ciencia poco después con el idealismo moderno y semejante, de algún modo, a como lo entendía Cruz en su alegato. En la relación gnoseológica que estos escritos demandan en el siglo XVIII, el objeto debe ser captado desde fuera por un sujeto “racional” despojado de su capacidad de significación para, de esta manera, equiparar este objeto percibido “desde fuera” a una “realidad”. La comisión consular apoya su argumento en la tendencia científica racionalista y realista de la época, aquella que sostiene que “sólo hay un verdadero método, o combinación de métodos; y lo que no puede ser contestado así no puede ser contestado” (Berlin 1992: 145).

La imparcialidad, a través de la funcionalidad cognitiva de la visión en el marco de la ciencia moderna, precisa la correlación entre sujeto y objeto que demanda todo conocimiento de corte realista porque indica, primero, que es el objeto quien dirige la relación cognitiva y, segundo, que la observación excluye cualquier *a priori* en esta relación.⁹ Así, a través de la mirada imparcial, los diarios y sus expresiones icónicas como son los mapas, se adhieren estrechamente, *miméticamente*, a lo que es objeto de conocimiento:

[...] ¿no conocen VV. SS. que tan ocupada traía la imaginación con la vista y las manos, y que así, presentándoseme un objeto, inmediatamente lo trasladaba al derrotero, a fin de no omitir la más leve circunstancia que acreditase mis observaciones? (*Cruz* 1837: 7).

La secuencia cronológica que siguen los apuntes del diarista, y la imparcialidad que demanda la episteme de los diarios, supone la eliminación de cualquier concepto anticipable al instante de observación. Des-

verdadera industria del manuscrito que permanecía al margen del control estatal y difundía con regularidad noticias relacionadas con el mundo ultramarino” (1999: 129 y ss.).

³ El español de los documentos utilizados ha sido actualizado para facilitar su lectura.

⁴ La cadena de información funcionaba según un estricto orden jerárquico que siem-

taca en esta actividad el valor inaugural del “descubrimiento” o encuentro primario entre objeto por conocer y sujeto cognoscente: *Diario de un viaje [...] con otros documentos relativos al descubrimiento de un nuevo camino* etc., *Diario [...] formado en el viaje para el descubrimiento de camino sin Cordillera* etc., *Descripción geográfica de un nuevo camino* etc. El contacto visual con lo desconocido debe, según la episteme de los diarios, conformar el conocimiento del entorno *a posteriori*. Así, de la observación de una topografía es extraído su conocimiento y, del conocimiento, su existencia verificable. Para que el diario dé noticia fiable del entorno es necesaria una traslación limpia e inmediata del referente, la plasmación de una imagen imparcial por parte del observador en su escrito. Resulta que la metafísica, o mejor, la ontología que ocupa a los diarios de expedición es forzosamente epistemológica porque para aprehender la entidad de lo que se dispone a conocer es necesario conocer la naturaleza de ese conocimiento. A través del relato cronológico de la mirada y de la imparcialidad, el diario registra lo que los ojos observan del entorno que es objeto de conocimiento y permite la conformación de conceptos fiables que aseguren la veracidad de esa *notitia*.

Ahora bien, Antonio Pigafetta o Ginés de Mafra —también, un poco antes, Cristóbal Colón en su *Diario de a bordo* o Amerigo Vespucci en sus *Cartas*— afianzan la veracidad de sus noticias en la visión, y describen seres gigantes, ciudades encantadas e infinitas “maravillas”. Ninguno se ocupa de precisar *explícitamente* una epistemología en la aprehensión de una realidad nueva. En contraparte, los diarios del período que nos ocupa están condicionados por una suerte de control científico cifrado, en primer término, en las instrucciones que los anteceden y que definen el método a seguir en lo comisionado. ¿Por qué, entonces, antes de afirmar la evidencia de lo conocido se torna necesario en estos escritos comprender cómo se conoce?

Hasta Francis Bacon y René Descartes, la aprehensión de las cosas del mundo comienza con la formación de sus conceptos. Este es el modelo aristotélico de conocimiento, para quien el mundo podía comprenderse y explicarse a través de una estructura lógica deductiva.¹⁰ Así, el saber se sustenta en la construcción intelectual de nociones lo suficientemente

pre iba de un inferior a un superior. De este modo, el proceso de comunicación de la información seguía siempre las leyes del “mandato” (ver Altuna 2002: 27 y ss.).

⁵ Al presentar en 1608 la “Descripción de la provincia de los Quixos”, el Presidente

universales que permiten comprender las cosas particulares, y la condición de certeza del conocimiento está dada por la aplicación adecuada de una herramienta formal del conocimiento que Aristóteles encuentra en el silogismo.¹¹ Esta síntesis de lo particular en lo universal traba la relación de conocimiento entre un sujeto y un objeto en una dirección apriorística. Si Magallanes o Pigafetta vieron gigantes en las regiones del sur y llamaron Patagonia a esas tierras es porque ya en el Renacimiento circulaba una novela de caballería, *Primaleón*, donde los héroes se enfrentaban a un gigante llamado Patagón, y si durante siglos los exploradores y misioneros buscaron la Ciudad de los Césares es porque otro enclave cristiano, el reino del padre Juan, existía supuestamente antes en África.¹² Es, entonces, el concepto de la cosa lo que permite conocer (o reconocer) la cosa.¹³ Así, el hombre de la Edad Media y del Renacimiento cuenta con un fondo de conceptos que lo conducen en el entendimiento de las realidades que conoce. Cómo se consigue, epistemológicamente, que el con-

del Consejo de Indias, Pedro Fernández de Castro, recordaba a Felipe III que el Imperio Romano logró la unidad y dominio de su extenso y variado territorio a través de las descripciones de la naturaleza y costumbres de sus habitantes (ver Altuna 2002: 15).

⁶ Es Thomas S. Kuhn quien, en *La estructura de las revoluciones científicas*, sostiene que el conocimiento sólo puede ser considerado como tal dentro de un determinado paradigma científico. En el marco de un paradigma, los problemas que la ciencia descubre y las soluciones que propone se perciben como “normales”. Sólo cuando las “anomalías” que surgen dentro del paradigma se acumulan y no pueden reajustarse dentro de él, se comienza a poner en tela de juicio la validez del paradigma adoptado y deviene una “revolución científica” que consiste en un cambio de paradigma.

⁷ Desde las primeras *Relaciones Geográficas de Indias*, todo testimonio derivado de la observación directa de lo descrito debía llevar la certificación de “testigo de vista” de un escribano. El primer personaje que prescinde de esta certificación es Juan López de Velasco, primer cosmógrafo-cronista de las Indias (1571). Su tarea de elaborar la gran *summa* del *Libro Descriptivo de Indias* —que nunca se realizó—, recopilando la múltiple información remitida por testigos de vista y ordenando y enunciando como enunciador particular ese cúmulo de datos desde la metrópolis, lo exceptúan de ese requisito.

—⁸ Abordaremos este problema en profundidad en el ensayo tercero de este trabajo.

⁹ Para la ciencia moderna, “si la mente podía ser liberada de dogma, prejuicio e hipocresía [...] entonces, cuando menos, la naturaleza podía ser vista en la total simetría y armonía de sus elementos, lo que a su vez podría ser descrito, analizado y representado por un lenguaje apropiadamente lógico” (Berlin 1992: 148).

¹⁰ “Según este ideal, el conocimiento científico se obtiene por demostración a partir de primeros principios o axiomas indemostrables, y el conocimiento de estos principios, a su vez, se obtiene por inducción [...] *La demostración admite sólo premisas que sean ciertas*

cepto se pliegue a la cosa, que coincida con ella para así tener conocimiento cierto de la cosa, es un problema que no surgirá de manera sistemática hasta Descartes, y en enorme medida debido a una serie de acontecimientos históricos —el descubrimiento de nuevas realidades en América es un factor muy importante— desestabilizadores de la certeza cognitiva que había operado en la metafísica y en la ciencia hasta el siglo xvii.

Bacon y Descartes advierten que los conceptos no se acomodan perfectamente a la realidad, y entienden que, antes de entrar en consideraciones metafísicas y en afirmaciones ontológicas, es necesario comprender cuáles y cómo son las condiciones de conocimiento. El *Novum Organum* y el *Discurso del método* son paradigmáticos de cómo el pensamiento moderno invierte la dirección en la relación cognitiva entre sujeto y objeto, y de cómo esta relación ya no comienza con una ontología sino con una epistemología. Esto es exactamente lo que ocurre en los diarios de expedición a la Pampa y Patagonia en los siglos xviii y xix. Considero que la definición epistemológica explícita de cómo debe ser la relación de conocimiento en estos testimonios se funda en esta revolución filosófica y científica que comienza con la lógica inductiva de Bacon y con la crítica cartesiana al silogismo aristotélico, y se define, concretamente, en las reflexiones gnoseológicas de los empiristas ingleses, continuadores inmediatos de estos pensadores.

De acuerdo con los empiristas, el conocimiento del mundo se sustenta en la atención de lo que el mundo procura mostrarnos de modo que, para aprehender con fiabilidad el entorno y lograr que esa aprehensión suponga un conocimiento y no una probabilidad, es necesario no plegar el concepto al objeto sino observar a éste neutralmente, recibir la información a través de la experiencia de los sentidos.

Para que el conocimiento sea cierto, para conocer algo de lo que no se pueda dudar —tal es la obsesión de Descartes que recoge Locke— hay que borrar todo concepto previo a cualquier experiencia sensible-experimental en la relación cognitiva. Locke dedica el libro I de su *Ensayo sobre el entendimiento humano* a refutar la existencia de principios especulativos y prácticos innatos en los seres humanos. No existe otra realidad que la aprehensible a través de la experiencia de los sentidos, y nada es conocimiento a menos que lo que se afirma sea testificado por éstos:

Supongamos que la mente está, según se dice, como un papel en blanco, limpio de cualquier impresión, sin ninguna idea. ¿Cómo se hace de ellas? [...] ¿De dónde saca todos los *materiales* de la razón y el conocimiento? A esto respondo con una palabra: de la EXPERIENCIA. En ella se funda todo nuestro conocimiento, y de ella deriva en última instancia. Nuestra observación, aplicada a los objetos sensibles externos o a las operaciones internas de la mente que percibimos y sometemos a la reflexión, es la que proporciona en nuestro entendimiento todos los *materiales* para pensar (Locke 1999: 71).

En el siglo xvii se precisa, vemos, la función epistémica del testigo. Básicamente, éste ya no es un simple mediador entre los fenómenos que no se podían observar directamente y las personas que no tenían acceso a dicha observación. Ahora el testigo requiere, para ofrecer testimonios confiables, ajustar su observación a la experimentación, entendida en esta época como “*hacer que las cosas hablen de las cosas con una base diferente del conocimiento común: una base matemática, instrumental o experimental*” (Guillaumin 2005: 267 y s.).¹⁴ Sólo a través de este modelo observacional, el testigo puede, a partir de los datos de la experiencia y siguiendo una vía de razonamiento inductiva, alcanzar un conocimiento no susceptible de ser sometido a duda, un saber, en definitiva, evidente. Retengamos esta cuestión que retomaremos más adelante.

Los diarios de expedición que estudiamos se ajustan estrechamente, en su rutina cognitiva, a esta dirección que sigue el conocimiento para los empiristas. Lejos del realismo aristotélico donde las soluciones propuestas a los silogismos ya están contenidas en las premisas planteadas, pero también distante del idealismo postkantiano que desplaza la condición imitativa del saber hacia los componentes constructivos y creativos que intervienen en todo proceso gnoseológico, en el siglo xviii es la aprehensión desapasionada de la realidad la que genera los conceptos que permiten comprenderla, explicarla y representarla. La página del diario donde el observador anota lo que ve por vista de ojos es la misma “white paper” de Locke, única certeza de que la aprehensión de la realidad es *notitia*. Síntoma evidente de este cambio son los diarios anotados por el padre Pedro Lozano en 1745 y por Thomas Falkner entre 1744 y 1752. En ambos hay una preocupación manifiesta por cuestionar e incluso ne-

y evidentes para todos. Era muy difícil, incluso para el mismo Aristóteles, elaborar explicaciones de muchos fenómenos naturales con base en este ideal, sin embargo, a pesar de

gar la fiabilidad y existencia de algunos “reales” patagónicos conocidos desde los primeros viajes, como los gigantes patagones o la existencia de la Ciudad de los Césares. La nueva ciencia ilustrada descarta inmediatamente cualquier conclusión que no pueda justificarse por el uso adecuado de métodos racionales, “sobre todo las ficciones de los metafísicos, los místicos, los poetas” (Berlin 1992: 148). A esta rigurosa sujeción de las exploraciones registradas en los diarios a una epistemología a tono con el paradigma científico-filosófico europeo (en especial francés y anglosajón), subyace un programa político donde el imperio español, frente al empuje expansivo de nuevas potencias en sus colonias después de la Guerra de los Siete Años, pretende mantenerse.

En el marco de la ciencia moderna, y bajo el paradigma de un ejercicio científico ilustrado, los diarios de expedición presentan lo que revela la experiencia de los sentidos, lo que el mundo descubre *efectivamente* a la aprehensión sensorial desapasionada de un sujeto que viaja una geografía por primera vez. A través de la anotación cronológica de una observación que se pretende y cree imparcial, los diarios proyectan especularmente la realidad que se ofrece a la observación. Cuanto más estrecha, más neutral y más inmediata sea esa relación, más fiable será el conocimiento que se tenga del entorno. Los diarios de los siglos XVIII y principios del XIX son epistemológicamente fiables porque van conociendo lo que van descubriendo, porque van anotando rápidamente y sin *a priori* lo que aparece y se ve.

2. Gramática de la visión

He analizado hasta aquí cómo los diarios participan activamente en un proceso cognitivo, y hemos visto cómo debe operar en ellos, conforme a un determinado modelo científico, la aprehensión de un objeto por un sujeto para que el conocimiento que proponen sea fiable y el diario sea válido. Ahora debo explicar cómo se transmite este conocimiento. En efecto, en este proceso cognitivo he soslayado la función informativa que opera en estos testimonios, ya que, como sostiene el virrey Vértiz, los diaristas deben “dar noticia e informe” de lo que conocen, deben comunicarlo. La funcionalidad de estos escritos, entonces, no se agota en la mera aprehensión del entorno. Veamos cómo lo observado adquiere

forma comunicable y se transmite desde un sujeto que conoce a otro que no conoce y quiere conocer.

Voy a partir de una evidencia problemática, y es que el diario de expedición da forma al objeto de conocimiento, es decir, confiere una imagen fiable del entorno, desde el discurso. Al analizar el proceso de aprehensión del entorno, vimos que el diario sigue un orden de registro cronológico, que la anotación de lo que se observa procura ser imparcial, y que esa imparcialidad se sustenta en la retracción del sujeto frente al objeto dentro de la relación cognitiva. Pero en este punto surge una dificultad en la epistemología que sustenta la aprehensión visual que soporta estos escritos: ¿cómo conformar una imagen cierta por medio del verbo? Para comenzar a responder este interrogante voy a desglosar, ahora atendiendo al discurso, las tres condiciones que soportan la episteme de estos escritos.

En el diario se anota lo que se ve en orden cronológico. El registro de lo observado es diacrónico, pero esto no significa necesariamente que en ellos exista una sucesión en el tiempo. Los diarios que he estudiado están organizados en torno a dos tiempos básicos: usan el pretérito indefinido para referir la marcha del viaje, y utilizan el presente del indicativo para asentar las características del entorno:

[...] luego que mandé alojar, subí a un medanito que había inmediato, por ver si se descubría el Cerro Nevado, y le vi bien claro a la parte del SO [...] Hasta aquí todos los campos son excelentes y buenos, como sus pisos, aunque en parte son algo blandos (Hernández 1837: 10).

El uso del pretérito indefinido es índice de la rutina de escritura que siguen estos textos. Si bien es cierto que en los diarios se anota lo que se ve de forma inmediata, registrar la jornada de viaje como algo ya sucedido sugiere que en ellos opera una doble trascripción: un apunte presente de lo observado cuando se lo ve, y una escritura posterior, más organizada, de esas anotaciones en el diario. El diario recoge lo ya visto, pero lo presenta en la inmediatez del presente, simula que lo que ha sido observado durante la jornada de viaje está presente mientras se escribe. El uso del presente del indicativo para reseñar lo observado anula la distancia de tiempo que media entre el apunte de lo percibido y la escritura en el diario, y la utilización del pretérito indefinido para designar el paso en el tiempo que conlleva la marcha refuerza la función asertiva de lo que se percibe

referido en presente y esclerosa cualquier posible consecuencia derivada del relato en pasado. La condición asertiva del presente para exponer lo observado queda reforzada por la cualidad perfectiva del pretérito indefinido, de modo que, aunque hay una escritura cronológica de lo que se ve, no hay realmente una sucesión temporal en lo que se escribe. No interesa, por ende, el acontecimiento del viaje, sino la carga nominal de las entidades observadas: si el entorno es referido en presente es porque se pretende simular que está ante el diarista cuando transcribe lo que vio por la noche en su diario, y que está ante el destinatario cuando lee ese diario. Lo que es percibido como presencia es, en el presente asertivo, certeza de que lo que se observa, tanto directa como indirectamente, existe porque está presente, está siempre ante el que lo ve y lo lee.

La anotación de lo que se observa debe ser imparcial. Muchos diarios están escritos en primera persona del singular. Sin embargo, con enorme frecuencia, el diarista resta fuerza desinencial y deíctica a su voz alternando la primera persona singular con la primera plural o con el uso de la forma impersonal “se”: “no pudimos observar”, “hicimos el reconocimiento”, “se emprendió la marcha”, “se hizo descanso en el sobredicho paraje”, “en cada uno de ellos se halla una laguna salada”, etc. De hecho, en referencia al entorno que se observa, quien escribe pone el acento en el enunciado y no en la enunciación a través de verbos como “ser” (“es lugar sin leña”) o “haber” (“en dicha laguna de San Lucas hay mucha leña”) en presente del indicativo. No importa realmente quién habla, ni qué sucede en la travesía de viaje a los expedicionarios. Lo verdaderamente importante es el escenario de ese viaje, el mundo físico que se viaja y se percibe. El diario de expedición no es un canal de emociones e impresiones de los viajeros, de ahí la insistencia epistémica en la imparcialidad del sujeto; su función es mostrar lo que es presente como si fuera un lienzo donde se estampa lo aprehendido a través de la visión. Se trata, como sostiene Carrizo Rueda en referencia a los relatos de viaje, de “cristalizar una ‘imagen’ lo más detallada posible” (1997: 40) y de mostrarla. “Mostrar’ no puede ser sino *una forma de contar* y esa forma consiste a la vez en *decir* lo más posible y en *decirlo* lo menos posible” (Genette 1989: 224), es decir, hacer predominar el *showing* al *telling* según terminología de la crítica americana, pretender transparentar a quien habla y escribe para generar la ilusión de que la realidad del entorno está ahí, y que no es *yo* quien controla el discurso, sino el entorno quien controla

a quien lo observa y anota. El diarista, aun desde la primera persona, simula no dirigir el enunciado; sólo es el mediador en un proceso de mimesis que exige un máximo de información a través de un mínimo de informador.

La imparcialidad se sustenta en la retracción del sujeto frente al objeto dentro de la relación cognitiva. Hasta aquí, el discurso del diario aparece como fuertemente asertivo y constativo, porque afirma lo que es y pretende mostrarlo tal como es apelando a la patencia del presente y a un sujeto enunciator vacío de enunciación. En el proceso de comunicación que implica el discurso del diario, y también la rutina de conocimiento que soporta, se promueve la dilución de la potencia significativa que tiene el diarista como enunciator y se proyecta la ilusión retórica de que, entre lo que se observa y lo que se transmite, no opera ningún proceso de interpretación ni de significación. Hay una correlación fija entre lo que Gombrich denomina “el mundo óptico” y “el mundo de nuestra experiencia visual” (1991: 169). El esfuerzo retórico del diario de expedición está concentrado, entonces, en destruir la separación que media entre la percepción y lo que finalmente se muestra, con objeto de promover la falacia de que es la realidad que se observa la que construye por sí sola el discurso que la presenta *tal como es*. Es lo que Barthes designa “ilusión referencial” (1987: 168) y Genette “ilusión de mimesis” (1987: 221): una reconducción constante del discurso hacia el referente. Abolida así cualquier instancia significativa, el diario pretende revocar la distancia entre la visión y la dicción, y refuerza de una manera muy potente su capacidad mimética al transmitir a su recepción la certeza aparente de que, tal como se lee la información sobre una geografía, es como se lo ha visto, y, a su vez, tal como *es* en su realidad extratextual.¹⁵ A través de este recurso retórico de generar una evidencia apuntalando la capacidad asertiva del referente y borrando la potencia significativa del enunciator, los diarios construyen lo que Barthes designa “efecto de realidad” (1987: 179).

Ahora bien, estos documentos, al dejar asentado lo que se ve en el transcurso de un viaje, están contruidos necesariamente en torno a dos

ello, este ideal tuvo poder normativo, tanto en sentido regulativo como evaluativo, hasta ya entrado el siglo xvii. Parte de su fuerza normativa durante esos siglos fue justamente que tenía como fundamento la experiencia común; el apelar a la única forma de experiencia conocida por el hombre para investigar el mundo: la observación a simple vista y una serie pequeña, aunque no rudimentaria, de diferentes experimentos [...]” (Guillaumin

modalidades discursivas: la narración, que da cuenta del acontecimiento del viaje, y la descripción, que refiere lo que se observa en el itinerario. Por lo analizado hasta aquí podemos sostener que la funcionalidad del diario no se inclina hacia su potencial narrativo. En un diario de expedición estricto, el relato no se detiene en la explicación de los sucesos vertebradores de cada jornada ni atiende el proceso cronológico del derrotero; diluye también la presencia e incluso autoridad narrativa del diarista, evade cualquier factor de riesgo o tensión narrativa, y no deja constancia de ninguna expectativa apocalíptica ni estimula desenlaces posibles del viaje.¹⁶ Los diarios tienen, evidentemente, una naturaleza discursiva doble, pero su modelo gramatical subordina la narración a la descripción para lograr el éxito retórico de unir “neutralmente” la realidad al discurso. En este ensayo, la realidad que consideramos es aquella que en las *Relaciones* era identificada como “historia natural”, más concretamente, geográfica.¹⁷ Es precisamente la geografía de la zona recorrida el objeto directo de la acción de “mostrar”, y este ejercicio demanda la generación, a través del discurso, de una imagen clara y evidente de ella. Entre los dos modos discursivos que intervienen en un diario, la posibilidad de construir verbalmente una imagen es competencia de la descripción. Frente a la narración, que despliega una serie de acontecimientos en el tiempo, la descripción suspende la cadena sintagmática de la *narratio* en un presente de atestiguación que “nos entrega una idea del objeto, es decir —atendiendo a la etimología de la palabra idea—, una visión o un espectáculo” (Dorra 1984: 509). Descripción y narración se oponen, tradicionalmente, como lo nominal se opone a lo verbal, lo estático a lo dinámico, lo simultáneo a lo sucesivo, lo evidente a lo contingente.¹⁸ Además, la narración puede tener objeto en sí misma según su campo propio de lo verosímil, incluso de lo ficcional, pero la descripción siempre es un medio para.

2005: 261 y s.). El sentido de “inducción” cambia con la ciencia moderna porque ya no es suficiente para obtener los axiomas universales que requiere el silogismo aristotélico en tanto modelo lógico: observar todos los días que el sol sale por el Este no permite, en el siglo xvii, dar explicaciones abarcadoras de la dinámica celeste. La ciencia moderna puede entenderse, en un comienzo, como el esfuerzo por encontrar formas diferentes al conocimiento común aristotélico, y esto lleva a proponer nuevos sentidos para la experimentación, la observación, el testigo, la evidencia, etc.

¹¹ Veremos en el tercer ensayo de este trabajo cómo, en el siglo xvii, esta herramienta formal del pensamiento será reemplazada por la matemática y todo un sistema regulado

En el caso que nos ocupa, si propio de la descripción es construir una imagen de algo que pueda ser mostrado a un receptor por medio de la palabra, es necesario que esa producción sea para algo. Con esto quiero decir que la descripción tiene un grado de eficacia conativa, entendiendo este término en el marco de referencia de las funciones lingüísticas de Jakobson. En el caso de los diarios, la eficacia conativa inmediata es generar, a través de una fuerte ilusión de realidad, una imagen en el receptor que permita el conocimiento sobre algo ignorado o poco conocido.¹⁹ Así, al describir una geografía el diarista va proporcionalmente colmando un espacio vacío de conocimiento por medio de la descripción que hace de su objeto de estudio. Volvemos en este punto a las pautas epistémicas que estudiamos en el apartado anterior para analizar cómo funcionan los mecanismos del saber a través de la descripción.

Ya mencionamos que los diarios de expedición a la pampa-patagónica siguen todos un mismo esquema descriptivo al registrar los rumbos, distancias y accidentes topográficos del camino. Esta información se articula en el despliegue de una serie predicativa de las particularidades del objeto descrito, y lo hace según un orden expansivo que reconoce en las formas paratácticas (es decir, el inventario, el catálogo, la enumeración) su perfil adecuado:

[En referencia a Puerto Deseado] Hállase sí abundancia de barrilla, para hacer vidrio y jabón: abundancia de mármol colorado, con listas blancas, mármol negro, y alguno verde: mucha piedra de cal, y algunas peñas grandes de pedernales de escopeta, blancos y colorados, con algunos espejuelos dentro como diamante: mucha piedra de amolar, y otra amarilla que parece vitriolo (Lozano 1836: 7).

Lo visible se organiza, entonces, en una lista que concluye cuando la observación cesa.²⁰ El conjunto de la geografía de la pampa-patagónica se va configurando así a través del despliegue radial de sus partes constitutivas: cada mineral conforma la geología de Puerto Deseado que, a su vez, con-

de observación y experimentación.

¹² Este origen de la leyenda de los gigantes patagones es opinión de la filóloga María Rosa Lida (citada en Navarro Floria 1999: 34). En relación a la Ciudad de los Césares, su antecedente en el reino del preste Juan es sugerido por Fernando Ainsa en 1992b: 44.

¹³ Emblemáticamente dice Beatriz a Dante en esa suerte de *summa* del orden de mundo medieval que es el Paraíso: “si la opinión de los mortales se extravía donde la llave de

figura la topografía de la costa patagónica que, a su vez, define la geografía de la región. Esta coordinación es, entonces, de orden inclusivo, ya que en ella las partes son las que definen el todo. Retóricamente, el entramado de observación se articula según la lógica de la sinécdoque inductiva porque lo general es definido como concepto mediante sus múltiples rasgos particulares. A partir de una serie de cosas observadas, el diarista reconstruye una geografía en todos sus detalles, desde la calidad de los caminos hasta las organizaciones sociales de las naciones que la habitan.

Derivemos ahora los índices epistemológicos que surgen del modelo descriptivo que funciona en la retórica de los diarios. Primero, detrás de la relación de orden paratáctico y realista hay una fuerte concepción léxica del lenguaje. Como sucede con todo enunciado de índole taxonómica, la realidad nombrada en el discurso no admite inestabilidad semántica y promueve la ilusión de que el lenguaje es un medio neutralizado que une significado y referente de manera “natural”, sin mediación. De este rasgo es posible suponer que los diarios no son realmente textos de lectura, sino de consulta, como lo es un diccionario o una enciclopedia, de modo que esta función taxonómica está dirigida a construir un fondo de memoria siempre disponible a su consulta. El diario como archivo de memoria tiene su antecedente en el *Libro Descriptivo de las Indias* que ya mencionamos: “el *archivo* [...] supone un soporte material —el lugar donde se guardan los documentos— pero también una dimensión simbólica: la conservación y transmisión de una memoria cultural de la cual el *Libro* es su expresión” (Altuna 2002: 52).²¹ No obstante, para promover la potencia memorable de la descripción no basta con nombrar un lugar, incluso con describirlo. Para Pimentel, “sólo la repetición, la insistencia textual, por así llamar a este fenómeno descriptivo redundante, es capaz de dar cuerpo y presencia al espacio u objeto representado” (2001: 58). Los diarios resultan, en efecto, tediosos a la lectura por esta insistencia en la reiteración de los datos recabados, pero también es cierto que es este efecto anafórico el que permite alcanzar conclusiones determinantes: en ellos, por ejemplo, es el despliegue anafórico en torno a la sequedad patagónica lo que genera en Vértiz la certidumbre de que el suelo de la región es desértico e improductivo y que más conviene a la real hacienda abandonar los establecimientos de la zona que conservarlos.

los sentidos no puede abrir, no deberían en verdad punzarte desde ahora las flechas de la admiración; pues ves que, si la razón sigue los sentidos, debe tener muy cortas alas” (Dante

En segundo término, la configuración de los modelos descriptivos con base en la sinécdoque es indicio de la dirección que sigue el razonamiento lógico en estos testimonios. Si es la parte la que señala el todo, la observación no puede estar dirigida por universales *a priori*. Así, en la descripción y en estrecha consonancia con lo que analizamos en el apartado anterior, cada cosa nombrada, que es a su vez cada cosa vista en el viaje, va construyendo la realidad de la que forma parte y es indicio. La manera de articular la realidad a través del discurso es claramente inductiva, e instala a estos escritos en el marco del descrédito del saber escolástico y en la promoción de la ciencia moderna que estimuló el reformismo borbónico. Ya aludimos a cómo, a partir del *Novum Organum* de Francis Bacon, el modelo epistemológico gira hacia una consideración inductiva del conocimiento y el método científico comienza a impulsar una dirección analítica que conduce de la observación y experiencia de los fenómenos y objetos singulares a la generación de conceptos, de sistemas, de juicios lo suficientemente universales para comprender cada particular y dar explicación de él.²²

Por último, a través del efecto de realidad y de la lógica inductiva de la sinécdoque, los diarios cumplen con la funcionalidad de la descripción que era, vimos, generar una imagen científicamente veraz del objeto descrito a través del discurso. Intensamente sujeta a la potencia mimética del referente, la gramática del diario está dirigida a construir una *evidentia*, es decir, una realidad cierta e indubitable de presencia directa e inmediata a un sujeto, y esto sólo puede suceder discursivamente a través de la descripción. Como señala Fontanier,

[la descripción] consiste à exposer un objet aux yeux et à le faire connaître par le détail de toutes les circonstances les plus intéressantes [...] elle donne lieu à l'hypotypose quand l'expression de l'objet est si vive, si énergique, qu'il en résulte dans le style une image, un tableau (1977: 420).

La funcionalidad retórica de la descripción se apoya en la categoría estética de *ut pictura poesis*: una descripción correcta es aquella que permite que el emisor, a través del discurso, *haga ver* el referente extratextual descrito a su destinatario.²³ Es el proceso que Pimentel, tomando prestado el

1985: 179).

²⁴ Es necesario hacer aquí una puntualización: Guillaumin, en su estudio, defiende la idea de que este papel epistémico del testigo ya existía en la medicina antigua.

término de Greimas, denomina “iconización verbal”, procedimiento tendiente, como todo el sistema descriptivo de estos testimonios, a producir una fuerte ilusión de realidad (2001: 34 y ss.).²⁴ “Contribuye mucho para hacer creíble la cosa, el poner alguna imagen que la haga presente a los oyentes”: esta es la *evidentia* para Quintiliano (1911, IV, II: 215), y ésta es la funcionalidad retórica de la descripción que los diarios promueven. Esta asimilación de la imagen a una evidencia indica que el acceso directo a la realidad a través de su imagen verbal se sostiene, a su vez, sobre cierta condición epistemológica de dicha imagen. No se trata sólo de la gestación de una imagen a través de la palabra, sino de una imagen certera e incuestionable en su capacidad referencial. La descripción debe generar una estampa evidente, es decir, construir una certeza tan clara y manifiesta que torna imposible dudar de su existencia real y de su veracidad.

En los diarios, es la imagen topográfica construida discursivamente como evidencia la que permite que el referente se manifieste de manera inmediata a los lectores, pero a condición de que se oblitere en el proceso la actividad representante que media.²⁵ Así, al modelo descriptivo imparcial y realista que analizamos subyace un muy determinado y preciso sentido de la representación. Esta representación está sostenida en la desaparición de la incidencia que tiene el sujeto en el acto de aprehensión cognitiva de la geografía y también en su actividad hermenéutica y significante. Epistemología y estética coinciden en estos testimonios en la actividad de un sujeto que ve y da forma verbal a lo visto como si él no existiera en tanto sujeto cognitivo y de representación. Es esta naturalización del *como si* lo que define el carácter objetivo de los diarios, lo que apuntala su fuerte condición mimética: la necesidad, en definitiva, de

¹⁵ Una y otra vez aparecerá en este trabajo el tema de la verdad ligada a una ilusión referencial muy fuerte. Ocurre también que el modelo descriptivo que se define a partir de los cuestionarios y ordenanzas va, con el tiempo, no sólo sistematizándose, sino naturalizándose. Por eso, dice Altuna, “las representaciones territoriales basadas en él [en el modelo descriptivo] terminaron por ser identificadas con *la verdad* de las representaciones” (2002: 50).

¹⁶ Prueba emblemática de ello es el diario de Antonio de Viedma, donde las sucesivas muertes de los colonos son consignadas escuetamente, sin derivaciones ni consecuencias para el decurso del viaje y del diario.

¹⁷ Desde las *Ordenanzas e instrucciones* de 1573, la visión del mundo y su consecuente ordenamiento discursivo abarcaba dos esferas: la “historia natural”, donde hoy en día entrarían disciplinas como la geografía, la biología, las ciencias físico-matemáticas y químicas, la botánica, la zoología, la geología, la medicina, etc.; y la “historia moral”, donde

percibir como natural aquello que, en la práctica, es representado. Es claro que esta práctica del *como si* se extiende también a aquello que es objeto de representación: el objeto representado aparece, a través de la descripción, en lugar de aquello que representa según el axioma aristotélico “esto es aquello” (Aristóteles 2002: 1371b),²⁶ cláusula definitoria de la estética de la mimesis que regula estos testimonios. Subyace, en esta fórmula, la lógica propia de la sinédoque inductiva ya que, en la representación y por la fuerza copulativa del verbo “ser” del axioma aristotélico, un singular (“esto”) se constituye si y sólo si es “aquello”, es su *naturaleza*. Sólo nutrida en una estética de la mimesis, en la fórmula “esto es aquello”, la descripción consigue constituir una geografía al nombrarla y cumplir con la suplantación certera y con el efecto de realidad, con la imagen evidente, que la fórmula encierra.

Por último, sujetos a una estética de la mimesis muy fuerte, los diarios de expedición describen “correctamente” una geografía cuando, a través de su representación, el receptor alcanza certeza de la geografía representada y tiene conocimiento de ella estando lejos. Llegamos aquí a la funcionalidad ulterior de este tipo de testimonios, que es no sólo generar una imagen evidente de una realidad cognoscible, sino fundar una imagen *icónica* evidente. Los diarios se definen así como signos de una geografía real. Al estar sujetos a un discurso de naturaleza objetiva que demanda percibir lo representado como evidencia, esta “ semejanza”, este “parecido” entre icono y realidad es, en los diarios, obliterado. Los diarios consiguen así funcionar exactamente igual a cómo lo hace un mapa en la Ilustración: en lo visto durante el viaje, los diaristas sólo destacan los aspectos evidentes de la geografía viajada y la representan en estrecha consonancia con una efecto de realidad que se traduce en conocimiento fidedigno del territorio para el monarca y para eventuales viajeros futuros.²⁷ Son, en síntesis, “diarios cartográficos” porque su función permite que, en la cadena de comunicación de la que participan, los emisores construyan a través

entraría la historiografía, la etnología, la arqueología, la lingüística, la antropología, etc.

¹⁸ Ver Dorra 1984: 510 y Genette 2002: 204 y ss. También Carrizo Rueda 1997: 1 y ss.

¹⁹ Ya vimos que el grado de eficacia conativa ulterior se mide fuera del ámbito del discurso, en la esferas del saber de la época y, especialmente, en el espacio político.

²⁰ Para Hamon, el “efecto de lista” propio de la parataxis descriptiva tiene como signo la “falta de clausura” o “*amplificatio infinita*” (1991: 52), nuevo rasgo que la distingue de la narración, que siempre sigue una dirección teleológica por su misma condición temporal.

de un discurso mimético una geografía memorable siempre dispuesta a la consulta segura de los receptores que, *in absentia*, tendrán conocimiento evidente de ella a través de su imagen.

Los diarios de expedición a la Pampa y Patagonia comportan, de esta manera, un trabajo monumental de construcción de una realidad *memorable*. Fundar el conocimiento necesario para lograr esta construcción en una dinámica empirista de aprehensión de lo desconocido se revela como la única posibilidad de gestar una topografía indubitable. En este punto los diarios cartográficos encuentran la realización ulterior de su función y definen su orden retórico: participan en un proceso cognitivo de observación, construcción y transmisión de lo observado que está regido, epistemológicamente, por la imparcialidad y la novedad, y gramaticalmente, por la formación discursiva de una evidencia referencial por medio de un modelo descriptivo regulado por una fuerte ilusión de realidad. Sólo a través de estos principios pueden ofrecer una noticia verídica y pueden fundar una realidad geográfica que, desde ellos, funcionan como evidencias para eventuales viajeros futuros.

II

Primeros índices literarios: el diario de Luis de la Cruz (1806)

Repasemos lo analizado hasta este punto. Los españoles llegan a las costas meridionales de América en 1520 y logran en apenas un siglo explorar las principales rutas del Nuevo Mundo. Sin embargo, a mediados del siglo XVIII, la situación imperial de España en América comienza a complicarse seriamente con el triunfo de Inglaterra en la Guerra de los Siete Años. La presencia inglesa, francesa, rusa y holandesa en las colonias americanas, y los continuos ataques de los indígenas, amenazan cada vez más la integridad del imperio español, que reacciona enviando al nuevo continente numerosas expediciones militares y científicas. En este repliegue defensivo resulta fundamental la tarea de definir la frontera colonial del imperio, y de hacerlo con espíritu positivo, limpiando a la geografía americana de los vestigios fabulosos arraigados desde las primeras crónicas. En el caso de la Pampa y Patagonia argentinas, los monarcas borbones impulsaron numerosos viajes de exploración, constantes desde la segunda mitad del siglo XVIII, para determinar la potencia comercial de la región y, en caso de ser provechosa, promover la ocupación política de la zona.²⁸ De estos viajes debía quedar un registro minucioso asentado en diarios y descripciones que dieran al monarca (a través de su representante político) exacta cuenta de lo observado. Estos escritos, emparentados con las *Relaciones geográficas de Indias* escritas en la segunda mitad del siglo XVI, constituyen un esfuerzo científico notable por perfilar cartográficamente una región, por definir, en definitiva, una geografía. Como canales

Sobre este tema ver también Pimentel 2001: 50 y ss.

de conocimiento, activamente partícipes en un proceso de aprehensión y transmisión de noticias de un lugar, estos testimonios responden a reglas muy estrictas de funcionamiento epistemológico y discursivo: básicamente, mediante la descripción, deben registrar objetiva e imparcialmente la observación realizada sobre una geografía con el fin ulterior de generar una evidencia, un saber cierto e indubitable sobre ella. De estas “cartografías escritas”, Pedro de Ángelis, historiador oficial del régimen de Juan Manuel de Rosas, realizó una compilación en los seis volúmenes en su *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna del Río de la Plata*. Mencionamos brevemente que, entre estas, existe un extenso diario anotado en 1806 por un político de Chile, don Luis de la Cruz. Este escrito, que lleva por título *Viaje a su costa, del alcalde provisional del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile, D. Luis de la Cruz, desde el Fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires*, resulta de sumo interés porque recurre a la episteme de lo que podríamos denominar “diarios científicamente correctos”, pero no respeta, en la práctica, las normas cognitivas y retóricas de este tipo de testimonios. Esta falsía es discutida en otro documento recogido por de Ángelis, *Examen crítico del diario de D. Luis de la Cruz por una comisión del consulado de Buenos Aires y con la defensa del autor*, donde Luis de la Cruz discute sobre la validez cognitiva de su diario con una comisión científica de Buenos Aires. Apelando al principio epistémico de la fidelidad especular en la observación, los comisionados objetan a aquel no proporcionar en su diario un saber fiable. A esta impugnación, Cruz replica con una afirmación de enorme incidencia:

El espejo –dice– es una hermosa invención del arte, en que se ve el objeto que se le presenta: pero con mayor, igual o menor perfección que la que tiene, según la más o menos claridad de la luna (1837: 10).

Cruz sugiere, con esta aseveración, que los diarios de expedición no pueden expresar realidades geográficas ciertas, sino *posibles*. Tres indicios encuentro en su diario que sustentan esta probabilidad: la conciencia del acontecimiento del viaje, la aparición de un narrador-personaje en la voz del diarista, y la utilización cada vez mayor de diálogos transcritos. Es objeto de este segundo ensayo analizar cómo estos tres factores, mayormente ausentes en los testimonios de viaje epistemológicamente adecua-

dos a finales del siglo XVIII y principios del XIX, permiten que el diario de Luis de la Cruz se distancie de una estricta motivación científica para acercarse a la narración literaria.

1. El acontecimiento del viaje

En un diario de expedición, vimos, se registra cronológicamente la observación de un entorno geográfico llevada a cabo en el transcurso de un viaje. Este apunte se realiza conforme a dos tiempos básicos: se utiliza el pretérito indefinido para aludir a la marcha que supone todo derrotero, y un presente de atestiguación para referir lo que se ve durante la marcha. En la anotación de lo observado opera, sin embargo, una doble transcripción, ya que el diarista anota lo que observa mientras lo observa, y transcribe sus apuntes de manera más organizada después. De esta manera, en el diario quedan asentados datos geográficos que han sido observados, pero se los expone en la inmediatez del presente. Este artificio retórico permite reforzar la potencia asertiva de lo percibido y anula, en contraparte, posibles consecuencias derivadas de un relato en pasado. Ocurre así que, en los diarios sujetos a reglas científicas precisas, si bien existe una escritura cronológica de lo que se ve, no opera realmente una sucesión temporal en lo que se escribe, de lo que resulta que el acento no está puesto en destacar el acontecimiento del viaje en el enunciado, sino en constatar la patencia de lo que se observa con el fin de generar la ilusión de que lo que se lee *es* presente. Es precisamente en esta cualidad afirmativa del presente donde reside la condición cartográfica de todo diario científicamente eficaz, ya que éste debe, en efecto, operar como un mapa: dar a conocer una geografía de forma clara y evidente a alguien que no la conoce directamente. La fiabilidad de este conocimiento depende de la potencia mimética del *representamen* que obedece, a su vez, a la sujeción de la observación a un paradigma científico realista de objetividad e imparcialidad. La cláusula epistémica que define esta rutina cognitiva, y que ya opera desde los primeros testimonios de viaje a América, es “ver por vista de ojos”.

Mencionamos también que, al asentar lo que se observa en el transcurso de un viaje, estos escritos están necesariamente conformados en torno a dos modos discursivos: utilizan la narración para dar cuenta del acontecimiento del viaje, y la descripción para referir lo que se obser-

va en dicho viaje. Para ser fiable, un diario debe destacar la segunda y aplazar siempre su capacidad narrativa. La gramática de estos escritos exige la suspensión del devenir narrativo para ofrecer una idea clara y evidente de lo observado. La gestación de una evidencia, éxito epistémico del diario, sólo puede ocurrir a través de la funcionalidad retórica de la descripción que es ofrecer, según la retórica clásica, una imagen que haga presente “la cosa” a los oyentes. Todo avance hacia lo incierto que supone un derrotero y que reforzaría la capacidad narrativa de estos escritos, queda debidamente relegado a través de la funcionalidad retórica de una descripción sustentada, a su vez, en el uso gramatical del presente del indicativo. Ahora bien, el día 7 de mayo de 1806, Luis de la Cruz escribe en su diario:

Cualquier ponderación que se haga de estos terrenos y montes, por los objetos distintos y desconocidos que a cada paso presenta la naturaleza, es muy corta: pues para describir de algún modo útil a la inteligencia, ni debía venir de marcha, y con los distintos cuidados que me rodean (Cruz 1835a: 81 y ss.).

Esta anotación encierra una primera diferencia con la epistemología de los diarios de expedición, ya que sugiere que la descripción topográfica es impedida por los avatares de la excursión. Parece, entonces, que la descripción de la geografía y el suceso del viaje constituyen para Cruz dos opciones excluyentes, opciones que incitan implícitamente al diarista a decidir qué principio cognitivo y qué modo discursivo asumirá en su testimonio escrito. Ante la disyuntiva, la afirmación de Cruz indica que su diario se aleja de la demanda retórica de la descripción para ajustarse a la lógica de “la marcha”, giro que traerá enormes consecuencias para el funcionamiento cognitivo estricto de su testimonio. Analicemos esto con detalle.

Para empezar, la marcha denota una dirección, un “ir hacia”, un desplazamiento desde un punto a otro, un traslado. La marcha se define, entonces, por ser una acción sucesiva y, como tal, en ella opera una lógica temporal (antes/después), espacial (aquí/allí) y consecutiva (causa/efecto). Discursivamente, el diarista no refiere ya una visión o suma de visiones, sino un proceso que comporta determinadas transformaciones definidas a partir de una situación inaugural, comenzando por la evidencia mayor de iniciar la marcha con dirección teleológica precisa: el viaje de Cruz tiene como objetivo trazar una ruta comercial entre Concepción, en

Chile, y Buenos Aires, puntos extremos de comienzo y fin del proceso, del “ir hacia” de su marcha. Entre el principio y el término del viaje, Cruz no se detiene a apuntar los accidentes topográficos encontrados, sino en el desarrollo de una serie de acontecimientos o núcleos de sucesos generados o vividos por una serie de actores que son conectados entre sí por el diarista y según un orden tendiente a vincular los puntos extremos (principio-fin) a través de una trama determinada y en dirección a un sentido o historia.²⁹ Comienza a operar una diferencia notoria entre enunciados como “árboles no hay en todos los contornos”, o “la vega está rodeada de médanos que forman cerrillos”, y “puedo confesar que mi espíritu jamás ardió en tanta cólera como cuando oí expresiones tan picantes, y de boca de una figurilla tan ridícula y fea, que podría llamarse monstruo hecho” (Cruz 1835a: 45, 127, 166). En el primero ocurre lo que Ricoeur refiere como “la puesta entre paréntesis de las propias pasiones” del diarista o *epoché* (1999: 154), en tanto que en el segundo ya no se trata de un mero enunciado, sino de un enunciado *producido* por alguien. El diario deja así de ser un registro cartográfico de una realidad extratextual para ser el relato de una historia desarrollada a través de la lógica de “los pasos que doy”, como sostiene Cruz. Opera aquí, entonces, una primera traslación de la importancia puesta en el enunciado hacia la actividad de enunciación. Si estos escritos eran, hasta entonces, un “significante”, la consideración del suceso de viaje en sí mismo desplaza el discurso ahora hacia la narración entendida como acto narrativo productor y como la situación real o ficticia en que éste se produce. De este modo, frente a la estricta función referencial que demanda un diario típico, el *Viaje a su costa* comienza a centrarse en su función poética: el relato se colma de detalles y acontecimientos inútiles para su funcionamiento epistemológico, pero imprescindibles para la generación de un determinado argumento narrativo sujeto a una determinada expectativa. Por ejemplo, Cruz refiere en su escrito los sueños premonitorios de las hechiceras de la tribu del cacique Carripilun, quien acompaña al alcalde en el viaje, según los cuales, el cacique morirá si entra en Buenos Aires. Científicamente, el dato es irrelevante, pero narrativamente el motivo es fundamental para generar expectativa en la historia que Cruz narra: ¿sobrevivirá Carripilun su viaje

²¹ El *Libro Descriptivo* incluso contemplaba la posibilidad de dejar secciones abiertas para incorporar noticias de nuevos descubrimientos recogidas con el paso de los años.

²² Ver Cassirer 1981: 21.

a Buenos Aires o morirá al entrar en la ciudad? Este tipo de detalles son los que desplazan la funcionalidad cartográfica del diario y acentúan, en contraparte, el valor narrativo del acontecimiento del viaje.

Segundo, la marcha está sujeta a una serie de imponderables o posibles (“los cuidados que me rodean”, según Cruz) que reacomodan cada vez la relación causa/efecto según transcurre la expedición. Tal como sostiene Ricoeur, las acciones implican fines, remiten a motivos “que explican por qué alguien hace o ha hecho algo” y consecuentemente tienen resultados (1987: 120 y s.). La cuestión es que el resultado de la acción, más allá de los fines y motivos a los que responda, es contingente; de ahí la importancia de hablar del “acontecimiento del viaje”, todo él sujeto, en la acción y en el resultado, a la *peripeteia*.³⁰ En el marco del viaje de Cruz, el ejemplo más evidente de la condición eventual de este suceso es el cambio de dirección de Buenos Aires a Córdoba al final del derrotero.³¹ Esta contingencia subraya la no predicción de un derrotero, la no concordancia, en definitiva, entre principio, medio y fin. El desvío a Córdoba descompone la secuencia sintáctica de la narración, desplaza el orden causal de la trama, y hasta sugiere que la crisis truncará un desenlace de la historia en la angustia de su narrador y la dispersión de los personajes. Estos imponderables que irrumpen en el decurso de un viaje, ausentes en los diarios de expedición científicos y abundantes en el de Cruz, definen la dirección de la marcha y, consecuentemente, el orden de la narración: avanzar o retroceder, superar los obstáculos o fracasar, etc. La respuesta que se dé a estas disyuntivas supondrá la conclusión de la historia. Un diarista cartográfico no presenta jamás este tipo de dilemas, y aquellos sucesos que se presentan en un viaje de exploración y que podrían eventualmente convertirse en una historia, son escuetamente consignados. Cruz, por el contrario, no sólo explota la carga narrativa de este tipo de acontecimientos, sino que además resuelve cuidadosamente las encrucijadas que su narración presenta, de modo que concluye las historias que su relato abre. Sucede, entonces, que las situaciones de riesgo o pruebas que se presentan en el viaje y que Cruz destaca, derogan la predicción teleológica puesta por la dirección de ir *de aquí hacia allí*, tal

²³ *Ut pictura poesis* entendida, está claro, en su tradición clásica que llega, en el tiempo que nos ocupa, hasta Winckelmann. Las reflexiones de Lessing acerca de la relación entre poesía y pintura en *Laocoonte* y de Edmund Burke en *A philosophical enquiry into the origin of our ideas of the sublime and the beautiful*, en las categorías estéticas y epistemoló-

como opera en los diarios dispuestos a cartografiar una zona previamente delimitada. Todo el diario del alcalde está, en efecto, organizado en torno al reconocimiento de una nueva ruta comercial entre Chile y Buenos Aires, carácter cartográfico de la excursión que él recuerda continuamente en su testimonio, pero las expectativas de realización de este proyecto comienzan a funcionar, a través de las diversas situaciones de riesgo que se presentan a la comitiva, como *suspense* que hace avanzar la narración hacia lo incierto. Hay un final del viaje previamente fijado, pero los imponderables que se presentan a Cruz, sobre todo cuando la marcha queda supeditada a las decisiones y acciones de los caciques que lo acompañan, falsean continuamente las expectativas de un final.³² Frente a la descripción, definida por procurar un efecto de simultaneidad a través de la presentación de un referente, la narración implica un desarrollo que es, a su vez, la alusión constante del avance y del riesgo. Un diario descriptivo científicamente apropiado no explota las expectativas de aprehensión de una realidad viajada, en tanto que un diario como el de Cruz *acontece* a cada instante, está continuamente en crisis, abriendo, en esos baches de incertidumbre, nuevas versiones de esa realidad. Es importante mencionar aquí que abrir nuevas versiones de la realidad *en* la realidad resulta imposible en una normativa científica realista o mimética. Ya vimos que los diarios cartográficos, sujetos a una fuerte ilusión referencial, promueven a través de la descripción en presente la gestación de una evidencia. Así, lo que no se presenta de modo cierto e indubitable al conocimiento es error y no puede, consecuentemente, formar parte de la realidad.³³ ¿Cuál es, entonces, el espacio epistemológico conveniente para presentar esta variabilidad de lo observado? En el siglo XVII, Leibniz, con su teoría de los mundos posibles, ratifica esta visión mimética de la realidad al sostener que el mundo real, que es el mundo existente, es el mundo que ha sido actualizado entre infinidad de mundos posibles. Pero también es él quien sugiere que los mundos posibles, en tanto no actualizados, permanecen

gicas que podemos rastrear en los documentos que analizamos, no tienen todavía cabida.

²⁴ Pimentel, en el último capítulo del libro citado, desarrolla el concepto de “ecfrasis” o representación verbal de un objeto. Cita a Mitchell: “La ecfrasis se sitúa en una posición intermedia entre dos alteridades [...] y dos formas, en apariencia imposibles, de traslación y de intercambio: (1) la conversión de la representación visual en una representación verbal [...], (2) la reconversión de la representación verbal del objeto visual en la recepción del lector” (2001: 115).

como mundos *ficcionales*. Así, mostrar diferentes versiones de la realidad comienza a ser competencia de los ficciones literarias en tanto no sean en acto y constituyan, por lo tanto, alternativas —aunque siempre en potencia— al mundo real. En el siglo XVIII, más cerca a la época de escritura del diario de Cruz, con la inserción del concepto de Leibniz en el ámbito de la poética a través de la *Germanistik* de Zurich, y de una poética, en aquella época, muy normativa ligada a una exigencia de mimesis extrema con la *Naturnachahmung* o imitación de la Naturaleza, se inaugura una nueva lógica de la imaginación poética, ya no mera réplica, sino posibilidad ficcional de ser alternativa a lo real. Así, en el siglo XVIII, la existencia de los posibles comienza a encontrar su realización en la literatura: sólo la imaginación puede, en lo que *es*, dar existencia a lo que *no es*.³⁴ Este juego de *lo susceptible de acaecer* es el que Cruz continuamente recupera en la lógica de su viaje.

2. De la visión imparcial a la percepción emotiva

Vimos que en un diario de expedición cartográfico, la anotación de lo que se observa está sujeta a la demanda epistémica de la imparcialidad. Explicamos también cómo los diaristas restan presencia enunciativa alternando la primera persona del singular con la primera del plural y con la forma impersonal “se”, y cómo, al apuntar los detalles de la geografía que es objeto de observación, destacan el enunciado y no la enunciación a través de verbos como “ser” o “haber” en presente testimonial. En un diario descriptivo, el escenario del viaje es mucho más importante que las emociones y los íntimos avatares del diarista, y es la dirección de la mirada presumiblemente imparcial del sujeto cognoscente al objeto por conocer lo que define la cantidad y calidad de información que el diarista suministra en su escrito. La funcionalidad ideal de un diario de expedición demanda una perspectiva o punto de vista exterior, objetivo en sentido kantiano, es decir, la captación por parte del sujeto de un

²⁵ Dice Pimentel: “el lenguaje sería entonces *una estructura de mediación*. Porque, estrictamente hablando, en tanto que sistema de significación, el lenguaje no es un sistema de representación, sino de mediación en el proceso de representación” (2001: 111).

²⁶ Para Bozal, la afirmación “esto es tal cosa”, reformulación del principio aristotélico de la mimesis, es “el punto central de la representación” (1987: 28).

objeto que no reside en el sujeto y que, como es aprehendido “desde fuera”, puede ser equiparable a una “realidad objetiva”. En el plano del discurso, esta situación supone que el enunciador adopta una posición exterior a los acontecimientos que enuncia, se distancia deliberadamente de las cosas que ve y de los sucesos que anota. La perspectiva exterior suspende las propias pasiones del diarista y preserva la diferencia entre el observador y lo observado. Se trata, dijimos, de cristalizar una imagen de lo observado, y de mostrarla. Para que esta presentación sea científicamente eficaz en los diarios, es necesario generar la ilusión de que no es *yo* quien controla el discurso, sino el referente quien controla a quien lo observa y anota, *decir*, en definitiva, lo más posible y *decirlo* lo menos posible. Así, el diarista genera la ilusión de una traslación impecable del referente al discurso según un proceso de mimesis que se define por un máximo de información a través de un mínimo de informador.

El problema surge cuando la dirección que sigue la observación imparcial del sujeto cognoscente se invierte. Dice Cruz: “estos pasos que doy; este verme en campos desconocidos, y tratando con gente que sólo por noticias sabía que habían, es con el motivo que desean mis superiores, obedeciendo a varias reales órdenes” (1835a: 124). “Este verme en campos desconocidos” plantea un movimiento en la dirección de la mirada que rige el proceso cognitivo en que participan este tipo de escritos. En el testimonio del alcalde, el sujeto deviene objeto: ya no se trata solamente de observar el entorno sino de *verse* en ese entorno, verse a sí mismo en el escenario del viaje, verse “fuera” desde “dentro”, verse en la doble posición de ser tanto sujeto como objeto para sí. En este punto se abre un resquicio para la intromisión en el discurso del diario cartográfico de lo que, hasta este momento, había sido rigurosamente rechazado: considerar al sujeto cognoscente como alguien que no sólo observa para conocer, sino que además, al conocer, significa. Se suspende la *epoché* con la consecuencia epistemológica inmediata de permitir que lo contingente comience a operar en el proceso cognoscitivo: la visión deja de ser imparcial y empieza a estar matizada por valores y juicios variables propios del sujeto y que funcionan como *a priori* en esta manera ya no objetiva sino específica de ver las cosas y de presentarlas. Cambia el paradigma científico y retórico en el diario de Cruz, porque la ilusión de mimesis o ilusión referencial que debería operar en

su escrito comienza a desplazar el acento desde la referencia hacia la fuerza ficcional de la palabra “ilusión”.³⁵

Este relativismo se traduce, en el discurso, en la adopción de una posición interna a los acontecimientos que se enuncian desde una doble funcionalidad: el diarista no sólo constata la realidad del entorno a través de la descripción, sino que comienza también a contar lo que sucede en el viaje a través de una narración que lo tiene como narrador y como personaje. El uso de la primera persona del singular en el diario de Cruz no se encubre detrás de la primera persona plural o de la forma impersonal para transparentar la fuerza organizativa deíctica de un *ego* eficaz y acentuar así la ilusión referencial; por el contrario, él se instituye en sujeto del plano de la enunciación y del enunciado; es decir, produce el discurso y protagoniza también los acontecimiento que enuncia.

Como personaje, Cruz, en convivencia con los indios, se constituye en uno de los núcleos dinamizadores y determinantes del proceso sintáctico y semántico que conforma la historia que cuenta como narrador. En un diario cartográfico, los actores no llegan a ser unidades semánticas completas porque no hay una historia narrable. Para que exista una historia es necesario poder percibir de manera conjunta una serie de acontecimientos que se presentan como sucesivos y, para ello, tiene que existir una voz que les otorgue coherencia y cohesión. Se torna necesario, entonces, un mediador que trame lo que sucede en una historia, significar las vicisitudes del viaje más allá de su ocurrencia singular. Un diario cartográfico se presenta como una enumeración de sucesos en serie o, mejor, de visiones seriadas; por el contrario, en un diario de corte narrativo como es el de Luis de la Cruz, el acontecimiento del viaje, con todos sus pormenores, se entrelaza en una totalidad inteligible. Construir una trama supone obtener de la simple sucesión la configuración, y quien trama, ya no en un enunciado sino en una narración, es el diarista.

Como narrador, Cruz comienza a seleccionar y a organizar los elementos que participan en la conformación narrativa de su escrito. A diferencia del discurso fuertemente referencial que funciona a través de la ilusoria transferencia del contexto extralingüístico al plano del discurso,

²⁷ Harley sostiene que, desde la Ilustración, la cartografía se define como un ciencia concreta cuya premisa es que un mapa debe “ofrecer una ventana transparente al mundo” (2005: 61). Soslayamos aquí el problema que ocupa inmediatamente a este estudio: la

en el diario del chileno opera el doble juego de selección paradigmática y combinación sintagmática inherente a la función poética que permite conferir una dirección a la historia que narra y establecer los valores semánticos que operan en la historia que cuenta. Seleccionar y configurar, conformar una síntesis de lo diverso, es la tarea que acomete el diarista-narrador para poder transformar las peripecias en historia.

Lo interesante de destacar en esta doble función del diarista es el pasaje de un principio retórico y epistémico fuertemente mimético, a la manifestación de una percepción no sólo objetiva, sino, y sobre todo, emotiva. El diarista comienza a vivir, según sostiene Aristóteles en *Poética*, “el cambio de un estado de cosas a su opuesto” (1984: 1452a). Al ser tanto narrador como personaje de su historia, y en tanto Cruz avanza en su marcha a Buenos Aires, la descripción del terreno retrocede frente a las eventualidades del viaje y la episteme imparcial se pierde cada vez más en el estado de ánimo del diarista.³⁶ Hacia el final del derrotero, el ánimo de Cruz gana espacio en su relato: comienza a manifestar su exasperación ante los enrevesados protocolos de los indios, se siente absolutamente abatido ante la probable imposibilidad de volver a Concepción como consecuencia de las invasiones inglesas a Buenos Aires, incluso llora al despedirse de los caciques pehuenches que lo han acompañado en su viaje. Frente a la visión imparcial, el *mood* del diarista libera la sujeción epistémica a una referencia descriptiva y propone una nueva experiencia cognitiva ligada a lo emotivo y, consecuentemente, a lo variable, experiencia que, veremos en el próximo ensayo, señala un giro desde el realismo científico al idealismo.

3. El diálogo y la inestable verdad

La eficacia conativa inmediata de la descripción, dijimos, es generar una imagen cierta e indubitable de presencia directa a un sujeto. Frente a la narración, que señala lo verbal, lo dinámico, lo sucesivo y lo con-

consideración “histórica” del mapa en tanto construcción social, no como “imagen” sino como “texto” (ver 2005: 62 y ss.).

²⁸ Ver Navarro Floria 1999: 33 y ss.

²⁹ Tal como sostiene Genette en *Nuevo discurso del relato*, “desde el momento en que hay un acto o suceso, aunque sea único, hay una historia, porque hay una transformación,

tingente, la descripción refiere lo nominal, lo estático, lo simultáneo, lo evidente. La retórica de la descripción requiere de un máximo de información a través de un mínimo de informador, única fórmula para reforzar la ilusión de mimesis que el diario epistemológicamente correcto demanda. En el testimonio de Luis de la Cruz, sin embargo, la posibilidad discursiva que instala la consideración de sí mismo como sujeto y objeto sugiere una alteración en la regulación de la información: el diario de Cruz ofrece un máximo de informador y un mínimo de información, trasladando así el discurso del diario desde una función mimética a una diegética.³⁷ Vimos que esta inversión aparece cuando Cruz cuestiona, al cambiar discursivamente la perspectiva de ser sujeto para sí a ser objeto, el paradigma científico de imparcialidad. Hay, no obstante, otro recurso en el testimonio de Cruz que apuntala este cambio y que ha sido absolutamente desplazado en los diarios cartográficos estrictos: la inclusión en el discurso de enunciados a cargo de los indios bajo la forma de diálogos transpuestos en estilo directo o indirecto. Cuando Cruz decide abrir un resquicio en su discurso para *transponer* las voces de los indios, rápidamente retrocede a un plano secundario la exigencia retórica y epistémica de la descripción y, en contraparte, se acentúa la potencia narrativa de su enunciación al integrar otras voces. La transposición dialógica en estilo directo o indirecto acentúa, según una oposición clásica establecida por Platón en el libro III de *República*, la condición mimética (de orden dramático) del discurso, frente al relato puro o *diégesis*, pero en el diario de Cruz tiene lugar en un orden diferente de mimesis, más cercano al aristotélico que al platónico, porque ya no refiere la acentuación de un efecto de realidad, sino la capacidad ficcional, *poiética*, de la mimesis.³⁸ La doble condición de ser tanto sujeto como objeto para sí que asume Cruz soporta la conformación de una trama narrativa que restringe la fuerza *imitativa* de la mimesis para afianzar su potencial literario.³⁹ Veamos, entonces, por qué Cruz

el paso de un estado anterior a un estado posterior y resultante” (16).

³⁰ Ricoeur sintetiza esta capacidad de transformación de lo presupuesto afirmando que “el resultado de la acción puede ser un cambio de suerte hacia la felicidad o hacia la desgracia” (1999: 121).

³¹ Veremos con detalle lo relativo a este cambio de rumbo en el próximo ensayo.

³² Los indios siempre aparecen en los diarios como factores problemáticos. Cuando entran en escena, crecen las situaciones de riesgo narrativo por las continuas conjeturas,

decide mezclar en su relato la narración con diálogos directos y transpuestos, y qué consecuencias tiene en la correcta episteme de los diarios la inserción en el enunciado de una forma dinámica y directa como es el diálogo.

Diálogo significa, literalmente, conversación entre dos. El diálogo es, en la base, una forma de relación entre dos o más personas. Lo interesante, para intentar responder a los interrogantes planteados, es atender cómo se da esta relación. Para comenzar, la relación no es fija sino variable ya que responde a funciones intercambiables de emisor y receptor. Además, el diálogo propone una sucesión temporal porque se define por ser una “cadena de intervenciones lingüísticas organizada en progresivo presente” (Bobes Naves 1992: 7). Las intervenciones son organizadas porque el diálogo supone un acuerdo entre los interlocutores al tratar un tema común y según un “proceso semióticamente progresivo [...] que se dirige hacia la unidad de sentido en la que convergen todas las intervenciones” (*ibid.*: 41). Así, en la sucesión temporal, los interlocutores construyen un discurso único que no admite *a priori*, ya que “se va construyendo entre los interlocutores de modo que la intervención de cada uno avanza con todas las intervenciones anteriores, asumidas o rechazadas” (*ibid.*: 44). En resumen, el diálogo soporta “la *conurrencia de varios sujetos*, la *alternancia en igualdad* para los turnos de intervención y la *progresión en unidad* para la creación de sentido” (*ibid.*: 62).⁴⁰ La inserción de diálogos en el discurso del diario refiere, entonces, la igualdad en la variedad y la unidad en la sucesión.

Ahora bien, la doble función narrativa que cumple Luis de la Cruz en su diario de ser tanto sujeto como objeto, invita a una doble consideración del diálogo. Como narrador, Cruz *refiere* los diálogos que él mantiene con los indios o que los indios mantienen entre sí en estilo indirecto a través de una serie de fórmulas introductorias (verbos *dicendi*, “le pregunté”, “contestó”, “repliqué”, “le insté”, “manifesté”, “confesaron”, etc.), y en estilo directo, convirtiendo su escrito en un discurso transpuesto, transmitido, donde los diálogos se ajustan al mundo representado por el narrador. En el caso de Cruz, la función testimonial de los diarios de

motines o traiciones entre diferentes tribus, y entre los indios y españoles o criollos. Toda sintaxis y semántica unitaria de los viajes de expedición se torna, con la aparición directa de los indios, en argumental y posible.

³³ Esta suposición está claramente expuesta en *Examen crítico* y será objeto de análisis

expedición ineludiblemente liga al narrador con el autor real del escrito según una demanda autobiográfica, y esto supone que el mundo representado por el narrador es, en principio, el mundo *real* del autor. La exigencia de mimesis es aquí extrema. Sin embargo, como personaje, Cruz ingresa necesariamente en un orden diferente, *representado*: como autor-narrador, él no puede hablar directamente en su discurso porque las acciones, y entre todas, el acto de hablar directamente en el relato sólo es posible para los personajes. Como narrador, entonces, Cruz debe necesariamente desdoblarse en personaje para actuar en lo narrado, y este no admitir que el narrador funcione como personaje ni que el personaje lo haga como narrador son exigencias de una composición no científica, sino literaria, son, en definitiva, exigencias no de lo veraz sino de lo verosímil. El referente deja así de ser la razón suficiente del discurso y el diario de Cruz es reconducido hacia una formalidad intrínseca, hacia su *literariedad*.

Desde una perspectiva indirecta, Cruz utiliza los diálogos con carácter testimonial y muy sujeto al orden discursivo de los diarios cartográficos. Aunque el diálogo referido está, evidentemente, controlado por el narrador, el imperativo objetivo que rige la epistemología de los diarios promueve su funcionalidad icónica que restituye el orden de la mimesis definido por un máximo de información y un mínimo de informador. Así, los diálogos transpuestos por Cruz no están, en apariencia, subordinados a la narración que Cruz construye, sino que sólo aparecen como referidos. Paradójicamente, la función de narrador apuntala el carácter testimonial de los diálogos y promueve la ilusión de realidad del relato, ilusión que requiere del desvanecimiento de la voz narrativa como eje organizativo y significativo del diario.

Desde una perspectiva directa, la aparición de diálogos en el diario de Cruz respalda la construcción de una serie de personajes que, con voz directa y rasgo propio, operan como unidades fundamentales en la conformación de la sintaxis narrativa. El diálogo aparece así como un elemento con funciones específicas en la construcción de la historia que Cruz narra: poéticamente sustenta, como vimos, ya no la constatación individual de un referente extratextual, sino la configuración progresiva, variable y conjunta de una historia representada; epistemológicamente, revoca un orden de conocimiento y realidad imparcial, jerárquico y fijo en favor de un orden dialéctico que altera de manera radical el valor de verdad de los diarios científicamente correctos. Examinemos esto con detalle.

Sabemos que, desde los primeros testimonios escritos en América, la identidad de lo descubierto se define por oposición, por diferenciación o “desemejanza” con el “*sí mismo europeo conocido*” (Ainsa 1992a: 53). Identidad y alteridad conforman, desde el primer momento, una serie de parejas referentes a determinados valores confrontados. En los primeros testimonios sobre la Patagonia (por ejemplo, los testimonios ya citados de Antonio Pigafetta y Ginés de Mafra, o *Relación y derrotero del viaje y descubrimiento del Estrecho de la Madre de Dios, antes llamado de Magallanes*, de Pedro Sarmiento de Gamboa) ya destaca este enfrentamiento entre la *ipseidad* europea y la alteridad americana a través de la individuación de los expedicionarios españoles por medio del registro de nombres propios, cargos y hazañas realizadas, frente a una apreciación genérica de los indios. Esta consideración *actancial* de “los indios” se mantiene a lo largo de la mayoría de los diarios de expedición a la Patagonia apuntados en los siglos XVII y XVIII, derogando así la presencia de rasgos distintivos, consideración que tornaría forzosamente relativa una apreciación en masa de los indígenas y de su universo, y facilitando, en enorme medida, el afianzamiento de determinados valores antagónicos que legitiman las campañas expedicionarias y los intentos reduccionistas por parte de los españoles primero, y de los criollos después.⁴¹ Cristianismo, razón o civilización frente a gentilidad, salvajismo o barbarie son, probablemente, los valores axiales de esta antinomia.

En los diarios cartográficos, los indios no tienen relación con la palabra: la ausencia de carácter individual señala una ausencia de voz. La epistemología de los diarios demanda la traslación impecable de lo observado de manera imparcial, y aunque estas observaciones están fundamentalmente sujetas al conocimiento topográfico de los baqueanos, en su enorme mayoría indios, la gramática de estos escritos exige no sustentar en este tipo de apreciaciones la noticia expuesta. Cruz rompe con esta premisa porque expresamente detalla en su escrito la autoría de las noticias recibidas de la topografía que recorre, por ejemplo, funda la fiabilidad de su conocimiento del origen del río Colorado en “estar bien

en el ensayo que sigue.

³⁴ En referencia a la teoría de los mundos posibles en el siglo XVIII, Lubomir Dolezel sostiene que sólo el poeta puede, a través de la imaginación, “convertir posibles en existentes ficcionales. Gracias a este procedimiento [...] los mundos imaginarios entran a formar parte, junto con el mundo de la realidad, del universo de los mundos existentes”

acreditada por muchos indios testigos oculares, en especial por la partida de los 11 que encontré en el lugar de Puelec, y entre ellos la cautiva Petronila Pérez” (1837: 12). Esta trasgresión es castigada por la comisión consular de Buenos Aires, quien desdeña, en el *Examen crítico*, los conocimientos topográficos ofrecidos en el diario de Cruz por estar sustentados en “cuentos de indios” (1837: 17).

El paso de una consideración actancial, meramente funcional de los indios, hacia una unidad semántica completa y compleja como es un personaje afecta a toda la estructura poética y epistemológica del diario. Los caciques Manquel y Carripilun son, en el testimonio del alcalde, unidades fundamentales y distintivas en la sintaxis del relato porque, con su acción y su palabra, contribuyen activamente a la configuración de la historia que se narra. Luis de la Cruz detalla, por ejemplo, los largos parlamentos entre caciques, que en general sólo exponen un juego de versiones y contraversiones sobre un asunto bajo el esquema “yo le dije, él me dijo”, y también los parlamentos que él ha mantenido con ellos y con otros personajes de la historia, y lo hace de manera tan minuciosa que estas argumentaciones distraen absolutamente el objetivo científico del viaje. En esta abundancia de discursos referidos Cruz respeta, en la base, la ortodoxia de valores distribuidos entre indios y cristianos (incluso a través de un acentuado paternalismo) pero, al mismo tiempo, funciona como una estrategia para establecer importantes relativizaciones al sugerir que existen “ciertos indios” y “ciertos españoles” que tornan los valores intercambiables y proponen una verdad mudable.⁴² En diálogos sostenidos por el chileno con algunos indios y caciques hay un auténtico intercambio de puntos de vista sobre un mismo asunto, y este intercambio llega, incluso, a escapar del ámbito de la palabra hacia el de las costumbres. Esta apertura que promueve la continua reconsideración del objeto como sujeto propia del diálogo introduce el problema ontológico de ser-con-otro, problema mayormente ausente en estos viajes expedicionarios en el siglo XVIII.⁴³ Al citar los parlamentos entre los caciques, o al ponerse en relación de diálogo con los indios, Cruz promueve

(1997: 69). _____

³⁵ “La ficción no se refiere a la realidad de un modo reproductivo, como si ésta fuera algo dado previamente, sino que hace referencia a ella misma de un modo productivo, es decir, la establece” (Ricoeur 1999: 142).

³⁶ En los siglos XIX y XX, el viaje pragmático propio del empirismo lockeano se con-

un intercambio de conocimiento entre sujetos que, en orden de igualdad comunicativa, progresan en concordancia y coherencia hacia la conformación de un sentido que sigue los carriles del acontecimiento del viaje. El orden vectorial y sincrónico de “lo que se ve” se transfiere, mediante el diálogo, al orden diacrónico, horizontal y variable de “lo que viajamos”. La puesta en juego de diferentes versiones sostenidas por diferentes voces distinguibles en el diálogo se traduce en una variación dialéctica continua del sistema de valores y del sentido de verdad que el diario comporta.

La inserción de diálogos que Cruz mantiene con los indios en una narración que él organiza es una estrategia narrativa para simular como personaje lo que no puede afirmar como narrador, es una guiño que le permite reconducir la epistemología y retórica estricta del diario cartográfico a un orden nuevo, variable, propio del acontecimiento del viaje. Al referir como narrador lo que habla de igual a igual con otros personajes, la ilusión de mimesis ya no se sostiene únicamente en un orden de verdad *real*, sino que lo hace también en un orden de lo posible muy próximo a la ficción literaria. Hay en el diario de Luis de la Cruz una fuerte sujeción a la empiria científica (objetiva-testimonial), pero también es indudable que, a través de índices propios del discurso literario como son la condición narrativa del acontecimiento del viaje, la doble función de narrador y personaje del diarista, y la transcripción de diálogos en el testimonio, opera una reconsideración o resignificación de lo real, del acto de conocer y de quien conoce. El diario ha pasado, a través de estos tres factores, de la aprehensión y transmisión imparcial y objetiva de un referente topográfico real, a la construcción conjunta y dialéctica ya no de una geografía, sino de una situación híbrida compleja, de un universo no sólo de *cosas* sino también de *hechos*, y en especial, de hechos humanos. El diario de Luis de la Cruz no es cumplidamente literario porque no suspende las exigencias del discurso de orden científico descriptivo, pero tampoco funciona como fuente de conocimiento porque fluctúa continuamente entre la denotación y el sentido. A caballo entre una episteme y otra, entre una poética y otra, el diario de Luis de la Cruz es un relato de ficción impura: *fracasa* en su objetivo científico (no opera como conocimiento fiable) porque mezcla lo dogmático con lo dialéctico, lo veraz con lo hipotético, lo real con lo posible.

III

La escritura del viaje verosímil: confrontación entre Luis de la Cruz y la comisión consular de Buenos Aires

Después de haber cruzado la cordillera de los Andes, parte de la Patagonia norte incluido el desierto que colinda hoy con el sur de la Salina Grande o Gran Salina, y la región de los indios ranqueles en la pampa húmeda, Don Luis de la Cruz llega con su comitiva al fuerte Melincué, muy cerca de Buenos Aires, el día 5 de julio de 1806, cuatro meses después de haber salido de Concepción. Allí, el día 6, “a eso de las cuatro de la tarde” se entera de que Buenos Aires ha sido invadida por los ingleses: “llegó un miliciano [...] diciendo que el Sr. Virrey se ha marchado para Córdoba, porque la capital estaba poseída de ingleses” (1835a: 202).⁴⁴ Esta noticia coincide con el momento de mayor tensión narrativa del testimonio del alcalde porque, ya cerca de concluirlo, todo su proyecto peligrá:

Ya es de suponer la confusión en que me vería: hecho cargo de una parcialidad de indios, tener que mantenerlos, y una larga comitiva sin caballerías, ni otros auxilios, en tierras extrañas, y con mis intereses perdidos en Buenos Aires, que tenía adelantados, por no traerlos con el riesgo de indios, con los que contaba para mi subsistencia y regreso (1835a: 202).

Para salvar su empresa Cruz decide dirigirse a Córdoba donde el virrey Sobremonte organiza la reconquista de la capital: “me es necesario

vertirá en un derrotero interior, en un *inward travel*, fuertemente subjetivado: “beginning with romanticism, there occurred a shift in emphasis away from an objectively

pasar yo a presentarme al Sr. Virrey” (1835a: 207). El 25 de julio, “a las ocho de la noche”, Cruz se entrevista con Sobremonte. Enterado del viaje que el alcalde ha realizado, el virrey requiere el diario.

[...] le hice presente —dice Cruz— lo traía concluido con todos los recaudos precisos, según las instrucciones que se me dieron; pero que teniendo que mandar copias de él, al Señor Capitán General de Chile, y al Señor Gobernador Intendente de Concepción, esperaba de su favor me permitiese algunos días, para que se sacasen los ejemplares precisos (1835a: 212).

Llega finalmente Cruz el día 16 de agosto a una Buenos Aires reconquistada y termina allí de corregir y copiar su diario. Fecha el ejemplar que presenta al virrey el día 20 de septiembre de 1806. En este punto, ya sin testimonio escrito donde sustentarnos, debemos imaginar que el diario apenas roza las manos del virrey, quien deriva su lectura y evaluación a los encargados de caminos y navegación, S. Jaime Llavallol y D. Julián del Molino Torres. Veintinueve años después de este acontecimiento, Pedro de Ángelis recopila en su *Colección* el dictamen de los comisionados:

En esta virtud, vuestra excelencia, siendo servido, podrá mandar se agregue este expediente al de la materia, con los reparos siguientes que haremos sobre el mapa, para que no se tenga de él aquella confianza que se merecen los mapas exactos (1837: 3).

Los comisionados rechazan, en un comienzo, sólo la validez del mapa que acompaña el escrito del chileno.⁴⁵ Cruz apela este dictamen el 18 de diciembre de 1806. A la respuesta en defensa de su diario, la comisión replica el 8 de enero de 1807, extendiendo ahora la invalidez del mapa a todo el documento: “Lo que no tiene duda es, que del diario del tal mapa, y de los nuevos alegatos de D. Luis de la Cruz resulta más confusión que luz a nuestra geografía interior” (1837: 21).⁴⁶

La polémica suscitada entre el alcalde de Concepción y la comisión de Buenos Aires es de gran importancia para este trabajo porque en ella

knowable world of persons and places to the interior space of the traveler” (Seigneuret 1988: 1316)._____

³⁷ Hasta tal punto es así que Cruz se ve obligado, para ejecutar las instrucciones de su viaje, a anexar a su diario una descripción donde, en definitiva, cumple con lo comisionado (ver “Instrucciones” en Cruz 1835a: 5-7).

Cruz sugiere, como ya adelantamos, que los diarios de expedición no representan y comunican realidades ciertas, tal como estipula el protocolo científico y retórico de estos escritos, sino posibles. La querella señala, entonces, una sutil alteración de las normas ilustradas de conocimiento y representación que soportan los diarios. Es objeto de este ensayo repasar esta variación para comprender cómo Cruz pretende superar, en su testimonio y defensa, el estricto principio imitativo por uno nuevo centrado en la expresión, enlazando así su testimonio los últimos tiempos ilustrados con el primer Romanticismo y abriendo camino, en consecuencia, a nuevas formas expresivas en los testimonios de viaje, tal como veremos en el último ensayo al analizar *Una excursión a los indios ranqueles*, de Lucio Victorio Mansilla.

1. El error y lo opinable

Volvamos al primer ensayo de este trabajo. Allí vimos que los diarios de expedición escritos en los siglos XVIII y principios del XIX constituyen una herramienta útil en un proceso cognoscitivo complejo, que tiene como fin inmediato representar con fiabilidad cartográfica una topografía desconocida o prácticamente ignorada para poder mostrarla a una cadena de destinatarios que, con fines políticos, requieren los datos recabados. Teniendo en cuenta la funcionalidad de estos escritos, podemos entender, como primera medida, que el debate entre Luis de la Cruz y los expertos gira en torno a la validez informativa que puede tener un diario (y su expresión icónica, el mapa), y confronta en esta disputa dos modos de comprender la representación, el saber y la verdad que este conocimiento descubre. Ya mencionamos que ambos parten, en sus alegatos, del testimonio visual directo como principio epistémico cardinal en este tipo de documentos, pero que la observación es concebida por una y otra parte de manera diferente. Veamos de qué manera se expone en el *Examen crítico* este desacuerdo.

La disputa aborda, en primer término, el problema de lo equívoco en el conocimiento. Para la comisión, un error es esencialmente desacierto, y esa inexactitud trasladada a un mapa o a un diario que pretende dar noticia fiable de un paraje desconocido, es no-verdad, transmite datos falsos y expone a los futuros viajeros a la “confusión [y a los] más grandes

peligros” (1837: 4). Frente a un dato errado es necesario “desconfiar” de la noticia que el dato comporta. Los diarios y mapas, recordemos, tienen por finalidad generar una realidad de verdad indubitable; si esta realidad es cuanto menos imprecisa o probable, no podrá tenerse de ellos “aquella confianza” que sí merecen los mapas y diarios exactos (1837: 4). Un desacierto en el relevamiento topográfico de una ruta de viaje, dicen los comisionados, despierta “mas confusión que luz a nuestra geografía interior” (1837: 21) porque “no sólo no podrá servir para construir un mapa, pero ni aun para que otro viajero pudiera dirigirse por los mismos rumbos” (1837: 19). Cruz responde a esta impugnación con cuatro argumentos:

Primero, sostiene que el conocimiento exacto no existe porque la “cosa en sí” (lo creado, según él, por la “Omnipotencia”) es ininteligible:

[...] es un error querer desaprobado y quitar el uso de las cartas que tengan uno u otro defecto. Estoy persuadido de que hasta ahora, no habrá una que sea tan exacta, que pueda con perfección demostrarnos los espacios que contenga, y que aun dista tanto el hombre para llegar a este grado, cuanto falta para comprender cómo son en sí las obras de la Omnipotencia (1837: 9).

Completa esta afirmación poco más adelante: “¡Oh! ¡y que semejante a un Delfos es la ciencia!” (1837: 11).

A este argumento, los comisionados replican con irritación:

Le parece a D. Luis de la Cruz, según él dice, que los rumbos que tomó con la aguja, las noticias que da de los ríos y países que no vio, y tomó de los indios, y demás que menciona en su largo diario de cursos de ríos, calidad de terrenos etc., son bastantes documentos para construir un mapa: pero ya podía estar desengañado, viendo que con todas ellas no pudo trazar su salida a Melincué sin un error notable. [...] Pero ya se ve qué ideas ajustadas podrá tener de estas cosas, y de los infalibles resultados de las operaciones geométricas y trigonométricas, quien “está persuadido (éstas son sus expresiones) que hasta ahora no habrá una carta tan exacta, que pueda con perfección demostrarnos los espacios que contenga, y que aun dista tanto el hombre para llegar a este grado, cuanto le falta para comprender cómo son en sí las obras de la Omnipotencia!”. Esto, y creer imposible la resolución de un triángulo, es una misma cosa (1837: 19).

Segundo, Cruz sostiene que un error en el levantamiento topográfico no malogra la validez de todo lo reconocido:

Satisfago la inferencia de parte; a todo no vale [*sic*], y es lo primero que conoce el hombre, de que puede usar de su razón: porque el niño que se ve con un dedo cortado conoce que no lo está toda su mano: que le falta un ojo, que aun [*sic*] le queda el otro: que es ciego, pero le queda el olfato, tacto, etc. [...] Y así ¿cómo puede inferirse que, porque la carta esté errada en la situación de Melincué y en otras partes, debe estarlo toda? (1837: 9).

Tercero, incluso las imprecisiones topográficas derivadas de la ausencia de mediciones y correcciones técnicas precisas en la anotación de los datos conllevan cierto valor cognitivo porque transmiten una “idea” de lo desconocido:

No se han hecho observaciones, porque no se encontró facultativo que se atreviese a acompañarme [...]: pero los mismos rumbos de la ruta, que se tomaron con tanta exactitud, dan a lo menos una idea de aquellas situaciones (1837: 8).

Cuarto, el conocimiento evidente de una geografía oscura se construye dialécticamente, confrontando diversos testimonios para acceder, con el tiempo, a una nueva verdad:

[...] está visto que hasta ahora no tenemos ninguna carta exacta; y con todo, unas y otras nos presentan datos seguros, y algunas luces para ir adquiriendo la inteligencia que nos falta; y no por eso deben reputarse por inexactas, sino en aquellas partes que fijamente lo son: para esto debe preceder el conocimiento práctico de los objetos y sus situaciones, en que cabe mucha variedad (1837: 13).

De los cuatro alegatos en defensa de su testimonio se desprende que el conocimiento, para Cruz, no es *evidentia* sino disputa, es probabilidad y no certeza de acuerdo a un mecanismo dialéctico positivo que, a través del diálogo y la confrontación, tiende a una verdad que él no duda en identificar con “la Omnipotencia [que] se esmeró en la perfección de su criatura” (1837: 9). Esta explicación última del conocimiento y la verdad, de tintes panteístas pero formulada a principios del siglo XIX, sume a la ciencia en un saber de índole casi mágica (el oráculo) que es inaceptable

para la comisión. La irritación que ésta manifiesta ante la respuesta del alcalde deriva justamente de este anacronismo: enarbolar una explicación última de la verdad de orden teológico-metafísico que es no sólo muy anterior al razonamiento analítico ilustrado sino anterior incluso a Galileo.⁴⁷ La idea de que el mundo es idéntico a Dios o una expresión de su naturaleza, en el área del conocimiento, demanda un razonamiento de orden deductivo que deriva los fenómenos de los conceptos y deja un espacio para “lo inexplicable”.

Para la comisión, en contraparte, el conocimiento de la topografía patagónica es científico porque aspira a la construcción de constantes que posibiliten una descripción precisa de la geografía comprobable por medio de una observación técnico-analítica y capaz de aportar un saber predicativo y predictivo sobre una materia hasta entonces desconocida.⁴⁸ La ciencia en el siglo XVIII y principios del XIX sigue precisamente una dirección inversa a la defendida por Cruz en su alegato: el análisis de los fenómenos individuales conduce a la conformación de los conceptos universales, y no hay nada que pueda escapar al conocimiento del hombre. La verdad no es, entonces, producto de una revelación divina, sino el resultado de todo un sistema científico sustentado en técnicas y métodos precisos de acercamiento al mundo que, en la base, responden a una matematización del saber y de la naturaleza, a una abstracción muy sistemática que distancia al sujeto cognoscente del objeto que conoce para asegurar una verdad sólida derivada de una igualmente sólida interconexión conceptual. En la analítica inductiva ilustrada que defiende la comisión resulta inconcebible la dialéctica error/acierto en que se escuda Cruz porque, sencillamente, si dos proposiciones derivadas de la observación, experimentación y análisis de un fenómeno resultan contradictorias, sólo una puede ser verdadera. La confrontación más fuerte entre Cruz y los expertos radica en esta premisa, ya que para aquél el conocimiento preciso no ocurre porque lo cognoscible es inabordable. El conocimiento

³⁸ Dolezel sostiene que “la mimesis aristotélica es una función de la productividad artística, un procedimiento de la *poiesis*” (1999: 60).

³⁹ Dice Genette: “La representación literaria, la *mimesis* de los antiguos no es pues el relato más los ‘discursos’: es el relato y sólo el relato. Platón oponía *mimesis* a *diégesis* como una imitación perfecta a una imitación imperfecta; pero la imitación perfecta no es una imitación, es la cosa misma y finalmente la única imitación es imperfecta. *Mimesis es diégesis*” (en Barthes *et al.* 2002: 204 y ss.).

o, mejor dicho, su construcción no es, para el alcalde, cierto sino posible, condición del saber apuntalada por la indicación de que, en el proceso cognitivo, la observación siempre está sujeta al observador. Veamos cuáles son los argumentos que esgrimen las partes en torno a este último asunto.

En su discrepancia con la comisión, el problema de la verdad se traduce, en la respuesta de Cruz, en una rutina gnoseológica de naturaleza dialéctica donde tanto dialogan la verdad como el error. Vincular el error al saber es asimilar la entera libertad del sujeto cognoscente en el proceso de conocimiento, porque lo que el error revela en la filosofía moderna es un acto de voluntad del ser humano, acto que manifiesta toda su potencia en la actividad representativa que, como veremos en lo que sigue, el idealismo moderno descubre en la actividad de conocer. Para Descartes hay error cuando se ejerce la potencia de juzgar y de elegir, cuando, en definitiva, interviene la voluntad. Esto refiere también la cuestión de la superación de los límites establecidos, porque como la voluntad es, para Descartes, más extendida que el entendimiento, escapa lo comprendido hacia lo no comprendido. Con respecto a la razón, la voluntad aparece como infinita y el error, con respecto a la verdad, abre a su vez la infinita gama de posibles. El principio metafísico del error es, en definitiva, la libertad del individuo.

Dice la comisión: “las [cartas] esféricas exactas presentan sobre una pequeña superficie plana, otra esférica de un país, con toda aquella precisión que un espejo presenta a nuestra vista todas las partes del objeto que se le pone delante” (1837: 4). La retórica de los diarios de expedición y su episteme analítica demandan la adhesión inmediata del observador a lo observado para afianzar la capacidad asertiva del referente y borrar la potencia significativa del diarista. La rutina cognitiva de estos escritos exige la traslación inmediata de lo observado al discurso para asegurar la realidad de lo conocido, entendiendo por real aquello que no es susceptible de opinión. La transferencia mimética inmediata que refiere la metáfora del espejo soporta la posibilidad de una aprehensión desapasionada, no significativa e inexpresiva de lo que se ve.

Cruz responde, como ya señalamos: “Es cierto que el espejo es un hermosa invención del arte, en que se ve el objeto que se le presenta: pero con mayor, igual o menor perfección que la que tiene, según la más o menos claridad de la luna” (1837: 10). El espejo, nos dice, es sólo un instrumento

de conocimiento, de modo que el resultado de la aplicación técnica y de la lógica analítica en el conocimiento está supeditado a la calidad del instrumento utilizado. Teniendo en cuenta que el instrumento por antonomasia en estos viajes de índole cartográfica es la observación, Cruz ubica la metáfora del espejo no en el ámbito del saber sino del saber-hacer, y retrocede así rápidamente hasta Platón:⁴⁹ el espejo no *es* el objeto, sólo lo *representa* (el objeto *se observa* en el espejo). Suenan aquí reminiscencias del mito de la caverna: en el espejo se ve la *apariencia* del objeto porque éste se percibe como reflejo representado con mejor o peor calidad. Y si se ve lo que aparece con variable percepción, el conocimiento que refiere la metáfora del espejo no constituye un saber, como sostiene la comisión, sino una opinión o *doxa*, entendiendo el término tal como lo concibieran primero Parménides y luego Platón: un saber intermedio entre la mera ignorancia y la ciencia, que se opone a la verdad porque se ocupa de las apariencias y no de la “inmutable esencia”. Frente a la ciencia, capaz de alcanzar una “segura certidumbre” de las esencias, la opinión tiene sólo carácter de probabilidad. Esta concepción del conocimiento empata, en Cruz, con su consideración arcana de la ciencia y la asimilación de la verdad a una divinidad, ya que lo opinable se vincula estrechamente con una epistemología de la creencia: la opinión sostiene “*a* cree que *p*” mientras la ciencia afirma “*a* sabe que *p*”. Tal vez, en este sentido, Cruz no desconociera la gnoseología lockeana que, en última instancia, asume la ciencia de la naturaleza como fe, ni la de Hume que piensa la ciencia física como una creencia (*belief*) derivada de una “gran probabilidad”. En este marco de referencias, la afirmación del alcalde en torno al espejo promueve la posibilidad de que los diarios no conozcan lo real sino lo susceptible de ser tomado como real.

Al introducir lo opinable en el proceso de conocimiento, Cruz presenta una inversión radical en la rutina gnoseológica que siguen los diarios de función cartográfica: la reflexión técnica que supone el espejo como forma de conocimiento de lo real para la comisión se transforma, en la defensa de Cruz, en una actividad reflexiva de la inteligencia del sujeto con respecto a lo real. La sugerencia de que el conocimiento es la reproducción variable de un dato exterior al sujeto asume que aquél deja de ser mimético para ser representativo. La realidad objetiva debe pasar ineludiblemente por el tamiz variable del sujeto. La observación

⁴⁰ Las cursivas son mías.

imparcial y pasiva de los diaristas del siglo XVIII, aquella que seguía estrechamente la lógica de las cosas mismas, se activa a comienzos del XIX para que la dirección lógica del conocimiento mute el acento desde el objeto al sujeto: el conocimiento ya no es fruto de la reflexión pasiva del dato exterior al sujeto cognoscente, sino la proyección conciente de la subjetividad en lo observado. El conocimiento, sostiene Luis de la Cruz en su aseveración, es una potencia expresiva que desborda el principio de imitación porque, si bien es cierto que funda una verdad que permite dar acceso a una realidad, también ocurre que no puede estar ligado a una realidad preexistente sólo por un vínculo de fidelidad mimética. Mudar, entonces, el acento desde el objeto al sujeto en la relación cognitiva abre, en la polémica entre Cruz y la comisión consular, un debate que trasciende los contornos de la geografía pampeana-patagónica y del virreinato del Río de la Plata, porque discuten acerca de la potencia expresiva y sensible en la conformación de un saber, que es como discutir la relación metafísica y estética del hombre con el infinito universo de las cosas.

2. El viaje ilustrado y la verosimilitud discursiva

El supuesto de que el conocimiento se define por su relación con un dato externo al sujeto que conoce y que es, en consecuencia, independiente de cómo puede ser la reproducción de dicho dato, ha sido una constante en el pensamiento occidental desde la antigüedad. Esta consideración del saber, que siempre relega al individuo que conoce frente a la realidad a conocer, se extiende de manera más o menor constante hasta la segunda mitad del siglo XVIII, momento en que la crítica kantiana y postkantiana comienza a desplazar esta condición objetivista del conocimiento hacia los componentes creativos y constructivos que intervienen en todo proceso gnoseológico.⁵⁰ Este desplazamiento que, como vimos en el punto anterior, refiere una crisis, o un debilitamiento del concepto de mimesis en la relación del hombre con las cosas que aprehende, es el bajo continuo en la disputa entre Cruz y la comisión.

⁴¹ Es necesario apuntar aquí que esta consideración genérica de los aborígenes puede deberse, en algunos casos como ocurre, por ejemplo, con el testimonio de Thomas

El idealismo, y por tal entiendo el idealismo moderno, comienza sus reflexiones gnoseológicas (y metafísicas, y estéticas) siempre con el sujeto. A diferencia de las tendencias racionalistas o dogmáticas, atiende, antes que al mundo exterior, al sujeto (sujeto que, en esta época, recibe diversas designaciones: “yo”, “conciencia”, “alma”, “espíritu”, etc). El mundo, dirá después Schopenhauer, carece de realidad en sí y *es* porque es producto de una idea derivada del pensamiento o de la representación de un hombre. Así, antes que hablar de “el mundo” o de “las cosas” deberíamos hablar de un “mundo representado” o de “cosas representadas”. El conocimiento, entonces, comienza con y en el individuo, y este es el motivo por el cual un pensador como Fichte sustenta su filosofía en reflexionar “sobre la naturaleza del saber y sobre el sentido del querer” (Hirschberger 2000: 227). Reaparece, como vemos, el problema de la voluntad.

La pregunta que subyace en el alegato de Cruz es idéntica a la que recorre al idealismo moderno: ¿cómo puede el hombre conocer las cosas?⁵¹ Desde esta perspectiva, la cuestión adquiere profunda raigambre y proyección metafísica, ya que sugiere que el conocimiento de una realidad evidente depende de que esté contenida en el sujeto. Esta es la mayor o menor claridad del espejo que refiere el alcalde en su defensa: el mundo que se ve fuera es un mundo representado por un hombre; el mundo ya no es cognoscible mediante una percepción inmediata sino a través de una actividad mediatizada. La propuesta gnoseológica de Cruz no es rotundamente idealista, ya que para él el sujeto no es condición suficiente, como lo es para Fichte por ejemplo, de conocimiento evidente (la luna del espejo es para él *más o menos* clara), pero sí comparte con el idealismo moderno la funcionalidad cardinal del hombre en el proceso de conocimiento, la condición representativa del conocimiento del mundo y de las cosas, el supuesto de que la realidad es, de alguna manera, deducible de un sujeto que se expresa y manifiesta en su representación del objeto. Si la representación del entorno pampeano-patagónico estaba, en los diarios de expedición cartográficos, sujeta a una estricta epistemología de la experiencia de la mirada y dirigida a generar una evidencia incuestionable, la propuesta de Cruz, leída a través de la lente del idealismo moderno, asimila el conocimiento a una actividad representante que,

Falkner, *Descripción de Patagonia, y de las partes adyacentes*, a un interés etnográfico. La

por estar ordenada por el sujeto, es variable, es incompleta y es libre.⁵² Antes, la aprehensión y expresión del entorno en la escritura de un diario estaba atada a una funcionalidad cartográfica concisa; ahora, en contraparte, comienza a señalar un problema de inteligibilidad, problema que destraba la estricta epistemología y gramática de los diarios hacia una paulatina apertura sustentada en el apuntalamiento de la pasión frente a la razón, de la voluntad frente a la norma, y de la expresión frente a la imitación. Sin embargo, como veremos en lo que sigue, Cruz se limita a insinuar en su exposición de manera inconsistente, incluso incongruente, estas transgresiones: confrontando su diario y su defensa se percibe una marcada contradicción entre lo que el alcalde dice y lo que hace. Y esto es así, muy probablemente, porque el proyecto que acomete es un “viaje a su costa”, título que resalta a través del posesivo el valor individual y voluntario de la empresa que, no obstante, por su cronología y por su programación se inscribe en los viajes científico-políticos que patrocina el reformismo borbónico.⁵³

Los monarcas borbones, comenzando tibiamente con Fernando VI y continuando de manera decisiva con Carlos III y su hijo Carlos IV, estimulan en España y América una fiebre de conocimiento. Los viajes científicos son abundantes en toda la América española. En la parte meridional, índice de este afán exploratorio son, entre otros muchos, el registro etnográfico realizado por Antonio de Viedma a partir de 1778, la Expedición de Límites a cargo de Félix de Azara que comienza en 1781, las Reales Expediciones Botánicas a Perú y Chile realizadas entre 1777 y 1788, la Expedición Mineralógica de Chile y Perú ocurrida entre 1795 y 1800. Todas son empresas que convulsionan, junto con otras de idéntico carácter promovidas en el resto de la colonia, los ámbitos del saber y que impulsan en España la creación de museos, gabinetes de historia natural, bibliotecas, jardines botánicos, academias y sociedades de estudios superiores.⁵⁴ Es importante con-

etnografía tiene como objeto de estudio las razas o pueblos y su epistemología positiva exige, necesariamente, una consideración genérica de este objeto.

⁴² Por ejemplo, Cruz 1835a: 146, 163, 189, 199.

⁴³ A excepción hecha de los testimonios apuntados por expedicionarios religiosos, como la ya mencionada descripción de Falkner, o el *Diario de un viaje a la costa de la mar magallánica en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga por el P. Pedro Lozano* (en de Ángelis, vol. I).

siderar, sin embargo, el acentuado interés económico que persigue el carácter público de la política borbónica para comprender cómo subyace, en estos viajes ilustrados, la convicción de que el saber científico está en estrecha relación con el progreso material. El viaje que realiza Luis de la Cruz quien, según testimonio de Pedro de Ángelis, “pertenecía a una familia distinguida de Chile, y recibió una educación análoga a su estado” (1835a: III), está definido por este espíritu ilustrado ya que tiene entre sus objetivos no sólo informar con detalle sobre el estado y condición de los terrenos para conocer qué sitios son adecuados para la fundación de poblaciones, sino también notificar sobre “la numerosidad, fuerza, carácter y costumbres de los habitantes, y naciones de indios, intermedias y vecinas [...], cómo pueda conquistarse la amistad y allanamiento de los naturales para nuestra internación [y exponer] las ventajas que de ella puedan resultar al comercio” (ver “Instrucciones” en 1835: 5 y s.). De esta manera, viajar, en tiempos de la Ilustración exige conjugar ciencia y progreso ya que, como bien demuestra el alegato de la comisión, el viaje ilustrado se caracteriza por una suerte de control “científico” en el conocimiento de lo que esta superación de límites geográficos y cognitivos descubre (otras geografías, otra zoología, otra biología, otras sociedades, etc.).

Ahora bien, dijimos que entre el diario de Cruz y su defensa opera una fuerte tensión entre el decir y el hacer. A la luz de lo visto hasta ahora, podemos decir que ésta surge porque el viaje desde Concepción a Buenos Aires pretende cumplir con un objetivo político-comercial definido desde un horizonte epistemológico lábil. Algunos índices en el discurso de Cruz revelan esta contradicción.

Para empezar, el chileno titula su diario con una inexactitud: su viaje, dice, transcurre “por tierras desconocidas”. Esta afirmación contrasta de manera evidente con las instrucciones primera y segunda que le son dadas por el gobernador intendente de Concepción, la ciudad de la que Cruz

⁴⁴ En este ensayo las citas con fecha 1835a corresponden a Cruz, *Viaje a su costa*, en *Ángelis vol. I, y las de 1837*, a *Examen crítico*, en el vol. VI de la misma obra.

⁴⁵ El primer dictamen de la comisión carece de fecha.

⁴⁶ El documento recogido por Pedro de Ángelis con título *Examen crítico del diario de D. Luis de la Cruz por una comisión del consulado de Buenos Aires, y con defensa del autor*, está compuesto por tres partes: “Dictamen de la Comisión del Consulado”, “Contestación de Cruz”, “Réplica de los Comisionados”.

es alcalde. La primera orden hace alusión al itinerario realizado en 1805 desde Chile a Buenos Aires por D. Justo Molina:

[...] deberá preferirse esta dirección [la seguida por Molina en su viaje] por la más ventajosa, y que no deberá variarse, si otros motivos de mayor gravedad no obligasen a ello: y por consiguiente, el referido Molina será quien en esta parte señalará el rumbo que ha de llevar la expedición (1835a: 5).

La segunda indicación reitera la disposición de seguir idéntico derrotero que Molina: “luego que se entre por las cordilleras, ha de ser la primera atención del Comisionado reconocer los parajes por donde pueda verificarse el tránsito de carretas que han facilitado D. Justo Molina y el español Montoya” (1835a: 5). Sabemos por su diario y por la disputa que sostiene con la comisión que Cruz siguió, salvo escasísimas variaciones, el mismo derrotero que Molina.⁵⁵ ¿Por qué, entonces, titula su diario con una aseveración falsa?

El alegato de Cruz en defensa de su diario abunda en incongruencias. Apela a la verdad testimonial de su escrito (“¿Cómo podrá dudarse de esta verdad, cuando los palparon los brazuelos de mis caballos”, etc.) pero legitima el error de percepción; apela a la validez epistémica de la visión mimética (“¿Podrán vuestras excelencias persuadirse, que examinando las cosas con esta prolijidad, aumentase ríos, o disminuyese otros objetos?”, etc.) pero valida la variedad de una aprehensión representativa del entorno; invoca la supremacía del objeto de conocimiento en la relación cognitiva (“¿No conocen vuestras excelencias que tan ocupada traía la imaginación como la vista y las manos, y que así, presentándoseme un objeto, inmediatamente lo trasladaba al derrotero?”, etc.) pero justifica la interferencia expresiva del sujeto en todo conocimiento. Estas incongruencias o, mejor, inversiones de una doctrina gnoseológica específica como es la que defiende la comisión y que analizamos en el primer ensayo de este libro (de la validez de la verdad a la validez del error, de la visión imparcial a la visión representativa, de la evidencia del objeto a la evidencia del sujeto) sugieren que en Cruz ha operado también una inversión sustancial en el protocolo de escritura del diario cartográfico. Hemos destacado en el

⁴⁷ Recordemos aquí que la Iglesia no pudo tolerar a Galileo su convicción de que la verdad de la naturaleza era autónoma. Este principio de inmanencia será cardinal en los estudios ilustrados de la naturaleza.

segundo ensayo algunos síntomas de este cambio: la conciencia del acontecimiento de viaje, la aparición del diarista como agente del enunciado y de la enunciación, y la utilización de diálogos transcriptos. Al disimular estas alteraciones apelando a los valores epistémicos establecidos y al inaugurar su discurso con una falsedad manifiesta, Cruz abre una brecha no sólo entre lo que hace y dice, sino entre lo que dice y cómo lo dice, distancias estas que sugieren que el problema de la verdad gnoseológica se traslada a un problema de verosimilitud discursiva. El alcalde presenta su alegato sustentado en la ortodoxia del decir pero afirmando lo contrario. Con este truco retórico pretende que la verdad sea, en realidad, lo susceptible de ser tomado como verdadero.⁵⁶

Lo verosímil nace como concepto junto con la retórica. Surge con los sofistas quienes, recordemos, frente a los presocráticos, introducen en la escena de las reflexiones filosóficas al hombre en lugar del mundo. Para los sofistas el dilema no era qué o sobre qué se dice sino cómo se lo dice, pasando así de la pregunta ontológica a una inquietud retórica. Lo verosímil aparece como persuasión, “poder convertir en argumentos sólidos y fuertes los más débiles” al decir de Protágoras. La verdad pierde interés objetivo y queda sujeta a determinados modos argumentales expresados por un sujeto en un discurso. El discurso es así el ambiente natural de lo verosímil, el lugar donde “ya no se trata de establecer una verdad [...] sino de aproximársele, de dar la impresión de ella” (Todorov 1968: 11). Dos sentidos diferentes destacan en el concepto de verosimilitud a lo largo de su historia:

a) Uno que define una relación de sumisión del discurso frente al referente, relación por la cual el discurso promueve la creencia de que su conformación responde a lo real y no a sus propias leyes. Este sentido de lo verosímil lo analizamos cuando hablamos en el primer ensayo de la ilusión de mimesis y del efecto de realidad.

b) Otro, tomado de Platón y Aristóteles, que define lo verosímil como la relación de un texto particular con otro general que refiere la opinión pública. Los clásicos franceses, a partir de esta consideración, asimilan lo verosímil a una cuestión de género: “es verosímil lo que es conforme a las leyes de un género establecido” (Metz 1968: 20). Este sentido clásico de

⁴⁸ Al final de su alegato, la comisión insiste en la necesidad de enviar a las tierras de la Pampa y Patagonia “una expedición científica” para poder “fijar geográficamente los

la verosimilitud es el que me interesa abordar ahora: lo verosímil como ley discursiva.

Veamos qué dice Cruz al final de su defensa:

Ya verán vuestras excelencias absueltas las dificultades que sobre la carta se han puesto por los señores diputados: yo celebraré que vuestras excelencias queden satisfechos, como me he complacido de que hubiesen escrupulizado sobre las novedades que acaso pensé quedaban bastante acreditadas, con sólo expresarlas como corresponde a todo viajero (1837: 16).

No dice que sus observaciones quedan suficientemente acreditadas por ajustarlas al *dictum* epistemológico de la época, sino que quedan acreditadas con “sólo expresarlas como corresponde a todo viajero”. La validez del diario se sustenta, para Cruz, en la manera como está presentado el acontecimiento de viaje en el discurso, cómo, en definitiva, éste es veraz porque concuerda con todo un sistema de preceptos elaborados y ratificados por una serie de realizaciones similares anteriores. Lo verosímil siempre apunta a la forma del contenido en el discurso, al modo en que habla de lo que habla, y lo hace según la norma del género que define su deontología de lo decible. Cruz apela en su defensa a la retórica de los diarios de expedición para defender la validez gnoseológica de su testimonio, y convoca para ello en su disputa con la comisión, los signos verosímiles de todo diario cartográfico —el apunte inmediato de lo observado, la observación presuntamente imparcial del entorno, la novedad del viaje, etc.—. No obstante, antecede su diario con una introducción que describe el orden expositivo que su escrito seguirá. Voy a transcribir casi en su integridad el prefacio por donde aquí reside el nudo de esta cuestión:

En el ante pondré [*sic*] un testimonio del itinerario o instrucción y pasaporte, que como reglas para mi expedición he recibido del Señor Gobernador Intendente de la referida ciudad; y también de los parlamentos y tratados que se celebrasen antes de mi partida con los indios pehuenches en este fuerte de Ballenar: y a fin de no ofuscar las relaciones de la ruta con largas digresiones sobre la calidad y naturaleza de terrenos, de volcanes, de la salubridad del clima, de las aguas y sales, de las yerbas, arbustos, árboles, de animales cuadrúpedos, peces, pájaros, etc., trataré de estas materias en el diario como vistas; reservando el hablar de la utilidad y naturaleza de las desconocidas por tratado separado, luego que llegue a Chadileubú, por lo que respecta a

los montes y planes siguientes hasta el río: y así lo dividiré en dos partes. Lo mismo digo para describir las costumbres de los habitantes, su número, aduares, etc., que lo haré hasta pasar sus terrenos: pero no podré omitir expresar en cada día las juntas de indios que se ofrezcan, las parlas y visitas que me hagan, pues contribuirán a la inteligencia de las dificultades o franquezas del viaje, y de las demoras que por esta razón puedan originarse.

También omitiré, hasta la conclusión de la expedición, tratar de la utilidad y conveniencia que pueda resultar a los dos reinos de nuestra comunicación; y de todo lo demás que se me previene en el itinerario: porque sin completo conocimiento de los naturales intermedios, de sus usos, de sus terrenos, especies comerciables apetecibles, y otras noticias que iré adquiriendo con el trato y práctica, no podré tratar antes con acierto (1835a: 4).

¿Por qué Luis de la Cruz necesita compendiar en un prólogo la estructura que tendrá su discurso? Porque hay *algo* en su escrito difícilmente aceptable para la convención del género. Las instrucciones que se le dan a Cruz definen esa convención que él, advierte en su prólogo, cumplirá pero *de otra manera*. ¿Cómo? Escindiendo su discurso en dos partes: el diario propiamente dicho (*Viaje a su costa...*), donde sostiene que “no ofuscará las relaciones de la ruta con largas digresiones”; y una descripción que titula *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por los pehuenches; y los demás espacios hasta el río de Chadileubú, reconocidos por D. Luis de la Cruz, alcalde mayor provincial del ilustre cabildo de la Concepción de Chile*, donde registrará la “utilidad y naturaleza” de lo que observará en su derrotero. En este prólogo hay que comprender el síntoma de un giro en la convención poética de los diarios de expedición: Luis de la Cruz invierte el orden de las instrucciones que se le dan, anteponiendo la narración de los avatares del viaje (“las juntas de indios, las parlas y visitas, las dificultades y franquezas del viaje”) al requerimiento político de su testimonio conformado por la descripción de los terrenos, pastos, aguadas, etc. La descripción, modo discursivo capital de este tipo de testimonios, queda relegada a un apéndice del diario, y el discurso, que debía centrarse en ella, se ajusta a las exigencias de la narración. De esta manera, el diario de Cruz acopia en sus páginas una extensa información prescindible para el interés político y científico del viaje que, no obstante, el alcalde presenta con cuidado retórico. En contraparte, la información que sí es de utilidad (las noticias que se le han pedido en las instrucciones a su viaje) queda registrada en un

documento anexo. El discurso de Cruz, entonces, reemplaza la verdad por lo verosímil porque, como sostiene Kristeva, “la *verdad* sería un discurso que se asemeja a lo real; lo verosímil, sin ser verdadero, sería el discurso que se asemeja al discurso que se asemeja a lo real” (en Barthes *et al.* 1970: 65).

Al relegar la descripción, lo real y la verdad en su testimonio apelando a la descripción, a la realidad y a la verdad como convenciones ineludibles del diario, Luis de la Cruz suscita un cambio en la convención del género. Esa modificación es realizada apelando a la convención porque poéticamente, el género se cuestiona desde el género. Esta es la razón ulterior de la contradicción que revela el diario del alcalde de Concepción y su defensa. La querrela con la comisión consular, entonces, apunta al gesto sutil de intentar promover la validez gnoseológica de un documento por medio de un artificio retórico que pretende que sea verdad aquello que se parece a lo verdadero.

Cuando lo subjetivo desplaza a lo objetivo y el acento del discurso recae no ya en la veracidad de lo que se cuenta sino en cómo se presentan los avatares de la expedición, los relatos de viajes reales se convierten poco a poco en viajes novelescos. El diario de Luis de la Cruz es un ejemplo cardinal de la progresiva *literaturización* de estos testimonios en el Río de la Plata: fracasa en su objetivo declarado y es refutado por la comisión de Buenos Aires porque es sólo un *vero-símil*, un fantasma, una sombra de otro discurso que sí es fiel, confiable y verdadero.

IV

La literatura como viaje: *Una excursión a los indios ranqueles,* de Lucio Victorio Mansilla (1870)

Hasta 1806, año del viaje de Luis de la Cruz desde Concepción a Buenos Aires, la línea de frontera, en lo que hoy es Argentina, seguía siendo imprecisa: desde aproximadamente 100 km. al sur de la ciudad de Mendoza, al pie de la cordillera de los Andes, hasta la costa del Río de la Plata, escasamente al sur de la ciudad de Buenos Aires. Fuera de esta línea, se prolongaba el “desierto”.⁵⁷ En 1828, Manuel Dorrego logra trasladar la línea todavía más al sur de Buenos Aires, y en 1833, Juan Manuel de Rosas la mueve hacia el centro del país, permitiendo así explotar buena parte de la pampa bonaerense y central. Sin embargo, en 1835 cruza la cordillera el cacique araucano Calfucurá quien, después de la caída de Rosas en 1852, vuelve a someter esta porción fértil de tierra a continuos “malones”. El gobierno de Bartolomé Mitre (1862-1868) promueve un nuevo plan de avanzada “tierra adentro” hasta el río Colorado, límite entre la Pampa y la Patagonia, proyecto que queda paralizado por las enormes erogaciones de la guerra contra Paraguay. Así, la línea de frontera está, todavía en la segunda mitad del siglo XIX, sujeta a continuos vaivenes según avance o retroceso de “indios” o “cristianos”, y parte del problema que ocupó a los monarcas borbones hasta 1810 y que hemos venido siguiendo en los ensayos anteriores, permanece irresoluto en el Río de la Plata medio siglo después de la independencia.

puntos de que tratan” los diarios de expedición (1837: 21), algo que no ocurrirá hasta el último tercio del siglo XIX.

⁴⁹ Y se adelanta, claro, a Schopenhauer.

En 1867 Mitre promulga una ley nacional donde dispone que, mientras concluye la guerra contra Paraguay, los jefes de los diferentes fortines de la línea de frontera debían ir preparando el avance hacia el interior en dirección Este-Oeste, desde el nacimiento del Río Neuquén, aproximadamente a los 37° latitud sur en la cordillera de los Andes, hasta la desembocadura del Río Negro en el Atlántico, aproximadamente a los 41° latitud sur. Se da cumplimiento a esta ley en 1868, cuando Domingo Faustino Sarmiento asume la presidencia de Argentina. Esta decisión suponía, en Córdoba, bajar la línea de frontera desde el Río Cuarto al Río Quinto ganando territorio a los indios ranqueles. La comandancia de aquel estaba a cargo del coronel Lucio V. Mansilla, quien prefirió acordar un tratado pacífico con los caciques ranqueles en 1869 a realizar una campaña ofensiva según las órdenes del gobierno. Ese año, Mansilla firma un tratado de paz con el cacique ranquel Mariano Rosas. Sarmiento recibe copia del tratado, le hace modificaciones y lo envía a las Cámaras para su aprobación. El nuevo documento genera suspicacias en los caciques ranqueles y Mansilla, sintiendo comprometido el éxito de su maniobra, decide viajar tierra adentro con sólo catorce personas para convencerlos de que el nuevo documento, en esencia, no modificaba lo convenido. El desplazamiento de Mansilla a tierras ranquelinas, que comienza el 30 de marzo de 1870 y dura dieciocho días, no es políticamente necesario y sólo recibe la desaprobación del gobierno.⁵⁸ Casi inmediatamente después de su regreso, Mansilla decide ocultar el fracaso político de su empresa con la actividad literaria: el 20 de mayo de 1870 comienza a publicar por entregas en el diario *La Tribuna* de Buenos Aires sesenta y ocho cartas dirigidas a su amigo Santiago Arcos que constituyen el paulatino relato de su excursión a tierras ranquelinas. Estas cartas aparecen a lo largo de 1870 y, antes de que el año termine, los hermanos Varela, directores del periódico, editan el folletín en forma de libro con el título *Una excursión a los indios ranqueles*. Así, durante 1870 Mansilla consigna, bajo la periódica publicación del acontecimiento de su viaje, el diario de-

⁵⁰ Incluso antes, primero con Locke y su rechazo al innatismo y luego con Hume y su psicologismo empírico.

⁵¹ La comisión preguntaría “¿cómo debe el hombre conocer las cosas?”.

⁵² Incompleta porque, según se desprenden de las palabras de Cruz, el conocimiento absoluto de un objeto siempre será inalcanzable.

⁵³ Ver las “Instrucciones” que anteceden el diario de Luis de la Cruz.

curso de su expedición en lo que hoy es uno de los libros más relevantes de la literatura argentina.

El testimonio de Mansilla lleva como prólogo una carta escrita por Héctor Varela (bajo el seudónimo de Orión). Este exordio es importante para nosotros porque, en él, Varela no asocia la descripción en un testimonio de viaje a una función cartográfica, sino a una habilidad “literaria” donde, más que la capacidad de observación y análisis que legitiman los diarios, celebra la potencia poética del espacio viajado y la habilidad creativa y especulativa del viajero:

[...] yo estaba en el deber de emitir un juicio sobre esos trazos de literatura descriptiva, en que has hecho cruzar por el cielo de las letras argentinas, en brillante y turbulenta procesión, la majestad imponente de nuestras Pampas y las costumbres primitivas de sus pobladores salvajes, enlazados con las Pampas brillantes del poeta, y las reflexiones severas del filósofo profundo (VII).⁵⁹

Lo que resulta interesante es que, a pesar de esta consideración esencialmente “literaria” de *Una excursión*, su autor declara que el testimonio tiene validez cognitiva y que ésta se sustenta en el mismo principio que define la epistemología y retórica de los diarios cartográficos que venimos estudiando: ver por vista de ojos una geografía desconocida para poder así conocerla y representarla.⁶⁰ En efecto, Lucio V. Mansilla comienza a escribir sus cartas apelando a la convención epistémica del diario de expedición ya que su discurso y su derrotero, declara, están respaldados por el testimonio visual directo:

[...] el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo, que llaman tierra adentro, para estudiar sus usos y costumbres, sus necesidades, sus ideas, su religión, su lengua e inspeccionar yo mismo el terreno por donde alguna vez quizá tendrán que marchar las fuerzas que están bajo mis órdenes, —he ahí lo que me decidió no ha mucho y contra el torrente de algunos hombres que se decían conocedores de los indios a penetrar hasta sus tolderías (4).

⁵⁴ El proyecto más ambicioso del Siglo de las Luces español en esta materia fue el viaje de Alejandro Malaspina quien, en cinco años, recorrió Sudamérica, México, California hasta Alaska, Filipinas, Australia y diversas islas del Pacífico. Sin embargo, el “secreto de Indias” celosamente practicado por los monarcas españoles y que convirtió planos, mapas,

Esta visión directa del entorno certifica, como en los diarios descriptivos, la veracidad de lo que se conoce en el recorrido: “No hay un arroyo, no hay un manantial, no hay una laguna, no hay un monte, no hay un médano, donde no haya estado personalmente para determinar yo mismo su posición aproximada y hacerme baquiano” (6 y ss.). También se suma a este objeto cartográfico-cognitivo de su expedición el principio legítimo del “descubrimiento” que asegura no sólo la percepción inmediata del territorio, sino la visión “inaugural” de esas tierras inexploradas: “Voy a penetrar, al fin, en el recinto vedado. Los ecos de la civilización van a resonar pacíficamente por primera vez, donde jamás asentara su planta un hombre del coturno mío” (209).

Una excursión no es, por su morfología, un diario de expedición, ni siquiera un diario de viaje pero, por los motivos señalados y por estar compuesto, en esencia, por el relato cronológico de un viaje y estructurarse, como todo folletín, en entregas periódicas, reconoce una íntima familiaridad con aquéllos.⁶¹ No obstante, si tenemos en consideración que un prefacio siempre se escribe después del texto que prologa, y que anuncia, entre otras cosas, las intenciones y el desarrollo del discurso que antecede⁶², ¿por qué el relato de Mansilla, según él mismo declara, responde no a un imperativo *poético* como sostiene Varela, sino a uno *real*? ¿Qué es este testimonio, un diario de expedición mal logrado, un testimonio fidedigno, o un relato verosímil? Este último ensayo es el punto de llegada del recorrido que hemos iniciado en el siglo XVIII, una travesía que comenzaba con la construcción cartográfica de una geografía a través de un discurso fuertemente descriptivo y que, a finales del siglo XIX, apelando a esta convención, sugiere un orden nuevo de escritura, ya no real sino ficcional. En este ensayo veremos, entonces, cómo en *Una excursión a los indios ranqueles* el diario de expedición deviene literatura.

dibujos, testimonios e informes en un “mar de papeles” inabordable, impidió que las noticias de estos viajes se difundieran, secreto que paradójicamente contribuyó a la invasión de la América colonial por parte de potencias extranjeras (ver Ximer 1989: 11). La gran mayoría de estos documentos vieron la luz después del desmembramiento del imperio español. Un ejemplo es la *Colección* de Ángelis; otro, el informe de Malaspina que se pu-

1. La visión primitiva y la realidad soñada

Algo mayor que sus contemporáneos, Lucio V. Mansilla pertenece a la “generación del 80” argentina. La historiografía identifica esta generación como la constructora de un país moderno. Muchos de sus integrantes utilizaron la literatura como canal de expresión de su proyecto político de nación, aunque ésta sólo tuvo para ellos un prestigio agregado a sus actividades principales. Este grupo de hombres, que íntimamente vincula su ideario político a la noción de “proyecto”, vuelve curiosamente la mirada hacia el pasado histórico para legitimar su objetivo de país. Esta mirada retrospectiva en busca de una confirmación política, cívica y social presente no sólo ocupa la vida pública, sino también la privada: los hombres del 80 están motivados por una fuerte necesidad de verse, “de salir de dentro de una personalidad o un proyecto hacia el exterior para verificarse y recuperar una imagen que dentro de uno o en la sociedad se va conformando” (Jitrik 1982: 77). Literariamente, esta visión íntima repercute en un discurso que acentúa el uso de la primera persona del singular y que se configura en torno a cuatro motivos: el ejercicio de la memoria que recupera en la infancia un tema adecuado para explicar la situación presente;⁶³ el positivismo como marco filosófico para el libre examen de sí mismos como individuos y como sociedad;⁶⁴ la conversación entre pares o “entre-nos”—como sostiene Mansilla— que establece una alianza de identidad en el grupo;⁶⁵ y, por último, los viajes consagra-

blicó no en España sino en el Boletín del Almirantazgo de San Petersburgo, treinta años después de concluido su viaje.

⁵⁵ En *Examen crítico* él sostiene que ha sido comisionado “para el reconocimiento, rectificación y exploraciones del camino descubierto por D. Justo Molina, el año pasado de 1805, desde esta capital hasta el Boquete de Antuco” (1837: 6 y s.).

⁵⁶ En el plano del conocimiento, lo real era, para Cruz, lo susceptible de ser tomado como real.

⁵⁷ Dice Isabel Hernández: “La región chaqueña del nordeste y la pampa-patagónica, centro y sur del país, constituían el “Desierto”: por entonces, el etnocentrismo hacía que se denominara así a las áreas sin ocupación [criollo-]europea” (1992: 217).

⁵⁸ “Todo hace suponer que esta expedición inútil, que pone en movimiento una pequeña tropa desarmada, a cuyo frente está un extravagante coronel que se autodesigna como representante del poder del estado en tierra adentro, colma la paciencia del presidente que decide desde entonces alejar definitivamente al coronel Mansilla de un escenario en que sus actuaciones pueden volverse arriesgadas para la política del Gobierno en la frontera con

torios, sobre todo a Europa, en donde el hombre del 80, como producto de su situación presente, entra en contacto con un sistema de valores ajeno y regresa al país con mayor sentido de su realidad (Jitrik 1982: 78 y ss.).⁶⁶ Voy, entonces, a analizar cómo en *Una excursión* se manifiesta este imperativo de examen introspectivo y de la realidad nacional para comprender, dentro del tema que nos ocupa, qué consecuencias tiene esta actitud para el viajero y para su consideración de lo viajado.

Indiqué que, para legitimar la validez de su testimonio, Mansilla acude a la funcionalidad cartográfica de los diarios de expedición y al valor inaugural de su viaje: ver por vista de ojos y por primera vez un territorio inexplorado para poder conocerlo de manera fidedigna. Sin embargo, la lectura del derrotero del comandante por tierra adentro descubre, en su decurso, más un “retroceso” cognoscitivo que un aprendizaje de índole realista-referencial. Incluso diría que su viaje cumple efectivamente con un objetivo cognitivo pero de orden muy diferente al determinado por la episteme que Mansilla evoca: el viajero, sumido en un entorno nuevo, “desaprende” un orden de realidad establecido y, desde esta ignorancia, encuentra uno diferente muy lejano, como veremos, de lo evidente:

Si me hubieran dicho que los indios me iban a enseñar a conocer la humanidad, una carcajada homérica habría sido mi contestación.

Como Goullibert [*sic*], —en su viaje a Liliput— yo he visto el mundo tal cual es en mi viaje a los ranqueles (268 y ss.).

Un nuevo sentido epistémico propone Mansilla en su testimonio de viaje que, tal como ocurre en los diarios del siglo anterior, tendrá primero que definir cómo accede el viajero a la realidad que se le presenta en su derrotero y, segundo, comprender cómo es esa realidad. Si los diarios cartográficos descubren en la realidad una certidumbre por medio de la

los indios” (Iglesia 1999: 224).

⁵⁹ Todas las citas de este ensayo, salvo especificación, corresponden a Mansilla 1870. El castellano ha sido actualizado para facilitar su lectura.

⁶⁰ “Tengo en borrador —dice Mansilla— el *croquis topográfico*, levantado por mí de ese territorio inmenso, desierto” (6).

⁶¹ Al respecto es interesante la especulación etimológica que realizada Dieter Wanner acerca de la cercanía del vocablo francés *ournée* con el latín *dies* (“día, extensión de tiempo de una jornada”), y de aquel con los vocablos *journey* del inglés y *jornada* del castellano (1999: 16).

mirada desapasionada y objetiva del viajero, con Mansilla esta confianza cae ante una serie de cuestionamientos sobre la capacidad de saber de aquél y los parámetros de realidad. El objetivo declarado del viaje a tierras ranquelinas, el “ver con mis propios ojos ese mundo” para conocer el territorio en detalle, se convertirá paulatinamente en un reaprendizaje del ejercicio epistémico que Mansilla evoca y de los significados indudables que conforman el referente que se observa en la marcha. Veamos cómo ocurre esto.

Una evidencia ineludible para todo viajero a la pampa-patagónica de finales del siglo XIX es la tajante oposición entre civilización y barbarie, oposición cardinal que marca el mapa geográfico y social (también imaginario) de Argentina desde los primeros testimonios de la llegada de los españoles a América del Sur y que, desde Echeverría y, sobre todo, a partir de *Facundo* de Sarmiento, define de manera “evidente” la conformación del país. Así, el objetivo político de trasladar la línea de frontera desde el Río Cuarto al Quinto que tiene la excursión de Mansilla se lee ya claramente, en el mapa referencial del siglo XIX, como el avance de la civilización sobre la barbarie. Civilización y barbarie sustentan, como no podía ser de otra manera en 1870, la rejilla de valores que define la posición del coronel a la hora de iniciar su aventura.

Mansilla comienza su marcha al desierto convencido del imperativo progresista de la civilización: hacer de las tierras ranquelinas tierras productivas, de los ranqueles ciudadanos cívicamente responsables y educados, de las soledades pampeanas un eje activo de intercambio comercial entre Chile y Buenos Aires a través del ferrocarril. En contraparte, la improductividad, la vagancia, la suciedad, el retraso, la parálisis, la tosquedad, la ignorancia son algunos de los atributos que definen la barbarie ranquelina. Este esquema de valores enfrentados se mantiene a lo largo del relato, pero también ocurre que, paradójicamente, desde el comienzo y de manera cada vez más acentuada a medida que el viaje se desarrolla, Mansilla cuestiona la validez irrefutable de esta confrontación: los epígrafes de Comte y de Emerson en el “Epílogo” señalan esta dualidad, ya que mientras uno pregona la igualdad entre los hombres, el otro afirma las bonanzas de la acción civilizadora. Otro ejemplo de esta duplicidad: en el capítulo X Mansilla sostiene: “es indudable que la civilización tiene sus ventajas sobre la barbarie; pero no tantas como aseguran los que se dicen civilizados” (91), y dos jornadas más tarde afirma:

[...] pensé un instante en el porvenir de la República Argentina el día en que la civilización, que vendrá con la libertad, con la paz, con la riqueza, invada aquellas comarcas desiertas, destituidas de belleza, sin interés artístico, pero adecuadas a la cría de ganados y a la agricultura (114).

La cesura de esta dualidad es directamente proporcional a la inserción del coronel en tierra adentro. Poco a poco, a medida que el derrotero de su viaje conduce a Mansilla al corazón de las tierras ranquelinas, estas confrontaciones irán cesando merced a la conciliación del viajero con lo que va conociendo: en su encuentro con el cacique Baigorrita (capítulo XLIV), en medio del almuerzo Mansilla comienza a cortarse las uñas de los pies: “Mi compadre y los convidados estaban encantados. Aquel coronel cristiano parecía un indio. ¿Qué más podían ellos desear? Yo iba a ellos. Me les asimilaba. Era la conquista de la barbarie sobre la civilización” (132). Este acercamiento responde, en un principio, a un mero gesto protocolar, a una pantomima dirigida a facilitar su comunicación con los ranqueles, pero poco más adelante el gesto “de barbarie” en el hombre civilizado se revela espontáneo: “Al tiempo de subir a caballo le robé al indio de los guantes un naco de tabaco que llevaba atado a los tientos. El que entre lobos anda a aullar aprende” (197). En el capítulo LV, en referencia a la cita sobre Gulliver en Lilibut, Mansilla revierte el orden de mundo con el que había iniciado su marcha: “Los enanos me dan la medida de los gigantes y los bárbaros la medida de la civilización” (269), y ya en el capítulo LXVI, una disquisición filológica entre el cacique Ramón y Mansilla termina por invertir el esquema sarmientino:

Tanto que declaramos nuestra sabiduría, tanto que leemos y estudiamos, ¿y para qué?

Para despreciar a un pobre indio, llamándolo bárbaro, salvaje; para pedir su exterminio, porque su sangre, su raza, sus instintos, sus aptitudes no son susceptibles de asimilarse con nuestra civilización empírica, que se dice humanitaria, recta y justiciera [...].

¡Ah! Mientras tanto, el bárbaro, el salvaje, el indio ese, que rechazamos y despreciamos, como si todos no derivásemos de un tronco común, como si la *planta hombre* no fuese única en su especie, el día menos pensado nos prueba que somos muy altaneros, que vivimos en la ignorancia (389).

¿A qué responde este cambio en las categorías de mundo del viajero? Históricamente, esta mudanza puede explicarse por las complicadas re-

laciones entre Sarmiento y Mansilla. Eva-Lynn Jagoe, en concierto con la opinión de otros críticos, lee en *Una excursión* una crítica a la tajante división entre civilización y barbarie que define Sarmiento en *Facundo*: Mansilla, en su testimonio, “refuses to reduce the realities of Argentina’s interior to two terms” (2005: 518). Es importante recordar aquí que, mientras Mansilla pretendía ser Ministro de Guerra en el gobierno de Sarmiento, éste lo relega a una oscura frontera del sur de Córdoba. El *traspie* en la carrera pública del coronel durante el gobierno de Sarmiento es evidente, de modo que *Una excursión* resulta una importante plataforma para señalar sus diferencias con el sanjuanino —quien, por ejemplo, describe la barbarie interior *sin conocerla por vista de ojos*— y erigirse así en “la autoridad” de la vida rural argentina (ver Jagoe 2005 y Area 2001).⁶⁷ Pero sumemos a este íntimo motivo uno de alcance más amplio. Para mí, aunque apela a las convenciones del expedicionario ilustrado, Mansilla viaja con una concepción diferente tanto del “viaje” como del “viajero”: ya no realiza un viaje científico-testimonial supeditado a un imperativo gnoseológico objetivo, ni un viaje ilustrado sujeto al axioma de superar científicamente los límites de lo conocido para conocer otros mundos. La excursión a tierras ranquelinas es un *viaje moderno* supeditado a la superación de los límites de *uno mismo* para poder conocer otros ámbitos. El viaje moderno es un desplazamiento por las geografías de los mundos a través de la geografía íntima del viajero, y el reaprendizaje de los modos de la barbarie que Mansilla experimenta en su derrotero responde, en su testimonio, a este cambio.⁶⁸

Mansilla, como excursionista, supera la práctica cartográfica de los viajeros comisionados y la disposición etnográfica de los viajeros ilustrados merced a una meticulosa construcción de una imagen cosmopolita de

⁶² Ver Genette 2001: 140.

⁶³ El modelo es *Recuerdos de provincia* (1850), de Sarmiento. A partir de este testimonio, muchos serán los textos evocativos pertenecientes a la generación del 80: *La Gran Aldea*, de Vicente López, *Juvenilia*, de Miguel Cané, algunos cuentos de Eduardo Wilde como “Tini” o “Aguas abajo”, *Mis memorias* y algunas *causeries* de Lucio V. Mansilla, etc.

⁶⁴ Muchos fueron los estudios sociales, pedagógicos y científicos producidos en esta época, entre otros, *Rozas* de Lucio V. Mansilla, *La criminalidad en Buenos Aires* de Luis María Drago, *La educación* de Carlos Bunge, o los escritos de Florentino Ameghino y Francisco Moreno. En literatura impera, está claro, el naturalismo, donde las novelas de Eugenio Cambaceres *Sin rumbo* o *En la sangre* constituyen los ejemplos más logrados.

sí: “me acordaba del dicho de Alcibiades: a donde fueres haz lo que vieres” (262). El viajero cosmopolita parte a su aventura con visión abierta para descubrir realidades que no se agotan en su fuerza especular y para introducirse en culturas diferentes viviéndolas en su condición universal: “*homme du monde, c’est-à-dire homme du monde entier, homme que comprend le monde et les raisons mystérieuses et légitimes de tous ses usages*” (Baudelaire 1976: 689).⁶⁵ El ciudadano del mundo supera toda particularidad en un esfuerzo de objetividad trascendente, de percepción absoluta de las cosas. Uno de los recursos utilizados por Mansilla para apuntalar esta visión totalizadora son las constantes analogías entre otras realidades y la ranquelina, por ejemplo, “la diplomacia es igual en todas partes, lo mismo en Londres que en Viena, en Buenos Aires que en Leubucó” (7); “como los hindúes, los egipcios y los pitagóricos, [los ranqueles] creen en la metempsicosis” (96); “como se ve, los indios se parecen a los ingleses en la manera de construir sus frases (101); etc. El tránsito de la civilización a la barbarie responde también a esta vivencia viajera de la otredad en su genuina condición universal de *ser otro*: “yo no tardé en tomar confianza; estaba como en mi casa, mejor que en ella [...]. Comía como un bárbaro” (269 y s.).

La cita de Baudelaire sobre el “hombre de mundo” no es gratuita. Son precisamente las reflexiones estéticas postrománticas las que giran en torno a esta consideración internacional del ser humano en estrecha asociación con el concepto de “modernidad”. La modernidad que defiende Charles Baudelaire en los dos escritos emblemáticos del postromanticismo, “El pintor de la vida moderna” y “El Salón de 1855”, consiste precisamente en esta apertura a lo otro que procura y vive el ciudadano del mundo, una apertura a lo que se presenta como “nuevo”, entendiendo el término ahora no como lo que se observa y conoce por primera vez, sino como “lo característico”, como aquello que no responde a un modelo preexistente. En sus reflexiones estéticas, la dicotomía que proponen los postrománticos entre el modelo y lo característico señala la oposición entre lo clásico y la modernidad: el arte moderno contrapone a los cá-

⁶⁵ Las *causeries* de Lucio Mansilla conforman un claro ejemplo de esta comunicación “entre entendidos”, compañeros unidos por las mismas referencias que se encuentran en los clubes o, incluso, en el Parlamento, centro conversacional por antonomasia. En el discurso, hay un fuerte acuerdo entre el autor y sus lectores, de perfil muy definido. Hablando del caso de Mansilla este público, como se desprende, por ejemplo, de

nonés estéticos clásicos el rasgo propio. El símbolo de esta demanda de un espacio legítimo para lo característico es precisamente la Exposición Universal de París de 1855, que reúne el arte de toda Europa junto a una colección de arte chino.⁷⁰ La *chinoiserie* concentra la necesidad moderna de aprehender, a través de la diferencia estética, la diferencia cultural, y esta asimilación que vincula la diferencia a lo característico es propia del *homme du monde* que viaja al encuentro de otras realidades para superar el impacto de lo diferente en una apertura de orden universal. Mansilla se siente, como viajero cosmopolita, en simpatía con lo extraño y consigue comprender “les raisons mystérieuses et légitimes de tous les usages” de las que habla Baudelaire:

[...] todos los días doy gracias a Dios por haberme concedido bastante flexibilidad de carácter para encontrarme a gusto, alegre y contento, lo mismo en los suntuosos salones del rico, que en el desmantelado rancho del pobre paisano (73).

El viajero cosmopolita, entonces, ya no se traslada con un imaginario mimético que adecua una referencia nueva a una realidad previa, sino que se mueve por otras realidades con mirada extensa, capaz de ver más allá de lo evidente “las razones misteriosas y legítimas” de cada realidad característica.

Ahora bien, para convertirse en habitante absoluto es necesario ceder al impulso primero de la curiosidad y de la novedad que el viaje, concebido ahora como conocimiento pero también como aventura, propone:⁷¹ Mansilla marcha a tierras ranquelinas impulsado por “cierta inclinación a las correrías azarosas y lejanas” y por “el deseo de ver con mis propios ojos ese mundo que llaman tierra adentro” (4). Pero antes, tal como advierte Baudelaire, este viajar impulsado por la visión dilatada y trascendente que da la curiosidad moderna requiere de un retroceso cognitivo, recupe-

sus dedicatorias, constituye “lo mejor de Buenos Aires” o, lo que es equivalente, “la élite tradicional”. Como señala Viñas, entre público y autor, ambos partícipes de la élite de iniciados, se articula el decir en torno a “sobrentendidos”, “medias palabras”, “alusiones, reticencias, presupuestos” (1982: 151), en definitiva, todo un discurso tangencial, alusivo, incluso cifrado.

⁶⁶ Mansilla fue, desde temprano, un viajero inquieto. Sus primeros viajes fueron patrocinados por su padre con la simpática excusa, entre otras, de que leyera el *Contrato Social*: “Mi amigo —le dice su padre— cuando uno es sobrino de don Juan Manuel de Rosas,

rar en definitiva la mirada ingenua del niño para ver todo “en *nouveauté*” (Baudelaire 1976: 689). Retomamos aquí el tema de la visión ligada al conocimiento.

Según los pensadores postrománticos, para poder ver lo nuevo, para ver lo característico es necesario, primero, “desaprender a ver”, limpiar la mirada de toda intención y de toda memoria, ver con ingenuidad.⁷² La mirada simple de lo nuevo es cardinal para una asunción dialógica de la alteridad, para tomar conciencia y reconocimiento del otro. Mansilla descubre, en su encuentro con la realidad ranquelina, esa ingenuidad.⁷³ Así, el pasaje de la civilización citadina a la barbarie rural constituye el paulatino tránsito desde el saber a la ingenuidad que demanda el encuentro moderno con el otro, es la *conditio* primera para poder percibir la realidad *tal cual es*. Así, el acceso a la verdad supone, paradójicamente, el abandono de toda verdad, un viaje hacia lo primitivo que lleva la marca de una revulsión, incluso por momentos de una inversión del sistema de valores con el que Mansilla comienza su viaje.⁷⁴ Si el propósito de su excursión era conocer por vista de ojos un territorio desconocido con el objetivo político de ganarlo para la civilización, el viaje cosmopolita conlleva un “desaprendizaje” de este propósito y una nueva dimensión de viaje marcada por un orden interior de conocimiento que surge del contacto dialógico

no lee el *Contrato Social*, si se ha de quedar en este país, o se va de él, si quiere leerlo con provecho” (citado en Viñas 1982: 45).

⁶⁷ Pretensión, por otra parte, autojustificada por ser sobrino de Rosas quien, durante su gobierno, explotó su imagen de hombre baqueano y conocedor de la vida campesina. Rosas, como sostiene José Mármol en *Amalia*, “era el mejor gaucho en todo sentido” (s/r fecha edición: 215). Se cuenta que antes de que Sarmiento comenzara a parcelar la pampa con alambrados, Rosas reconocía los diferentes campos de Buenos Aires con sólo probar el sabor de las pasturas.

⁶⁸ “This shift in focus from the object of the voyage to the experience of the voyager-voyaging has resulted in a valorization of travel for its own sake, a phenomenon that, in turn, has generated that uniquely modern type of journey in which the place where one goes is infinitely less important than the fact of one’s going” (en Seigneuret 1988: 1317).

⁶⁹ Ya Goethe, en sus conversaciones con J. P. Eckermann, se refería al viajero “iniciado” como “ciudadano del mundo”, figura que surgirá en el siglo XVIII con los viajes ilustrados y recorrerá todo el siglo XIX y buena parte del XX. Para Fabio Martínez, la expresión “ciudadano del mundo” (*Weltburger*) tiene su antecedente inmediato en Jean-Jacques Rousseau cuando habla del “citoyen de Gênevè” (2000: 199).

⁷⁰ Es importante tener en cuenta que, en 1851 Mansilla viaja a la India, a Egipto, al

con lo otro. De este modo, cuando Mansilla apela al imperativo de “novedad” para legitimar su viaje disfrazado, a finales del siglo XIX, el hecho de que va a internarse en tierras desconocidas *para él*.⁷⁵ El coronel retrocede en sus convicciones hasta alcanzar la ignorancia necesaria para conocer otra realidad y, al mismo tiempo, para reconocer la no evidencia de la suya. Se dice a sí mismo:

—Sí, tú, has entrado en el miserable toldo de un indio a quien un millón de veces has calificado de bárbaro, cuyo exterminio has preconizado en todos los tonos, en nombre de tu decantada y clemente civilización, te ves derrotado y no quieres confesar tu ignorancia (372).

La excursión a los indios ranqueles muestra ser hacia el final del testimonio de Lucio Victorio un viaje hacia una geografía interior, “examinarse” —tal es el imperativo de la generación del 80— para alcanzar, en su contacto con la realidad ranquelina, la ignorancia necesaria para poder re-conocer el mundo que viaja. En esta dimensión interna del viaje moderno reside la distinción con el viaje científico ilustrado. A diferencia de los viajes cartográficos del siglo XVIII, Mansilla, que había recorrido “cuatro partes del mundo, —en buque de vela, en vapor, en ferrocarril, en carreta, a caballo, a pié, en coche, en palanquín, en elefante, en camello, en globo, en burro, en silla de manos, a lomo de mula y de hombre” (393), termina su aventura por tierras ranquelinas sin una evidencia: “Si hay algo imposible de determinar, es el grado de civilización a que llegará cada raza” (426). El derrotero hacia un territorio ignorado culmina, en esta alteración de la dicotomía civilización/barbarie, siendo un viaje hacia “la conciencia de mí mismo” (428).

La mirada del viajero, entonces, deja de ser cognitiva para volverse ingenua e inquisitiva. Su testimonio deja, por lo mismo, de ser imparcial y objetivo para volverse expresivo e inestable: “somos algo más que un dualismo; somos algo de complejo, de complicado o indescifrable. Es por eso que la grandeza humana consiste en adherirse a lo imperfecto” (280). Ya no hay una verdad testimonial indiscutible porque la mirada del viajero está subordinada al íntimo esfuerzo de descubrir lo que subyace más allá

Mar Rojo, a Constantinopla, a Roma, a París, a Londres, a Edimburgo. Regresa a Francia después de la batalla de Caseros (1852). En Londres conoce al frenólogo Donovan, disciplina que, sabemos, ha sido fundamental para el naturalismo. En París comparte algunas

de lo evidente. Aunque apela a la capacidad cognitiva de la observación, Mansilla rompe este principio epistémico del diario cartográfico. Todas las certezas aparecen en sus cartas sujetas al movimiento retráctil que sigue la visión del viajero moderno con el único objeto de poder ver más allá de una referencia indubitable.

Hasta aquí, entonces, repasamos cómo Mansilla acude, a través del axioma de “ver por mis propios ojos”, a la convención de los diarios de expedición para, en realidad, proponer otra epistemología de la mirada fundada en la necesidad de desaprender a ver para conocer desde sí y con visión trascendente la no evidencia de los referentes reales que el viajero encuentra en su camino. En el testimonio del coronel, la imparcialidad de la mirada se quiebra en un retroceso cognitivo y en un reaprendizaje del ver y de lo visto. Ahora nos toca atender cómo es la nueva realidad que Mansilla propone. Entramos aquí en otra dimensión que tal vez nos ofrezca una respuesta posible a esta cuestión: dejamos la mirada consciente y nos introducimos en la percepción narcotizada por los sueños que sueña Lucio Victorio en su viaje.

Muchos son los sueños que sueña Mansilla en su marcha por tierras ranquelinas y todos tienen en común que, en ellos, el yo y la realidad se desdobl原因 en otras posibilidades de ser.⁷⁶ El primero, escueto, aparece en la carta XIII y, en esencia, refiere una distorsión de la mirada que confunde los órdenes causales de la realidad:

Me quedé como soñando... Veía todos los objetos envueltos en una bruma finísima de transparencia opaca; los árboles me parecían de inconmensurable altura, ví desfilan confusas muchedumbres, ciudades tenebrosas, el cielo y la tierra eran una misma cosa, no había espacio... (128).

El segundo aparece en la entrega siguiente y describe el desdoblamiento del *yo* narrativo:

Estaba en dos puntos distantes al mismo tiempo, en el suelo y en el aire. Yo era *yo*, y a la vez el soldado, el paisano ése [...]. Yo me decía, discurriendo como él [...] y discurriendo como yo mismo— [...]. De repente, yo era An-

tulias con Verlaine. Lucio Mansilla, *Weltburger*, estaba al corriente, y de primera mano, de las tendencias filosóficas, científicas y estéticas de su tiempo.

⁷¹ “C’est que la *curiosité* peut être considérée comme le point de départ de son génie”,

tonio, el ladrón del padre de Petrona, ora el juez celoso, ya el cabo Gómez, resucitado en tierra adentro. En el instante mismo en que me desperté, el desorden, la perturbación, la incompatibilidad de las imágenes del delirio, llegaba al colmo (135).

El tercero es narrado varias jornadas más adelante, en la carta XXXII. Este sueño tiene dos núcleos temáticos. El primero refiere un sueño utópico:

[...] soñaba que yo era el conquistador del desierto; que los aguerridos ranqueles, magnetizados por el eco de la civilización, habían depuesto sus armas [...]; que el arado, arrancándole sus frutos óptimos a la tierra, regada con fecundo sudor, producía abundantes cosechas; que el estrépito de los *malones* invasores había cesado, pensando sólo, aquellos bárbaros infelices, en multiplicarse y crecer [...] (339).

La segunda secuencia del sueño pone en tensión la identidad del *yo* narrativo que es tentado por el demonio a ser *otro*:

¡Mortal!, me decía, aprovecha los días fugaces.

¡No seas necio, piensa en ti, no en la Patria!

[...] hazte proclamar y coronar emperador! Imita a Aurelio I. Tienes un nombre romano. *Lucius Victorius imperator* [...]

Yo escuchaba con cierto placer mezclado de desconfianza las amonestaciones tentadoras; ideaba ya si el trono en que me iba a sentar, la diadema que había de ceñir y el cetro que había de empuñar [...] serían de oro macizo o de cuero de potro y madera de caldén, cuando una voz que reconocí entre sueños llamó a mi puerta diciendo:

—¡Coronel Mansilla! (340).

En la carta XLVI, un cuarto sueño confunde la civilización porteña (cita nombres de la vida política argentina y personajes del 80 como Rawson, Gutiérrez, Varela, Mitre, Vélez Sarsfield, Sarmiento, Gainza entre otros) con la barbarie ranquelina. El sueño es una crítica política, pero lo interesante es la explicación que Mansilla ofrece del origen de este sueño: “de la novela de Carlos Joliet, de una fiesta veneciana dada a Luigi Metello, de mi almuerzo en el toldo de Baigorrita y otras reminiscencias, mi imaginación había hecho un verdadero *imbroglio*” (164).

Nuevos sueños aparecen en la carta LX. Éstos no son relatados y sólo sirven para una digresión del narrador en torno a la esencia de los sueños:

Toda la noche tuve los sueños más estrafalarios. Así como casi todos los sentimientos de nuestra alma proceden de las sensaciones de la bestia; así también casi todas las visiones del espíritu dormido vienen de lo que hemos visto o contemplado despiertos, con los ojos del cuerpo o con los de la imaginación.

[...] Yo no puedo tener los sueños como los que tuve la última noche que pasé en Leubucó.

O he de ver disparates, que no se han de cumplir; o he de ver disparatadas las cosas que se cumplieron (323).

Estos sueños continúan en la carta siguiente, prolongándose en la vigilia:

Me desperté con la cabeza hecha un horno; había soñado tanto que mi cabeza era un embolismo.

De pronto no pude darme cuenta de lo sucedido durante la noche.

Confundía los hechos reales con las visiones; me parecía [...] que lo que había visto en sueños era verdad.

[...]

Las impresiones del sueño persistían; no dormía y veía lo mismo que había visto dormido.

Durante un largo rato estuve como la loca de Séneca: era ciega y no lo sabía; pedía que la hicieran cambiar de casa porque en la que habitaba no se veía nada.

Yo estaba despierto y no lo sabía (325).

¿Por qué, entonces, Mansilla sueña o, mejor, narra estos sueños? Lo primero que destaca es que las percepciones oníricas se prolongan en la vigilia: “no dormía y veía lo mismo que había visto dormido”. Esta proyección es “embolismática”, un “*imbroglio*”, mezcla el orden natural de las cosas, confunde la ensoñación con la vigilia, cielo y tierra, al yo con otro, a la civilización con la barbarie, a la realidad con lo imaginado, a la ficción con la verdad. El sueño disparata las percepciones concientes y oscurece la visión y la razón, expande la bruma del soñar en la transparente realidad diurna. A través de los sueños, las percepciones recogidas por el viajero en su día de marcha se narcotizan por la noche y muestran que toda *evidentia* es susceptible de ser incierta.

A los sueños se suman las numerosas borracheras de Mansilla con los indios a lo largo del relato. Estos episodios narrativos funcionan con idéntica semántica que los sueños: “emborrachan” la visión referencial del narrador. Por ejemplo: “los últimos humos del mareo me hacía ver todos los objetos trastornados, al revés [...]. Con los ojos de la imaginación veía el caos [...]” (13). A través de los sueños y del alcohol, la visión descriptiva referencial y objetiva de lo real se difumina y confunde, y da lugar a una dimensión de lo real diferente, *imaginada*.

Esta percepción de la realidad ya no evidente sino equívoca a que invitan el sueño y el alcohol, por la íntima relación que Mansilla propone al comienzo de su libro entre la observación testimonial objetiva y la verdad de lo observado, descompone la identidad del que ve y de lo que ve. Los sueños y el aguardiente sacuden medularmente la función cognitiva de los diarios en que Mansilla sustenta su relato y la veracidad de su testimonio. Para empezar, el observador se abandona al ritmo del soñar y de la embriaguez, se extasía venciendo a una existencia diversa, desmembrada, ajena a su estado conciente habitual: “Mis brazos funcionaban como las aspas de un molino [...]. Mis piernas parecían dislocadas, como las de un muñeco [...]. Yo no era dueño de mí mismo” (13 y ss.). Diluida su identidad, expandida en otros seres, arrebatado de sí mismo, extrañado, el observador conciente, al dormir y al beber, “no puede enunciar un *cogito*”, como dice Bachelard, porque la realidad se mezcla, se confunde y se torna inasible. La realidad escapa a la observación conciente porque el observador se vuelve inasible para sí. Arrebatado, sólo ve con los ojos de la ilusión “lo que hemos visto o contemplado despiertos”. De esta manera, la visión somnolienta y narcotizada del viajero huye del terreno de la mimesis y se torna simbólica. Liberada la realidad a la doble referencialidad del símbolo, la mirada que promueve el sueño sugiere la condición inconclusa, infinita y misteriosa de todo conocimiento y de todo real: “Así son todos nuestros juicios, imperfectos como nuestra propia naturaleza” (Mansilla 181).⁷⁷

Los sueños que sueña Lucio sugieren una no limitación de la identidad y del saber del observador y de la realidad que observa: “¡cuán cierto

sostiene Baudelaire (1976: 689)

⁷² Esta es la visión amnésica del impresionismo pictórico en boga en esos años: alcanzar a través del ojo inocente la mirada primordial que destierra todo concepto previo.

es —dice en la carta XIV— que el hombre no alcanza a ver mas allá de sus narices!” (137). Esta es, precisamente, la dirección trascendente que sigue la mirada del viajero cosmopolita. Para “ver más allá de las narices” el observador debe intuir una realidad no evidente, tal vez incluso incompleta, y la visión dormida que quiebra tanto la identidad del observador como la identidad de lo observado es un camino de prolongada tradición romántica que Mansilla acomete junto con su ruta real que va desde el Río Cuarto al Quinto en la también real provincia de Córdoba. Referente real y referente imaginario se confunden en *Una excursión* para desbaratar el poder epistémico de la observación conciente y el efecto de realidad que promueve toda expedición. Con Mansilla pierden certeza tanto el objeto como el sujeto en toda relación cognitiva.

2. La verdad poética y el viaje literario

Al definir la gramática del diario cartográfico indicamos que, frente a la narración, la descripción era la modalidad discursiva adecuada para dar cuenta de lo observado en el viaje, presentando el referente extratextual como entidad de presencia cierta que, en la enunciación, aparece incuestionablemente ligado a lo verdadero porque tiene alto grado de iconización (“se pone ante los ojos”). En un diario cartográfico preciso como es, por ejemplo, el *Diario de una expedición a Salinas, emprendida por orden del Marqués de Loreto, virrey de Buenos Aires, en 1786*, de Pablo Zizur, las descripciones topográficas participan en la “ilusión de realidad” porque proponen un “modelo” de mundo con alto grado de referencialidad. Este tipo de descripciones asimila la semiótica textual a la semiótica del mundo natural: tienen estricto valor nominal, generan una presencia real e independiente, son sustanciales, ópticas porque concuerdan, a través de una identidad dada por el nombre, con el mundo real. Veamos un ejemplo del diario de Zizur donde describe la vegetación que descubre en una laguna:

Antes he hablado ya de la leña que se encuentra en la longitud de esta cañada: desde ella sigue en los mismos términos que antes; y más adelante es donde la leña se halla con más abundancia, continuando con algarrobos, espinillos, chañares y varias especies de arbustos, tan tupidos en parte que no se puede internar. Aquí se hallan espinillos y especialmente algarrobos de bastante

corpulencia y elevación, pues vi algunos pies de los últimos de tres varas de circunferencia. Continuando la vuelta de la laguna, se van enrareciendo más estos arbustos, y no se halla más que pura brocería de retamos, espinillos y algarrobos dispersos hacia la lomada (1837: 7).

Esta descripción responde a la norma retórica que sigue un diario de exploración para conformar una entidad geográfica definida: registra los rumbos y distancias, la condición del camino, los accidentes que el terreno presenta poniendo especial cuidado en la calidad de la tierra y de los pastos, y en la existencia de aguadas y de leña. En la cita aquí utilizada, la descripción extiende los atributos y partes constitutivas del eje sintagmático del objeto “leña” a través del despliegue léxico que constituye la serie predicativa de lo que el objeto “leña” es. Esta expansión se ajusta a un modelo de descripción denotativo.

Mansilla, en su texto, sigue el mismo objetivo que Zizur en el registro de rumbos, accidentes topográficos, etc.: “allí hay pastos abundantes, leña para toda la vida, y agua la que se quiera sin gran trabajo, como que inagotables corrientes artesianas surcan las Pampas” (114). Pero confrontemos la descripción de la vegetación pampeana que realiza Zizur en 1786 con una de idéntico objeto que realiza Mansilla en 1870:

Hermosos, seculares algarrobos, caldenes, chañares, espinillos, bajo cuya sombra inaccesible a los rayos del sol crece frondosa y fresca la verdosa gramilla, constituyen estos montes [...].

Las esbeltas palmeras, empinándose como fantasmas en la noche umbría, la vegetación pujante renovándose siempre por la humedad; los naranjeros, que por doquier brindan su dorada fruta; las enmarañadas enredaderas, vistiéndolo los árboles encumbrados hasta la cima y sus flores inmortales todo el año; fresco musgo tapizando los robustos troncos; el líquen pegajoso, que con el rocío matinal brilla, como esmaltado de piedras preciosas [...] ¿dónde están aquí?, me preguntaba yo, soliloqueando por entre los carbonizados y carcomidos algarrobos (114).

El modelo descriptivo que utiliza Mansilla es realista porque se apoya en un mundo natural (la pampa) reconocible. Sin embargo, a diferencia del utilizado por Zizur, destaca en este universo textual no su condición objetiva sino su carácter construido. La descripción de Mansilla revela un trabajo de enunciación conciente sobre el discurso: además del uso

de ciertos ornatos retóricos como, por ejemplo, el hipérbaton, en esta secuencia destacan dos recursos que quiebran el “modelo-reflejo” de la descripción mimética: la definición de la sequedad pampeana por antítesis en el segundo párrafo, y el uso reiterado de epítetos.

Para empezar, según refiere Fernando Vallejo en *Logoi*, el espacio natural de la antítesis es el discurso literario y no el habla (1997: 196). Mansilla respeta la forma paratáctica de la descripción, pero en el segundo párrafo, el efecto de lista evidencia una distancia discordante entre el universo discursivo y el real porque no tiene alto grado de referencialidad sino alto grado de artificialidad retórica: la descripción de la realidad pampeana se realiza a través de elementos que no están, ergo que no pertenecen, a dicha realidad. De este modo, en esta descripción no existe iconización discursiva porque la serie predicativa que desarrolla no aporta un conocimiento de lo que la vegetación de la pampa *es*, sino de lo que *no es*. Mansilla respeta el pantónimo que rige toda descripción, pero al ofrecer una declinación negativa de su paradigma, se distancia de la función cognitiva y representativa de toda descripción realista.⁷⁸ Esta distancia está acentuada por el uso reiterado de epítetos. El epíteto, recordemos, es aquella figura de acumulación que consiste en añadir un adjetivo —o palabra o frase con función adjetiva— a un sustantivo, de modo que complementa o determina a éste. En la descripción que hace Mansilla de la vegetación pampeana, su valor sustancial se torna accidental porque denota no una esencia sino una cualidad de la sustancia. Una descripción adjetivada no afirma la existencia real e indubitable de un objeto sino su condición contingente: un algarrobo *es*, pero un algarrobo “carbonizado y carcomido” *puede ser o no ser*. El discurso se inclina así a su potencialidad connotativa y acentúa su condición de artificio: hay en Mansilla un cierto deleite descriptivo que cumple con una función tonal de índole claramente subjetiva. Una descripción sustancial que promueve el conocimiento cierto y real de una entidad (un conocimiento, en definitiva, científico) evita la condición eventual que promueve el accidente ligado al nombre, y jamás tiñe el objeto descrito con ornatos retóricos ni proyecciones del ánimo, del sentir, del viajero. En este punto debemos, entonces, preguntarnos qué ocurre cuando las descripciones de una topo-

La búsqueda de la mirada pura tendrá larga historia en ciertas estéticas, filosofías y poéticas de fines del siglo XIX y en el XX. Algunos ejemplos: el primitivismo en Rimbaud o

grafía se colman de detalles científicamente superfluos. Entramos aquí a una disquisición que nos llevará a considerar el cambio desde una mimesis y una verdad referenciales en los diarios del siglo XVIII a una mimesis y una verdad poéticas en el XIX.

En la carta IV escribe Mansilla:

Creerán algunos que a medida que corre la pluma voy fraguando cosas imaginarias, por llenar papel y aumentar el efecto artificial de estas mal zurcidas cartas.

Y sin embargo todo es cierto.

Los abismos entre el mundo real y el mundo imaginario no son tan profundos (53).

En la conocida oposición entre dos modos narrativos que Platón trabaja en el libro III de *República*, aparece este mismo problema que plantea Mansilla. En este libro, Platón recupera el final de la escena entre Crises y los aqueos de la *Iliada*, y elimina los detalles inútiles del relato de Homero, es decir, escribe en *diégesis* lo que Homero había tratado en *mimesis*.⁷⁹ ¿Qué quiere esto decir? Platón elimina la ilusión generada por Homero de que no es él quien habla sino otro. La ilusión de mimesis, entonces, deviene un relato mediatizado por el narrador, un “relato puro” (Genette 1989: 221). Los detalles que Platón elimina (Genette transcribe como ejemplo “la orilla del estruendoso mar”) son inútiles a la funcionalidad diegética del relato, sólo están para dar a entender que lo que se menciona es una evidencia.⁸⁰

Sin embargo, a pesar de que la cita de Mansilla apuntala la ilusión de mimesis o el efecto de realidad (“todo es cierto”) postergando el “efecto artificial”, construido, de su relato, ocurre que, al acercarse casi hasta la indistinción la realidad y lo imaginado abre una zona brumosa de valores donde lo primero que resalta es la convulsión de la separación pla-

Gauguin, la palabra blanca de Mallarmé, la búsqueda del silencio poético en Bataille, ver el ver en Rothko...

⁷³ “La alteridad como elaboración dialógica, con base en el reconocimiento y diferencia del otro, [recién] se vislumbrará en la literatura naturalista del siglo XIX” (Martínez 2000: 66). De hecho, el escritor naturalista sale “con mirada limpia” a observar la realidad y a anotar lo observado.

⁷⁴ Rousseau es citado en varias ocasiones a lo largo del relato de Mansilla. La noción

tónica, afirmando lo que sólo se puede afirmar después de las poéticas románticas y postrománticas, es decir, después de haber sido postulada una alternativa a la teoría mimética al ser proclamada la autonomía de la obra literaria respecto de la realidad. Así, cuando Mansilla mezcla el imperativo mimético de su relato con la confusión entre lo real y lo imaginario destapa la paradoja que esconde la propuesta de Platón: que un relato “siempre es relato, es decir, transcripción de lo (supuesto) no verbal en verbal: su mimesis no será, pues, nunca sino una ilusión de mimesis” (Genette 1989: 223).⁸¹ De este modo, las descripciones repletas de detalles inútiles que utiliza Mansilla se comportan como “connotadores de mimesis”, pero ya no desde un imperativo real sino ficcional, vale decir, ya no tienen función léxica como tenían en los diarios cartográficos. Frente a las descripciones especulares que generan una idea concreta e indubitable que es objeto de observación analítica, las descripciones de Mansilla se tornan “líricas” porque el acento muda desde la función referencial a la función poética, trasladando la condición cognitiva-testimonial de su viaje a la literaria. Una frase descriptiva como “la brisa verpertina soplaba fresca, batiendo la grama frondosa, el verde y florido trébol, el oloroso poleo” (155) es inoperante en un testimonio de orden cartográfico, tampoco es informativo pero sí intensamente recreativo. El mismo Mansilla apunta esta posibilidad cuando afirma en el capítulo XXVI “yo tengo cierta inclinación a lo pintoresco, y, durante mucho tiempo, no he podido sustraerme a la tentación de satisfacerlo” (275). Aludir a lo pintoresco, una categoría estética en boga desde el preromanticismo, refuerza la identidad de la visión ya no con un orden de presentación sino de representación. Pero veamos esto con más detalle.

Sólo fue posible una consideración “representacional” del discurso literario cuando la lengua ganó para sí una relativa independencia respecto de la realidad que refiere. Fueron los románticos y los postrománticos quienes, como ya mencioné, impulsaron este cambio. Wordsworth, Coleridge y, posteriormente Frege, elaboraron su teoría poética y su filosofía del lenguaje sobre una oposición cardinal: “Poesía y Realidad Objetiva o Ciencia” (Wordsworth citado por Dolezel 1999: 120). Frente al lenguaje científico, fuertemente constativo, el discurso literario ya no tiene

postromántica de que el “hombre de cultura” es el producto de sucesivas impurezas adheridas al “hombre natural”, y el retorno a un estado primitivo como punto de referencia

denotación, sólo connotaciones, es decir, suspende la relación léxica que mantiene el sentido con una referencia extratextual de orden descriptivo escueto. ¿A qué responde, por ejemplo, la prolongada enumeración que realiza Mansilla sobre lo que la vegetación de la pampa *no es*?; ¿a qué se debe esta dilatada digresión pudiendo reducir la descripción geográfica de lo que observa a una frase depurada de epítetos como, por ejemplo, “algarrobos, caldenes, chañares, espinillos constituyen estos montes”? A mi juicio, responde a un repliegue del discurso sobre sí mismo, a que la función poética del discurso no desaloja pero sí se impone a la función referencial. Mansilla incluso señala este desplazamiento; marca la distancia que existe entre un discurso de orden referencial y un discurso de orden ficcional: “el paisaje ideal de la Pampa [...] y el paisaje real, son dos perspectivas completamente distintas. [...] Poetas distinguidos, historiadores, han cantado al ombú y al cardo de la Pampa. ¿Qué ombúes hay en la Pampa, qué cardales hay en la Pampa?”(103). Pero indica también la débil línea que separa un discurso que presenta la realidad y uno que la representa: “comimos, dormimos, y cuando... iba a decir gorjeaban las avecillas del monte... Pero qué, si en la Pampa no hay avecillas, por casualidad se ven pájaros, tal cual caranchos” (83). En cualquier momento, sugiere Mansilla, el testimonio verídico es susceptible de deslizarse hacia la fantasía y por qué no pensar, parece decir, que algo de todo lo que ha dicho bajo el imperativo real no se haya vencido a este desliz. El uso lírico de sus descripciones parece refrendar esta posibilidad porque las descripciones de Mansilla, plagadas de accidentes, se escapan de una realidad evidente hacia una realidad mediatizada por la voluntad poética del escritor. El síntoma de que esta voluntad opera en *Una excursión* expresamente aparece en dos momentos del relato: casi al comienzo, cuando en el capítulo IV Mansilla afirma que “lo que no tiene interés en sí mismo puede llegar a picos de curiosidad del amigo y de los lectores, según el método que se siga al hacer la relación” (55); y en la carta XXVI, a mitad de la narración, cuando sugiere al lector una pausa “a fin de no alterar el método que me he propuesto seguir en el relato” (266).

A este abandono de las descripciones (y del relato en general) a una voluntad retórica (“el método que se siga al hacer la relación”) hay que añadir la sujeción de las descripciones a una consideración emotiva del entorno que, de alguna manera, consigue diluir la dura separación entre lo interior y lo exterior o, si se prefiere, entre el sujeto y el objeto

para consignar esta oposición en los términos en que la hemos tratado a lo largo de este trabajo. La aridez de la pampa se convierte en el *locus amoenus* cuando los pensamientos de Mansilla son “plácidos” y cuando “las penas” andan “huidas” (156).⁸² Además, ¿qué otra cosa son “las avechillas del monte” sino una profusión de la animosidad de Mansilla? En las descripciones poéticas del coronel opera una catalización de la referencia extratextual a través de la emotividad del escritor, tal como ocurría en el diario de Luis de la Cruz. Pero, a diferencia de Cruz, este movimiento tiene dirección doble, porque ocurre también que la percepción emotiva del entorno se proyecta hacia el exterior, tal como vimos sucede con la confrontación civilización/barbarie. Este movimiento dual que sigue referencia y discurso a través del escritor recuerda las reflexiones de Émile Zola sobre la función de la descripción en la novela moderna. Si bien este autor se aparta de la consideración romántica de la descripción acercándose al imperativo de una “descripción científica”, define la descripción como “un estado del medio que determina y completa al hombre” (2002: 264) y define al hombre como el ser que “se mezcla con las cosas, las anima con la vibración nerviosa de su emoción” (2002: 265). En este gesto, Zola y Mansilla superan pero también señalan al Romanticismo.

El estudio del uso que Mansilla hace de las descripciones sugiere que, aún supeditado al imperativo de “ver por vista de ojos” para dar testimonio veraz de lo observado, la gran diferencia entre *Una excursión* y los diarios cartográficos es que el viajero ya no forja discursivamente una geografía del entorno en su escrito, sino una poética del lugar que recorre en su viaje. Hacia el final de su derrotero, Mansilla habla de “la soledad poética del lugar” (319) y del “agreste y poético paisaje” (364). El pasaje de una visión cartográfica a una visión poética se sustenta en una acepción más aristotélica que platónica del concepto de mimesis, es decir, ya no conside-

para la recuperación de un estado puro donde se ha suprimido la maldad causada por una cultura artificiosa y por la desigualdad humana, es producto indudablemente del pensamiento rousseauniano. *Una excursión* podría analizarse como la aplicación del modelo social de Rousseau a la realidad pampeana argentina, pero esto superaría con creces el motivo de estudio que nos ocupa en este trabajo.

⁷⁵ En la carta XLII matiza la condición pionera de su expedición: “conocer más el desierto, penetrando hasta donde es muy raro hallar quien haya llegado en la condiciones mías, es decir, en cumplimiento de un deber militar” (106).

⁷⁶ Omitimos la ilusión retórica evidente de que estos sueños son sólo verosímiles. No

rar la mimesis como descripción sino como redescrípción: el referente real, mediatizado por la emotividad del escritor en la flexión interior/exterior, hombre/medio, subjetividad/objetividad, es poéticamente descrito, es decir, es re-descrito porque es re-significado, es re-conocido y re-presentado en otro real-ficcional posible.⁸³ Una mimesis ya no referencial sino poética dice que la ficción registra la realidad *en la ficción*.⁸⁴ Así, frente a la mimesis referencial, esta mimesis poética define una nueva verdad. La fidelidad referencial, imperativo de los diarios con función cartográfica, cambia en Mansilla de signo: en el capítulo XI afirma “debo a la fidelidad del relato consignar un detalle” (99). La fidelidad, valor exclusivo de certidumbre en los diarios de expedición, deviene en el relato del coronel un valor de veracidad poética, es decir, una verdad literaria que no es verdad ni falsedad sino *verosímil* porque propio del lenguaje literario es, al decir de Frege, ser ni verdadero ni falso sino asertivo *aparentemente*.⁸⁵ Mansilla, entonces, tuerce en su relato la episteme y la gramática de los diarios de función cartográfica porque somete la referencia a la expresión verbal que la representa en el discurso. Una mimesis poética que funda una verdad propia *dobla* la referencia y la torna probable en su expresión literaria.⁸⁶

Mansilla designa esta realidad desdoblada como “símbolo y sueño”: “felicitémonos [...] de abrigar la esperanza de descubrir algún día la sustancia *efectiva* de todo, —para que todo no sea símbolo y sueño” (418). El viaje de exploración cambia radicalmente de escenario: el viajero ya no viaja un espacio real sino ficcional con el objeto de descubrir “la sustancia efectiva” de la realidad desde una realidad poética. El viajero continuamente juega con este sustrato de su ficción verosímil: ya mencionamos la posibilidad de ver más allá de lo evidente a través de un re-conocimiento de sí mismo, y vimos

nos importa aquí que sean “construidos”, sino la función que cumplen en la percepción de la realidad. _____

⁷⁷ “El imaginario simbólico [frente al imaginario impulsado por un deseo mimético], se establece sobre una falta o equivocación de lo real; una imposibilidad de acceso a lo real” (Martínez 2000: 29).

⁷⁸ El pantónimo es “la permanencia implícita de la nomenclatura a lo largo de toda la descripción”, es “el tema descriptivo”, en este caso, la pampa (ver Pimentel 2001: 51 y ss.).

⁷⁹ *Diégesis* y *mimesis*, en sentido platónico, significan básicamente “relato puro” e “imitación perfecta”. Según terminología de la crítica americana, “narración” (*telling*) y “representación” (*showing*).

⁸⁰ Dice Genette: “el narrador, abdicando de su función de elección y dirección del relato, se deja gobernar por la ‘realidad’, por la presencia de lo que está ahí y exige ser ‘mos-

también cómo los sueños abren la realidad y el *ego* en otras posibilidades de ser. Otro indicio de este sustrato simbólico que encierra el testimonio de *Una excursión* es simular que es presente lo que ha pasado, uniendo así el tiempo ficticio de escritura/lectura al tiempo real del viaje: “estoy esperando las mulas que se han quedado atrás, y reflexionando en la costa de la laguna si el gran ferrocarril proyectado entre Buenos Aires y la cordillera no sería mejor traerlo por aquí” (98); “es cosa resuelta que hoy no duermo donde quería” (109); “te cumpliré, pues, cuanto antes mi oferta para poder seguir viaje y llegar hoy siquiera a Laquinhan” (101). Esta asimilación del tiempo real del viaje al tiempo de lectura/escritura del testimonio es una estrategia poética dirigida a disponer al lector de *Una excursión* a viajar *literariamente* el viaje *real* del coronel Mansilla a tierras ranquelinas: “viajando sucede lo mismo que leyendo” (394). El viaje real se vuelve ficción porque ya no responde a un orden cognitivo veraz dado por la imparcialidad del testimonio ocular directo, sino a un orden cognitivo sólo verosímil regido no por la traslación mimética del referente al discurso, sino por la re-descripción simbólica, poética, de ese referente desde el discurso. En un viaje literario, la realidad aparece reificada, sustituida por un nuevo orden poético y también epistémico tutelado por el principio literario del símil: Mansilla nos muestra la pampa *como si* fuera la pampa, nos relata su viaje *como si* fuera un viaje, nos cuenta sus sueños *como si* fueran sueños, siempre en un esfuerzo de enunciación del viajero por asemejar su referencia y su visión a una episteme y a una retórica de orden real pero marcando al mismo tiempo los índices de simulación, la ilusión de realidad que define toda literatura. Yo, dice Mansilla al finalizar su relato, “había andado doscientos cincuenta leguas, había visto un mundo desconocido y había soñado...” (427). En este nuevo orden de viaje, soñar deviene el espejo invertido de conocer y abre la episteme de los diarios de expedición en una empiria paralela que simula ser lo que no es pero como si lo fuera.

Con Lucio Victorio Mansilla viajamos una topografía imaginaria que finge ser real, y leemos su testimonio simulado para comprender en la realización discursiva de lo imaginado, lo real. Así, si en los diarios de expedición el discurso constataba miméticamente una realidad existente, ahora, literaturizado el registro cartográfico del viaje, la realidad sólo será real a través de un discurso que lleva en toda su enunciación la marca fantasmal de lo verosímil. La demostración cognitiva que ofrece Mansilla en su escrito tendrá siempre que cargar con esta referencia desdoblada.

Bibliografía

Documentos

ÁNGELIS, Pedro de

1835- *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata*. VI vols., Buenos Aires: Imprenta del Estado.

CERRO Y ZAMUDIO, José Santiago

1837 *Diario que da D. José Santiago de Cerro y Zamudio, natural de la Concepción de Penco, ayudante mayor que fue de las milicias arregladas de la villa de San Martín de la Concha, reino de Chile, formado en el viaje para el descubrimiento de camino sin Cordillera, desde aquel reino a la ciudad de Buenos Aires*, Ángelis, vol. VI.

COLÓN, Cristóbal

2000 *Diario de a bordo*. Madrid: Dastin.

CRUZ, Luis de la

1835a *Viaje a su costa, del alcalde provincial del muy ilustre cabildo de la Concepción de Chile, D. Luis de la Cruz, desde el Fuerte de Ballenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas, y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires*, Ángelis, vol. I.

1835b *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes, poseídos por los pehuenches y los demás espacios hasta el río Chadileubú, reconocidos por D. Luis de la Cruz, alcalde mayor provincial del ilustre cabildo de la Concepción de Chile*, Ángelis, vol. I.

1837 *Examen critico del Diario de D. Luis de la Cruz por una comisión del consulado de Buenos Aires y con la defensa del autor*. Ángelis, vol. VI.

FALKNER, Tomas

1835 *Descripción de Patagonia y de las partes adyacentes de la America Meridional que contiene una razón del suelo, producciones, animales, valles, montañas, ríos, lagunas, etc. de aquellos países. La religión, gobierno, política, costumbres y lengua de sus moradores, con algunas particularidades relativas a las islas de Malvinas*, Ángelis, vol. I.

HERNÁNDEZ, Esteban

1837 *Diario de un viaje desde el Fuerte de San Rafael del Diamante, hasta el de San Lorenzo, en las puntas de Río Quinto*, Ángelis, vol. VI.

LOZANO, Pedro

1836 *Diario de un viaje a la costa de la mar magallánica en 1745, desde Buenos Aires hasta el Estrecho de Magallanes; formado sobre las observaciones de los PP. Cardiel y Quiroga*. Ángelis, vol. I.

MAFRA, Ginés de

1920 *Libro que trata del descubrimiento del Estrecho de Magallanes en Magallanes: 183-212*.

MAGALLANES, Fernando de

1920 *Descripción de los reinos, costas, puertos e islas que hay desde El Cabo de Buena Esperanza hasta las Leyquios*. Madrid: Establecimiento tipográfico de Torrent y Compañía.

MANSILLA, Lucio V

1870 *Una excursión a los indios ranqueles*. Buenos Aires: Imprenta litográfica y fundición de tipos de Belgrano.

PABON, Pedro Pablo

1837 *Diario de D. Pedro Pablo Pabon, que contiene la explicación exacta de los rumbos, distancias, pastos, bañados y demás particularidades que hemos hallado en el reconocimiento del campo y sierras, comisionados por orden del Ilmo. Cabildo del Puerto de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, el 12 de octubre de 1772*. Ángelis, vol. V.

PIGAFETTA, Antonio

1968 *Primer viaje alrededor del mundo*. Barcelona: Ediciones Orbis.

ROSAS, Juan Manuel de

1837 *Diario de la comisión nombrado para establecer la nueva línea de frontera, al sur de Buenos-Aires; bajo de dirección del señor coronel D. Juan Manuel de Rosas; con las observaciones astronómicas practicadas por el señor Senillosa, miembro de la comisión*. Ángelis, vol. VI.

SARMIENTO DE GAMBOA, Pedro

1988 *Viajes al Estrecho de Magallanes*. Madrid: Alianza.

VÉRTIZ, Juan José de

1837 *Informe del Virrey Vértiz, para que se abandonen los establecimientos de la costa patagónica*. Ángelis, vol. V.

VESPUCIO, Américo

1983 *Cartas*. Madrid: Anjana Ediciones.

BIBLIOGRAFÍA

VIEDMA, Antonio de

1837 *Diario de un viaje a la costa de Patagonia, para reconocer los puntos en donde establecer poblaciones, por D. Antonio de Viedma. Con una descripción de la naturaleza de los terrenos, de sus producciones y habitantes; desde el Puerto de Santa Elena hasta la boca del estrecho de Magallanes.* Ángelis, vol. VI.

VILLARINO, Basilio

1837a *Diario de la navegación emprendida en 1781, desde el Río Negro, para reconocer la bahía de Todos los Santos, las islas del Buen Suceso, y el desagüe del Río Colorado.* Ángelis, vol. VI.

1837b *Diario del Piloto de la Real Armada, D. Basilio Villarino, del reconocimiento que hizo del Río Negro, en la costa oriental de Patagonia, el año de 1782.* Ángelis, vol. VI.

ZIZUR, Pablo

1837 *Diario de una expedición a Salinas, emprendida por orden del Marqués de Loreto, Virrey de Buenos Aires, en 1786.* Ángelis, vol. VI.

Bibliografía general

AINSA, Fernando

1992a *De la edad de oro a El Dorado.* México: FCE.

1992b *Historia, utopía y ficción de la Ciudad de los Césares. Metamorfosis de un mito.* Madrid: Alianza.

ALIGHIERI, Dante

1985 *La Divina Comedia.* México: Porrúa.

ALTUNA, Elena

2002 *El discurso colonialista de los caminantes. Siglos XVII-XVIII.* Berkeley: CELACP y Latinoamericana Editores.

AREA, Lelia

2001 "Geografías imaginarias: el *Facundo* y la *Campana en el Ejército Grande* de Domingo Faustino Sarmiento", *Revista Iberoamericana*: LXVII, 194-195: 91-103.

ARISTÓTELES

1984 *Poética.* Buenos Aires: Leviatán.

2002 *Retórica.* México: UNAM.

AZAUSTRE GALIANA, Antonio y Juan CASAS RIGALL

1994 *Introducción al análisis retórico: tropos, figuras y sintaxis del estilo.* Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.

BACON, Francis

2003 *Novum Organum*. Buenos Aires: Losada.

BAL, Mieke

2001 *Teoría de la narrativa*. Madrid: Cátedra.

BANDIERI, Susana

2005 *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires: Sudamericana.

BARTHES, Roland, *et al.*

1970 *Lo verosímil*. Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.

1987 *El susurro del lenguaje*. Barcelona: Paidós.

2002 *Análisis estructural del relato*. México: Ediciones Coyoacán.

BAUDELAIRE, Charles

1976 *Œuvres complètes*, vol. II. Paris: Gallimard.

BERLIN, Isaiah

1992 *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*. México: FCE.

BOBES NAVES, María del Carmen

1992 *El diálogo*. Madrid: Gredos.

BOZAL, Valeriano (ed.)

2000 *Historia de las ideas estéticas y de las teorías artísticas contemporáneas*, vol. I.
Madrid: Visor/La Balsa de la Medusa.

CARRIZO RUEDA, Sofía

1997 *Poética del relato de viajes*. Kassel: Edition Reichenberger.

CASSIRER, Ernst

1981 *La filosofía de la Ilustración*. México: FCE.

D'ANGELO, Paolo

1999 *La estética del romanticismo*. Madrid: La Balsa de la Medusa/Visor.

DESCARTES, René

1984 *Discurso del método. Meditaciones metafísicas*. México: Espasa Calpe.

DOLEZEL, Lubomir

1999 *Estudios de poética y teoría de la ficción*. Murcia: Universidad de Murcia.

DORRA, Raúl

1984 "La actividad descriptiva de la narración". Garrido Gallardo: 509-516.

BIBLIOGRAFÍA

FONTANIER, Pierre

1977 *Les figures du discours*. Paris: Flammarion.

FRANZINI, Elio

2000 *La estética del siglo XVIII*. Madrid: La Balsa de la Medusa/Visor.

FRECHILLA DÍAZ, Emilio

1984 "La perspectiva narrativa". Garrido Gallardo: 523-527.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador (coord.)

1999 *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo*. Madrid: Castalia y The Ohio State University.

GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel (ed.)

1984 *Teoría semiótica. Lenguajes y textos hispánicos*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

GENETTE, Gérard

1989 *Figuras III*. Barcelona: Lumen.

1998 *Nuevo discurso del relato*. Madrid: Cátedra.

2001 *Umbrales*. México: Siglo XXI.

2002 "Fronteras del relato". Barthes *et al.*: 204-213.

GOMBRICH, E. H.

1991 *La imagen y el ojo*. Madrid: Alianza.

GONZÁLEZ CLAVERÁN, Virginia

1989 *Malaspina en Acapulco*. Madrid/ México: Turner Libros y Espejo de Obsidiana Ediciones.

GUILLAUMIN, Godfrey

2005 *El surgimiento de la noción de evidencia*. México: UNAM.

HALPERIN DONGHI, Tulio

2000 *De la revolución de la independencia a la confederación rosista*. Buenos Aires: Paidós.

HAMON, Philippe

1972 "Qu'est-ce qu'une description?". *Poétique* 12: 465-485.

1991 *Introducción al análisis de lo descriptivo*. Buenos Aires: EDICIAL.

HARLEY, J. B.

2005 *La nueva naturaleza de los mapas*. México: FCE.

HERNÁNDEZ, Isabel

1992 *Los indios de Argentina*. Madrid: Editorial Mapfre.

HIRSCHBERGER, Johannes

2000 *Historia de la filosofía*. vols. I y II. Barcelona: Herder.

HORKHEIMER, Max y Theodor W. ADORNO

1999 *Dialéctica de la Ilustración*. Barcelona: Círculo de lectores.

HULME, Peter y Tim YOUNG (ed.)

2002 *Travel writing*. Cambridge: Cambridge University Press.

IGLESIA, Cristina

1999 "El placer de los viajes. Notas sobre *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla". García Castañeda: 223-229.

JAGOE, Eva-Lynn Alicia

2005 "Familial Triangle: Eduarda Mansilla, Domingo Faustino Sarmiento, and Lucio Mansilla". *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, 29.3: 507-524.

JITRIK, Noé

1982 *El mundo del Ochenta*. Buenos Aires: CEAL.

KUHN, Thomas S.

1996 *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.

KRISTEVA, Julia

1968 "La productividad llamada texto". Barthes *et al.*: 63-93.

LOCKE, John

1999 *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Porrúa.

LOTMAN, Yuri M.

1982 *La estructura del texto artístico*. Madrid: Istmo.

LUCENA GIRALDO, Manuel

1999 "El reformismo borbónico y la publicación de noticias sobre el Nuevo Mundo". García Castañeda: 123-131.

MÁRMOL, José

s/r fecha edición. *Amalia*. Buenos Aires: Editorial Tor.

BIBLIOGRAFÍA

MARTÍNEZ, Fabio

2000 *El viajero y la memoria*. Colombia: Universidad Pontificia Bolivariana.

METZ, Christian

1968 “El decir y lo dicho en el cine: ¿hacia la decadencia de un cierto verosímil?”. *Barthes et al.*: 17-30.

NALLIN, Carlos Orlando

1987 “Testimonio y literatura en *Una excursión a los indios ranqueles*”. *Cinco narradores argentinos*. México: UNAM: 17-50.

NAVARRO FLORIA, Pedro

1999 *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires: Ciudad Argentina.

2000 “La Patagonia como innovación: imágenes científicas y concreciones políticas, 1779-1879”. *Scripta Nova*, 69, 35: 1-11.

2003 “Córdoba y Malaspina: antropología y política ilustrada en Patagonia y Tierra del Fuego”. *Revista Española de Antropología Americana*, 33: 231-251.

PLATÓN

1983 *República*. Buenos Aires: EUDEBA.

PIMENTEL, Luz Aurora

2001 *El espacio en la ficción*. México: Siglo XXI/UNAM.

PRIETO, Adolfo

1982 *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: CEAL.

QUINTILIANO

1911 *Instituciones oratorias*. Madrid: Imprenta de Perlado Páez y Cía.

RICOEUR, Paul

1987 *Tiempo y narración*, vol. I. Madrid: Ediciones Cristiandad.

1999 *Historia y narrativa*. Barcelona: Paidós e ICE Universidad Autónoma de Barcelona.

2001 *La metáfora viva*. Madrid: Trotta.

SEIGNEURET, Jean-Charles (ed.)

1988 *Dictionary of literary themes and motifs*. Connecticut: Greenwood Press.

TODOROV, Tzvetan

1968 “Introducción”. *Barthes et al.*: 11-15.

TRABULSE, Elías

1989 "Prólogo". González Claverán: 15-21.

VALLEJO, Fernando

1997 *Logoi. Una gramática del lenguaje literario*. México: FCE.

VIÑAS, David

1982 *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: CEAL.

WANNER, Dieter

1999 "Excursión en torno al viaje". Salvador García Castañeda: 15-19.

XIMER, Javier

1989 "Introducción". González Claverán: 9-14.

ZOLA, Émile

2002 *El naturalismo*. Barcelona: Península.

ZUSMAN, Perla

1999 "¿Terra Australis-Res Nullius? El avance de la frontera colonial hispánica en la Patagonia (1778-1784)". *Scripta Nova*, 45, 34: 1-12.

*La escritura de los viajes.
Del diario cartográfico a la literatura*

editado por el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales, se terminó de imprimir el 14 de diciembre de 2007 en los talleres de S. M. Servicios Gráficos, S. A. de C. V., Lago Tláhuac, núm. 4, col. Anáhuac, Miguel Hidalgo, D. F. La composición fue realizada, en tipos Caslon Pro de 11:14.1, 10:13 y 9:12 puntos, por MARCOS A. GARCÍA YEH, con la colaboración de NORMA B. CANO YEBRA; estuvo al cuidado de DANIELA MALDONADO CANO y de la autora; y el diseño de portada lo realizó SAMUEL FLORES OSORIO. El tiraje consta de 500 ejemplares impresos en papel cultural de 90 g.

